

# EL JUEGO

*Yo*



*Ayminda Cangar*

El Juego

Yo

Azminda Cangar

El Juego: Yo

2014 Azminda Cangar

Primera Edición Diciembre 2014

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibido, la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo del autor. Así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o préstamo públicos.

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste, ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de adquirir tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Esta historia es pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad de ellos.

© Edición y Diseño: Azminda Cangar

© Portada: Daniela Romero

© Idea original: Agatha Damaso

También de  
Azmindá Cangar:

Mis Hombres

~ ~ } ~ ~

**Serie Mujeres Fénix**

Atrapada

~ ~ } ~ ~

Espera sus próximas publicaciones:

El Juego: Tú y Él

El Juego: Nosotros.

## Dedicado

---

A las mujeres que viven soñando.

A Hannah, Fabi y Ara que sueñan conmigo.

A todas y cada una de mis Mujeres Fénix que siempre están dispuestas a leer mis locos sueños.

A Agatha y Daniela. Que hicieron este sueño realidad.

El Juego es para Ustedes.

El juego del amor no es egoísta.

Amar a alguien, no significa que no puedas amar a alguien más.

## Tabla de Contenido

---

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimiento especial](#)

[Agradecimientos](#)



—Mire Kaira. ¿Le puedo llamar Kaira?

—Adelante Señor.

Charles Carter no había parado de juzgarme desde el momento que entre por su oficina. Todos los empresarios con cuentas más grandes que el sol que conocía eran así; Con esa aura de superioridad, que solo se adquiere cuando tu cuenta bancaria tiene más de ocho dígitos.

—Vamos a ser claros. No creo que haya problema con su currículum. Habla cinco idiomas. Voy a pasar por alto, su poca experiencia. Viene bien recomendada y por las funciones del puesto, podemos pasar por alto la experiencia.

¡Gracias Dios! Necesitaba este trabajo con urgencia.

Hice todo lo posible para que no olfateara mi miedo y levante todavía más el mentón.

—Pero es usted guapa y soltera. Necesito alguien que no se enrede con mi hijo entre las sabanas.

¡Mierda! No sabía que mi entrevista era con un Dios. ¡Pobre! sufría del síndrome “dioses”. Carter era el Dios de los imbéciles.

Soy de estatura baja con tendencias a chaparrita, pero poseía unas curvas de infarto; Gracias al cuerpo provocativo que mi madre me transmitió vía genes, los hombres solían pensar que solo servía para dar placer. Por supuesto, placer para ellos. A mí me había servido para conseguir contactos y esta entrevista. Desafortunadamente el placer no entraba en la lista, a lo más, un par de “amigos” y eran de los que mordisquean suavemente, cuando a mí me gusta más fuertecito. Aunque siempre ayudaban a la moral, mi último amigo solía decir: “Eres tan sensual, que causas adicción”. Aunque era un cliché, recordar eso siempre me servía cuando tenía la autoestima baja.

Deje de soñar para enfocarme en el futuro.

—Permítame contrariarlo señor.

Con énfasis en el señor, porque yo era una dama. O eso sabía él.

—No conozco a su hijo. Y le aseguro que no paso de cama en cama. Además de que no considero que sea de su interés mi vida privada.

El Señor Carter dejó la costosa pluma fuente que sostenía en las manos, y recargó cansadamente su espalda en la silla. Por un momento perdió el aura de poderío y se le llenaron los ojos de preocupación. Seguro “Junior” era todo un caso.

—En el caso de mi hijo, sí. Lamento si la ofendí, pero necesito ser claro. Si usted acepta firmar un documento donde acepte que no va a dormir con mi hijo. Puede darse por contratada.

¡Carajo! Pobre Carter Junior ¡con ese papá! o tal vez era al revés, tal vez el papá era el



problema. Cualquiera que fuera el caso, sentía que me estaba metiendo en una familia tipo “Adams”; Todos locos y pudriéndose en dinero.

—No tengo ningún problema en firmar cualquier documento referente a su hijo, aunque está de más. Si lee mi currículum, se podrá dar cuenta de que mis responsabilidades son grandes y no puedo, pero sobretodo ¡no quiero! darme el lujo de dormir con su hijo. Prefiero cumplir con mi trabajo.

Eso le sacó una sonrisa.

—Por sus responsabilidades es que le estoy dando el beneficio de la duda. Y por la investigación que he hecho, sé que me dice la verdad, no pasa de cama en cama y cumple con sus responsabilidades.

¡Me mando investigar! Me trague el orgullo y sonreí recordando a toda su familia.

—Baje al tercer piso y pida hablar con el licenciado Márquez. Él le va a dar la documentación necesaria: Acuerdo de confidencialidad, con la cláusula “no dormir con mi hijo” y su contrato.

Sin más se levantó y me ofreció la mano.

—Espero que cumpla su parte Kaira.

—No se preocupe señor. Le aseguro que puedo resistirme al adonis de su hijo.

Otra sonrisa. El señor Carter en su juventud debió de ser un verdadero adonis. Con esos ojos y esa sonrisa, podía olvidarme del hijo y meterme en la cama del padre.

Cincuenta y cinco minutos y Carter Junior no aparecía. Cuando me explicaron que él trabajaba desde casa no lo creí, aun cuando fueran “juniors”, la mayoría de los herederos iban a una oficina — a perder el tiempo o por apariencia—, este no le interesaba ni eso.

En la recepción del moderno edificio me hicieron una inspección detallada. Hablaron con Carter padre y poco faltó que me hicieran rayos X para que me dieran la tarjetita que me permitía entrar al mundo de los ricos y poderosos. Después de que revisarán todos mis antecedentes — penales y no penales— y que la seguridad del grupo Carter diera luz verde, me dirigí al elevador que me llevaba directo al penthouse de mi nuevo jefe. Con todos los nervios del primer día reajuste el vestido amarillo pálido de la suerte y apreté el único botón.

Cuando se abrieron las puertas me esperaba un hombre afroamericano perfectamente vestido; Un traje de tres piezas color negro acompañado de un reloj de cadena de oro, una joya que a simple vista evidenciaba que valía más que todo el dinero que había ganado en mi vida y el único color que se le veía. Le calcule unos setenta y cinco años y aunque se le veía cansado, se erguía con orgullo.

No me devolvió la sonrisa, solo hizo una pequeña reverencia con la cabeza y detuvo las puertas hasta que pasé.

—Soy Kaira Jones.

Extendí mi mano y se la ofrecí. La vio como si tuviera siete dedos en vez de cinco, finalmente la tomo entre la suya y con un fuerte apretón se presentó.

—Un placer señorita Jones. Yo soy el señor Gamble, el mayordomo del joven Carter.

No solté la carcajada, porque el señor Gamble dijo “mayordomo” con mucho orgullo. ¿Mayordomo? ¿Quién tiene mayordomo en estos tiempos? Esto parecía cada vez más extraño.

—El joven Carter se encuentra ocupado en estos momentos. Pero dio la indicación de que se sintiera libre de conocer el penthouse.

Asentí y me deje llevar. Al abrirse las puertas del elevador, entre a un mundo completamente diferente al mío. El penthouse contaba con todos los ventanales de Chicago, no había paredes, solo cristales y cristales que permitían ver la majestuosidad de la ciudad de Chicago y el lago Michigan. Una serie de puertas francesas de piso a techo que rodeaban el penthouse te daban acceso a la gran terraza que rodeaba el penthouse. La luminosidad y la decoración minimalista, te hacían sentir en el cielo. Solo la magnífica chimenea cubierta de fotografías te hacía saber que seguías en la tierra.

Si te adentrabas un poco más, te encontrabas con una cocina completa y dos cuartos de baño forrados en granito color arena, el penthouse contaba con una zona de comedor amplísima, piscina, gimnasio y la cancha de baloncesto. Eso es lo único que logre ver en los veinte minutos que anduve divagando aquí y allá. Gamble, me dejó sola en cuanto me indicó que revisara la casa y me ofreciera una bebida, me negué, ahora me arrepentía, tenía sed y ya me había cansado de ver el lago Michigan.

Lo único bueno de la espera, es que logre tranquilizar mi corazón. Desde que había amanecido, sentía que mi corazón se salía del pecho, se lo atribuí a lo nuevo, siempre que iniciaba un trabajo mis nervios se disparaban, ahora me sentía mucho más tranquila. También me dio tiempo a calcular tiempos, el edificio se encontraba en el corazón de Chicago y a treinta minutos a pie del departamento de Elena, eso me facilitaba la vida.

Mire las escaleras por millonésima vez, no me había atrevido a subir. Solo esperaba que “Junior” me regalara cinco minutos de su jodido tiempo y se dignara a aparecer.

Finalmente oí pasos y le di la razón a Carter padre. Su hijo era un verdadero adonis, un poquito mayorcito para que papá le contratara el personal, pero un jodido adonis, temí quedar embarazada con solo verlo.

Sin camisa y con unos pantalones de franela blancos a la cadera, era la mismísima imagen de un orgasmo andante. Abdomen bien definido, con una delicada capa de vello que no alcanzaba a ensombrecer la magnificencia de sus músculos. El cabello descuidado y suficientemente largo para que le cubriera los ojos, lo hacía ver todavía más apetecible. Tenía la altura perfecta para mí, más o menos uno ochenta, tranquilamente podía enterrar mi cara en su pecho y perderme ahí por un buen rato.

Lo que freno mi instinto animal, fue el aura de poderío que lo rodeaba, era todavía más poderoso que el de su padre. Hizo que mi corazón se volviera a desbocar con solo verlo.

Me levante torpemente, lo que menos deseaba era dejar una mancha de mi excitación en la cuidada tapicería de piel. Tenía mucho tiempo de no sentir esta excitación, era refrescante.

Con pasos ágiles y una sonrisa burlona se acercó.

—Mmm, mi padre y sus tácticas. Tu antecesora tenía mínimo cincuenta años y no era nada bonita.

¿Cómo? ¡Yo no llegaba a los treinta! Aunque chaparrita, con unos buenos tacones lograba llegar a un deseado metro sesenta y cinco, un poco pasada de pálida, pero eso me daba un aire sofisticado, o eso quería creer. Cabello castaño y lacio, ojos moca y una sonrisa que derretía corazones. Junior aparte de impuntual, ¡ciego! ¡Yo era una belleza!

Me tomo de la mano y entrelazo nuestros dedos de una manera muy íntima.

—¿Vamos?

Me jalo rumbo a las escaleras. No avance y eso hizo que me estampara con su abdomen.

¡Dios! Olía exquisito, era una mezcla de limpio y sexo. Todos los pensamientos sucios que estaban bajo llave desde hacía seis años en la caja fuerte de mi cabeza, salieron y vieron la luz. Empeoraron cuando finalmente lo vi a los ojos. Eran de un azul muy... azul. El aro negro que los enmarcaban solo los hacía ver más profundos, más oscuros. Tenía una cara angelical, aunque la sonrisa era de un diablillo.

Como pude y roja hasta la coronilla, logre balbucear:

—¿La oficina está arriba?

El orgasmo andante río y asintió.

—Sí, mi oficina está arriba.

No me gusto el tono que uso para “oficina”, aun así, lo seguí dócilmente. La mano me empezó a sudar e intente retirarla.

—No... Me gusta húmeda.

¡La madre que lo parió! Su forma de acentuar "húmeda", hizo que me humedeciera toditita. Su voz era profunda, con un dije de burla en ella.

Deje mi mano entre la suya y lo seguí escaleras arriba. El segundo piso no era diferente al primero. Minimalista, con grandes ventanales, pero a diferencia de la primera planta, solo encontrabas una serie de puertas color negro. Lo que más me llamo la atención, fue una serie de fotografías en blanco y negro. Eran fotografías de cuerpos... cuerpos desnudos. Eran eróticas, artísticas y elegantes. Un trabajo muy profesional.

Al final del pasillo abrió una puerta. Dejó ir mi mano, aunque su toque perduro en mi piel hasta fundirse en mis venas. Con un gesto exageradamente caballeroso, me hizo pasar.

Sexo. La habitación gritaba sexo por todos los rincones. Un par de sillones hechos para coger en color negro. Una cama extra grande con dosel cubierta de velos blancos, cojines regados en todas partes y un ventanal enorme sin protección. Listo para dar espectáculo gratis a todo Chicago. Y como accesorio final; Una rubia, atada de pies y manos en medio de la cama, desnuda y con los ojos vendados, lista para recibir.

Mi instinto no me había mentido. Estaba trabajando para la familia Adams. Y parecía que era perfecta para el trabajo, porque en vez de salir corriendo, empecé a sentir que la excitación de mi pecho bajaba corriendo a mis partes íntimas. Mi pobre corazoncito bombeaba a marchas forzadas, mi pecho subía y bajaba con rapidez mientras trataba de encontrar una solución a mi problema. Bien podía fornicar con el orgasmo andante como bestias en brama y quedarme sin trabajo en mi primera hora de trabajo. O privarme del placer que se respiraba en el ambiente y cumplir mi contrato.

Dos segundos bastaron para reacomodar mis prioridades. Necesitaba con urgencia un buen revolcón, sudar, sentirme deseada, porque excitada, chin—chin ¡listo! ¡Uf! Realmente lo necesitaba. Pero mis responsabilidades dieron un paso adelante.

—Me temo que hay una equivocación. Me contrataron para ser su asistente, no para...

Hice una señal con la mano para mostrar la habitación y evitarme la pena de decir lo que deseaba y no podía tener.

—Si me indica donde está la oficina, yo me puedo poner a trabajar y usted puede seguir...

Volví a obviar mis deseos. Y di un paso fuera de la habitación.

Él no se inmuto. Camino hacia la cama, con un solo movimiento se quitó el pantalón, se

acomodó un condón y sin preámbulo, penetro salvajemente a la mujer que lo esperaba pacientemente. “¡Suertuda!” grito mi vientre, mientras los observaba sin poder moverme. Bombeaba en el interior de la rubia sin descanso, los jadeos, gemidos, gritos que salían de sus bocas, eran todavía más estimulantes.

Mi humedad empezaba peligrosamente a gotear. Sentía todo el cuerpo caliente, deseoso de ser parte de las atenciones que le estaba brindando a la rubia. Me moje los labios intentando apagar el fuego que me estaba consumiendo. En ese momento el volteo y con un simple movimiento de cabeza me indicó que me acercara.

Dudosa, muy dudosa di un paso atrás. Y con una gran bocanada de aire, detuve mi cuerpo para que no saltara sobre ellos. Me puse en acción y trate de abrir las puertas, alguna tenía que ser la oficina.

Lo que encontré, fueron tres puertas cerradas bajo llave, pero eso no detuvo a mi imaginación, ella imaginaba habitaciones perfectamente bien adaptadas para coger como dementes, eso fue lo único que mi cabeza razonaba; Coger, regresar y desvestirme, unirme a la rubia y dejar que mi cuerpo le sirviera en algo al orgasmo andante...

Deje de fantasear cuando encontré la habitación principal. Amplia, con un fuerte olor a madera y perfectamente ordenada, me dio la impresión de que Junior no pasaba mucho tiempo en su habitación. Fue hasta el otro extremo del pasillo donde encontré la oficina.

Empecé a dar pequeños brinquitos en cuanto cerré la puerta atrás de mí. La oficina era el sueño de cualquiera; amplia, con grandes ventanales, las únicas dos paredes cubiertas de piedra, muebles y equipo de última generación, pero lo mejor de todo, es que estaba vacía. Sin papeles o libros que indicaran que Junior pasaba por ahí.

Deje salir un gemido de puritito éxtasis. Era la oficina de mis sueños. Deje mi bolsa y laptop en el escritorio que era en forma de semicírculo —justo como me gustaba—, y me dirigí a la puerta que se encontraban al fondo. Al abrir la puerta, me encontré con otra habitación, más pequeña que las anteriores, pero lo suficientemente grande para incluir una cama King. En esta casa había encontrado más superficies para coger, que dientes en mi boca.

Vague por la habitación con pericia. El orgasmo andante estaba ocupado y yo no tenía nada que hacer, excepto imaginarme lo que le estaba haciendo a la rubia.

Después de revisar el precioso y amplio baño cubierto en mármol blanco, salí de la habitación. El orgasmo andante me esperaba recargado en el escritorio fisgoneando en mi bolso.

—¡Ey!

Me acerque al escritorio y le arrebaté mi bolso de las manos.

—¿Qué diablos crees que haces?! ¿Quién carajos te crees?

¡Imbécil! El orgasmo andante era un verdadero imbécil. Y cínico. El muy cínico se estaba riendo de mí ¡en mí cara!

—Ah, ya entiendo. Tú tienes todo el derecho de revisar cada habitación de mi casa, pero yo no tengo derecho a revisar ese pequeño bolso.

—¡Exacto!

Contesté lívida. No me acosté con él y de todos modos iba a perder mi trabajo.

Dejó salir de su precioso y torneado pecho una carcajada. ¡Dios! Estaba como para ahogarse en él.

—Muy bien. Me parece bien.

Se sentó en el único sillón que tenía la oficina. Un amplio y mullido sillón de tres plazas forrado en piel blanca.

—Te voy a explicar las reglas y tú las sigues. Si no estás de acuerdo, puedes ir con mi papi y pedir tu liquidación.

Me senté tras el escritorio y prendí mi laptop.

—Supongo que firmaste el contrato de confidencialidad.

—Por supuesto.

Asintió y se acomodó exactamente en medio del sillón. Abriendo exageradamente las piernas, en una clara invitación. Mi mente viajó y se trasladó en medio de sus piernas, justo en el bulto que sobresalía. Un ancho y largo bulto...

Me moje los labios y me centre en la pantalla. Si seguía por ese camino, solo iba a ver bultos donde volteara.

—Bien. Primero: Esta es mi casa y puedo hacer lo que me venga en gana. Nadie me dice si está bien o mal.

Me pareció justo ¿Quién diablos era yo para decirle que hacer o cómo vivir?

—Segundo: Duermo hasta tarde, todo puede esperar hasta medio día. Si necesitas algo, le hablas a mi abogado, no me molestes antes de las doce.

Ya empezaban los problemas.

—Y tercero: Nuestra convivencia sería más fácil; si te acercas, te pones de rodillas y haces todo lo que se está imaginando esa linda cabecita.

¡Junior podía leer las mentes! El tono de su voz y la mirada invitaban a no salir de su entrepierna por lo que duraba del día, que digo del día, ¡del año entero!

Tomando aire me envalentone. Ahora venía la mía.

—Me parece justo lo primero. De ninguna manera voy a interferir con su... estilo de vida. Lo segundo nos puede crear problemas. Mi contrato dice que trabajo de nueve a cinco con una hora de almuerzo. Si usted empieza a trabajar a las doce, solo vamos a poder trabajar un par de horas.

—Podemos cambiar tu horario, llegas a las doce y te vas a las ocho, nueve, o no te vas.

Me dijo con una sonrisa.

—Me temo que eso no es posible, a las cinco salgo de aquí. Ni un minuto menos, ni uno más.

El muy imbécil se volvió a burlar de mí, asintió con una sonrisa que decía “ya veremos”. Pues sí, ya veremos. Porque si creía que iba a ceder en eso, estaba muy equivocado.

—Y tercero; Puede parar con las... sugerencias. De ninguna manera voy a dormir con usted. Yo vengo a trabajar.

Se levantó del sillón y camino rumbo al escritorio. Lo rodeo y se agacho para quedar entre mis piernas.

Miedo. Me dio miedo; la mirada, la sonrisa, su cuerpo, su andar emanaban peligro y yo estaba a punto de empezar a gritar.

—Vas a terminar bien enterrada entre mis piernas tarde o temprano.

Una afirmación hecha con conocimiento de causa. Solo era cuestión de tiempo.

—Por ahora, solo deja de mojarte los labios. Tienes los labios muy gruesos para ser tradicionales, pero son únicos y perfectos para rodear mi verga. Me tientan a mojarte con los míos y no precisamente la boca.

¡Hijo de... de su lujuriosa madre! Hizo que cada terminal nerviosa de mi cuerpo se estremeciera. Y tenía razón, soy un poco trompuda.

Bajo su cabeza e inhale aire a la altura de mi entrepierna, levanto la cabeza con una sonrisa, se levantó y se fue.

Cuando llegué a casa estaba exhausta, todo el día era una constante invitación a dejar de pensar y enfocarte a satisfacer el cuerpo. Es extenuante resistirse a lo que se desea.

Nadie me había preparado para Owen Carter. Cada vez que cerraba los ojos lo imaginaba; vestido, desvestido, solo o con la rubia. O cada vez que recordaba su voz, un pequeñito madero bañado en combustible se acumulaba en mis entrañas. Si alguien prendía la hoguera, todos nos íbamos a quemar.

El segundo día de trabajo fue menos extenuante, ya me había mentalizado a resistirme al puñetero deseo, aunque resultaba casi imposible.

Gamble me recibió nuevamente con su orgullo por delante. Parecía que aparte de orgulloso, Gamble era ciego y sordo. En ningún momento vi incomodidad en su semblante y era imposible que no se diera cuenta de las actividades del “joven”.

Subí directo a mi oficina y me recibió un pequeño buffet. Habían instalado una mesa junto al ventanal, con un despliegue de exquisiteces: Frutas, jugos, café, panecillos que se veían deliciosos. Estaba por servirme cuando la voz de Gamble me hizo brincar.

—El joven Carter espera que disfrute su desayuno. Si gusta algo más, por favor hágamelo saber.

—Gracias Gamble. Todo se ve rico.

Asintió y dio media vuelta. Corrí hacia la puerta y lo vi caminar hacia la habitación principal. Caminaba lento, pero enérgicamente. Era fascinante ese señor.

—¿No quiere tomar un café conmigo?!

Gamble no volteo, ni siquiera titubeo. Siguió caminando perdiéndose en una de las habitaciones.

—Gamble no toma café, pero con un té lo envenenas.

La voz de Owen venía de la mesa. Ya estaba sentado sirviéndose fruta.

—¡Dios! Me asustaste.

Sonrió y me asustó más. Era perfecto recién despierto, con su oscuro cabello revoltoso y una insipiente barba, daban ganas de regresarlo a la cama y usarlo como donante de esperma.

Su dorso brillaba bajo los rayos del sol y la holgada pijama no hacía nada por esconder su magnífica erección. Me inquietó el deseo tan grande que me invadió. Deseé con todo mí ser hincarme, liberar su erección de la tela y darle los buenos días con mi lengua.

—Kaira. Deja de imaginar cosas y hazlas. Es más divertido.

Me guiño un ojo y siguió sirviendo fruta. Carraspeé un poco, mientras me brindaba el plato y retiraba la silla para que me sentara a su lado. No pude hacer otra cosa que sentarme a su lado. Empezamos a comer despacio y en silencio, lo rompí porque mi curiosidad no dejaba de dar lata.



—¿Dormiste en la habitación que está en la oficina?

—Sí.

Dijo, mientras se limpiaba la boca con elegancia.

—¿Por qué?

No entendía. Su habitación estaba a unos pasos.

—Porque dejaste la habitación oliendo a ti.

Se llevó el tenedor a la boca y se perdió en alguna parte de Chicago. Lo dijo tan sencillo, tan simple, como si no fuera gran cosa.

No quise echar a andar mi imaginación e imaginarme cosas que no eran; como que yo le gustaba o me deseaba, o...

Pare al instante, mi imaginación era muy poderosa si la dejaba correr. Preferí concentrarme en contener el deseo.

—Sírvenme café.

La orden salió de un lugar profundo y oscuro, y la seguí inmediatamente. Después de ofrecerle el café, lo pude observar mejor.

Owen solo parecía “Junior”, no lo era. Era un hombre que tomaba el control. Cada uno de sus movimientos, de sus gestos, eran graves y rezumbaban autoridad. Mucho más autoridad que su padre. Owen Carter, era peligroso.

La reacción de mi cuerpo no se hizo esperar. Las paredes de mis entrañas se humedecieron, palpitaban con solo la idea de que me mojara con su boca. No había dejado de pensar en eso desde que él lo mencionó. Sin dudar un instante, mi instinto sabía que me podía matar de placer.

Terminamos de desayunar y sin decir palabra salió de la oficina. Pasé todo el día preguntándome si Owen había dormido solo o acompañado. ¿Con quién? Era la pregunta que más me atormentaba.

No pude detener a mi cuerpo y a medio día me dirigí a la habitación. La cama estaba desecha, pero no se veía ropa o alguna señal de otra presencia que no fuera la de Owen. Me acerque a la cama y al aspirar el aroma de Owen en las sabanas, mi día mejoro notablemente.

Owen solo regreso a la oficina para darme una tarjeta maestra e invitarme a que hiciera de su casa, mi casa. Con familiaridad me indicó que podía hacer uso del gimnasio, de la alberca y del sauna sin problema. Algo que me entusiasmo en un principio.

El siguiente día lleve una maleta con lo necesario para el gimnasio, si Owen dormía hasta tarde, podía aprovechar la mañana y hacer un poco de ejercicio, de esa manera tendría más tiempo en las tardes y me ahorraba la mensualidad del mío.

Mi entusiasmo se difuminó en cuanto entre al penthouse y encontré a dos chicas desnudas durmiendo en la sala. Las cubrí con ropa que encontré en el camino y me fui directo a la oficina. Guarde mi maleta en el closet del cuarto anexo y me enfoqué en trabajar.

Hasta ese momento el trabajo había sido cero; Llamar a un par de escuelas que estaban atrasadas con sus informes, confirmar un par de citas que Carter padre insistió en tener con su hijo. Nada que Owen no pudiera hacer con diez minutos de su tiempo. Aunque yo no me iba a quejar, era mucho dinero por solo hacer dos llamadas al día. Lo difícil resultaba controlar mis deseos.

A las once de la mañana Owen apareció con un traje azul marino, camisa cielo y sin corbata. Lindo, lindo, apetecible, apetecible. El cabello seguía húmedo y sus ondas se revelaban sensualmente en su frente. No pude detener la fantasía y me vi acomodándole el cabello, mientras le metía mi busto en la boca.

Mi fantasía paro cuando lo escuche hablar. Se había sentado en mi escritorio y levantado el teléfono sin decir buenos días.

— ¿Cómo amaneciste?

Regrese la mirada a la pantalla y fingí no escuchar la conversación. Después de escucharlo reír, me entregó el teléfono.

—Es para ti.

Tome el teléfono dudosa. Él me hacía dudar; dudar de las restricciones, de los buenos modales, dudar de mi decisión de no dormir con el jefe, dudar de mi cuerpo que gritaba ¡quiero sexo! cada vez que lo veía, dudar de mi misma y mis instintos.

—¿Bueno?

—¿Cómo te llamas?

Era una voz profunda, fría y pretenciosa. Y para mi infortunio, todavía más peligrosa que la de Owen. Con solo oír la voz te dabas cuenta que no había que hacer enojar a su dueño. Trague el nudo de mi garganta y contesté:

—Kaira... Kaira Jones

—Muy bien Kaira... Jones.

Esa pausa hizo que mis rodillas empezaran a temblar. Mientras yo me ocupaba de la voz del demonio, Owen se sentó en el sofá y me observo atentamente.

—Tú y yo vamos a hablar todos los días. No me gusta perder el tiempo, así que evita la cháchara.

—Sí señor.

—¡No! Eso tampoco me gusta.

La queja fue imperiosa.

—Soy el abogado de Owen. Nada de licenciado, abogado o cualquier tipo de título que se te ocurra. Soy Northman, ya te diré cuando me puedas llamar de otra manera.

Apunto estuve de decir “sí, señor”, pero me detuve justo a tiempo. Hice una nota mental para no decir “señor” y seguí escuchando.

—Escuchas todas las indicaciones, al final yo pregunto si tienes duda y solo ahí me contestas. Es una pérdida de tiempo el sí señor, no señor. Yo no soy el señor feudal. Cuando te pregunte algo, contestas sin dudar, no me gusta cuando la gente se pone a temblar.

Demasiado tarde.

—¿Entiendes?

—Sí...

No me atreví a contestar más, el hombre tenía muy mal genio.

—Te recuerdo que firmaste un acuerdo de confidencialidad. Así qué, lo que pasa en esa casa, se queda en esa casa. Nada de comentarlo con la amiga, el novio, el papá o la mamá.

—Se lo que conlleva un contrato de confidencialidad.

No pude detener las palabras, ese hombre era insufrible.

—No te estoy preguntando si sabes o no sabes. Te estoy recordando lo que tienes que hacer.

En ese momento decidí que dormilón era un santo comparado con gruñón ¡Mira que tener las agallas de hablarme así!

—Siguió; Nada de invitados, en esa casa no entra o sale nadie, si no es con autorización de Owen.

Tome una hoja y garabatee las reglas de Gruñón, ya iba en la tercera y no quería perder detalle. Tenía que llevar apuntes si quería gritarle cuando acabara.

—Te estoy mandando su agenda; la personal y la profesional. No puede perder ningún compromiso, así que recuérdale con tiempo. Si él llega tarde, es tu responsabilidad.

Bonita cosa, si a dormilón se le pegaban las sabanas, era mi culpa.

—¿Hablas Italiano?

—Sí señor. Italiano, francés, portugués, español y obviamente inglés.

—Obviamente.

¡Maldito, mil veces maldito! Le iba a arrancar las pelotas.

—La próxima vez que me digas señor. Voy a ir y te voy a castigar.

Ni siquiera me di cuenta de mi resbalón. Mis ojos empezaron a temblar, amenazaban con inundarse de rabia. Guarde silencio y para mi fortuna él no se dio cuenta. Siguió hablando y yo

garabateando.

—Todos los documentos se redactan en el idioma original, no se traduce nada, así que si no manejas bien algún idioma, te recomiendo que te pongas a estudiar. Hacemos un viaje trimestral de una semana. El próximo es en ocho semanas, ¿algún problema con eso?

—No Nort... Northman, si el viaje es por siete días no hay problema.

Se sentía extraño hablarle por su apellido, parecía más natural decirle Señor.

—Y si es por más días ¿Si hay problema?

Al parecer, estaba entreteniéndolo a Gruñón.

—Sí, sí hay problema.

—Pues ya lo resolverás. Te estoy mandando el archivo de cada una de las fundaciones a nombre de los Carter...

La siguiente media hora fue más de lo mismo; si Northman, no Northman, como usted diga Northman. En mi vida había deseado tanto decir Señor.

Owen permanecía sentado en el sillón dividiendo su atención entre su teléfono y la llamada. Al final Gruñón pidió hablar con Dormilón y yo feliz de no seguir hablando con Northman, me levante y le di el teléfono a Owen.

—¿Listo?

Empezó a hablar y a reír mientras me observaba.

—No te creas, tiene su temperamento. Aunque ahora está muy dócil, ¿Qué le dijiste que le ibas a hacer?

Castigo, esa fue la palabra mágica.

La carcajada que soltó Owen, sonó en toda la casa. Sabía que hablaban de mí, sabía que se burlaban de mí, y ni así pude evitar escuchar. Incomoda hasta las pestañas y no logre levantarme e irme.

—Es chiquita, pero tiene buenas tetas y el culo ¡uy! Un culo de infarto.

¡Yo les iba a dar una patada en el culo!

—Pero es trigueña, aunque siempre podemos hacer que se pinte el cabello...

Si llegué a tener un apéndice de orgullo, en ese momento lo perdí. Instintivamente lleve mi mano al cabello y me imagine de rubia. Después me recordé que yo era preciosa ¿Quién diablos me iba a querer de rubia? Solo un par de enanos.

Tenía trabajando cuarenta y ocho horas y había pasado de excitada a enojada, de halagada a furiosa. Toda una ruleta rusa de emociones. ¡Me encantaba mi nuevo trabajo!

Dormilón no se desocupaba hasta las once o doce de la mañana. Fornicando o durmiendo, esas eran sus actividades favoritas.

Lo había visto desnudo con tanta regularidad que llegó el momento que dejó de incomodarme. Afortunadamente se compadeció de mí y solo se mostraba él, a las mujeres las escondía en la habitación del sexo. Así la bautice después de darme cuenta que esa era la única habitación donde dormía con sus mujeres.

Aun cuando dejó de incomodarme la desnudes de Owen, no podía evitar sentirme impresionada. Cada vez que mostraba el abdomen o unos centímetros más abajo del abdomen, no podía evitar sentirme excitada, era biológicamente imposible.

Dormilón tenía una hombría muy difícil de obviar, mis ojos se dirigían directamente a su hombría con total autonomía, mi cerebro no tenía nada que ver. Lo que si estaba conectado con mis ojos, eran mis entrañas; mi vientre empezaba a palpar sin control y mis senos se llenaban dolorosamente. Era excitante e incómodo en la misma medida.

Durante mis primeras semanas de trabajo, vi pasar varias mujeres; Altas, chaparras, delgadas, frondosas, rubias, trigueñas. No mantenía estándares. Además de que no le gustaba repetir con la misma chica, no encontré otra regla para sus amantes. No podía condenarlas por querer un poquito de Owen, si yo estuviera en su posición, ni siquiera lo dudaría. Simplemente me habría de piernas y esperaba que hiciera conmigo lo que quisiera. Pero no era una de ellas, era la asistente y nada más.

Mi relación con Gamble se fue haciendo cada vez más cercana, me lo gané cuando le lleve un par de muffins de chocolate, que había hecho con mis propias manos. Ese día descubrí dos cosas; Lo podías asesinar con chocolate y amaba a Owen y a Northman como a sus propios hijos.

Gamble recibió los muffins y después de agradecerme dijo:

—Le voy a guardar uno a los jóvenes, les van a encantar.

Lo dijo con tanto amor, con tanto cariño. Que era innegable el cariño que ese hombre alto y orgulloso, les tenía a los jóvenes.

Por él es que me entere que Northman vivía ahí, me sorprendió nunca haberlo visto. Yo llegaba a las nueve todos los días, sin falta y sin retraso. Si pretendía salir de ahí a las cinco, de menos tenía que llegar a las nueve.

Llevaba cerca de un mes trabajando en su casa y nunca lo había visto, era obvio que él era el trabajador del grupo. Asumí que Owen y Northman eran buenos amigos, por decir menos. Dormilón le cedía todo el poder a gruñón en cuestión de manejo y finanzas. Owen en realidad era muy confiado, me dio carta blanca en decisiones que debía tomar el consejo de la fundación.

—¿Tu qué piensas?

—Que deberían hacer una actualización anual en vez de trimestral. Si continúan con el sistema anterior, no pasa nada. Lo que gastas en recursos, se puede destinar a otras obras. La tecnología te puede esperar un año para hacer actualizaciones. Habría que evaluar la necesidad de cada departamento.

Owen lo pensó dos segundos antes de abrir el altavoz del teléfono e informarle al consejo — que estaba formado por catorce personas mucho más capacitadas que yo para este tipo de decisiones —, que las actualizaciones del sistema operativo de la fundación iba a ser anual y no trimestral. Salvo que el departamento lo requiriera.

La decisión la secundo Northman que era el vicepresidente de la fundación sin darles oportunidad a los demás integrantes del consejo para dar su opinión. Era extraño, estresante e increíblemente emocionante tener ese tipo de poder.

Northman era un genio que no concedía deseos, era mejor no topárselo. Hablaba con el casi todos los días y ni un solo día me regalo un “Buenos días” o un “Hola”. Era increíblemente directo y franco, además, de que no soportaba la ineptitud. Afortunadamente, nos adaptamos uno al otro rápidamente. Con Owen disfrutaba de su desnudes y que firmara lo que yo le presentaba y con Northman trabajaba con rapidez y eficacia. Era un buen trabajo.

Owen pocas veces se pasaba por la oficina, cuando necesitaba algo, gritaba como frenético y todos corrían a atenderle; Contaba con Gamble, él era el director de la orquesta. Con Charly, un hombre con cuerpo de gladiador de unos cuarenta años, era algo así como su ayudante personal, seguridad, chofer, un hombre de muy pocas palabras. Tina, la chica que se encargaba de la limpieza y la cocina, y yo. Éramos una orquesta bien afinada, donde nuestro principal objetivo era cubrir todas las necesidades y caprichos que se le ocurrieran al joven Owen. Incluido lidiar con sus amantes, afortunadamente para mí, Charly se hacía cargo de esa área.

Aunque tenía que reconocer, que no todo era fiesta con Owen. Manejaba bien sus tiempo y todos sus asuntos estaban al día. Era el presidente del consejo del área filantrópica del grupo Carter. Ayudaba a hospitales, escuelas, museos, cualquier institución que necesitara ayuda y más, si la ayuda le llegaba a menores de edad. Siempre estaba dispuesto a ayudar a quien lo necesitara. Algo que me sorprendió gratamente. Podía ser el sujeto más egoísta, engreído y vanidoso sobre la faz de la tierra, pero también era increíblemente compasivo, sensible y con un alto nivel de compromiso con los menos afortunados. Algo que no compartía con su padre. Su padre apoyaba el área filantrópica porque le ayudaba con los impuestos, nada más.

Yo me encargaba de la mantenerlo al tanto de la administración de fondos, agenda y organización de nuevos proyectos. Le gustaba meter las narices en todas las áreas y siempre estaba abierto a nuevas sugerencias.

Poco a poco hicimos rutina. A mediodía yo tenía preparado todos los documentos que tenían que ser firmados, desayunábamos juntos una que otra vez, lo que no fallaba era el almuerzo. Almorzábamos en la calle o en la casa, pero siempre lo hacíamos juntos. Se convirtió en algo así como nuestra junta diaria, y la tarde era para dar seguimiento a cada una de las instituciones que el grupo Carter apoyaba.

Owen era muy exigente con ese punto. No permitía ningún tipo de transgresión en fondos, si tenía algún tipo de sospecha, inmediatamente mandaba pedir un informe completo. Le gustaba la gente honrada, él era honrado. Y yo poco a poco fui cayendo en su juego, era como tener sueño, por más que te resistes, los parpados insisten en cerrarse.

Me di cuenta que nuestro nivel de confianza había sobre pasado lo políticamente correcto, cuando me acerque a que firmara unos oficios y termine recargándolos en la espalda de una pelirroja mientras él la penetraba vigorosamente.

Así pasaron mis primeras cuatro semanas de trabajo. Al final de la cuarta semana, se acercó a la oficina y me entregó dos sobres. Se sentó en el sillón y espero a que abriera el que venía a nombre de Charles Carter, su padre.

—¿Y esto?

—Es el bono mensual que da por no coger conmigo.

Me empecé a reír, no pensé que hablara en serio. Cuando su semblante no cambio me di cuenta que no era así. ¡Era en serio! Era un bono por no dormir con él.

—¡Por todos los santos! ¡¿Es en serio?!

—Sí. Te puedes felicitar a ti misma, pocas han sido las que lo reciben, así que... felicidades.

Era como una promoción; una promoción muy bien remunerada. Feliz empecé a pensar en que lo iba a gastar, porque si pensaban que lo iba a regresar, estaban muy equivocados. Me había costado toda mi energía no sucumbir a los atributos de Owen Carter.

—Abre el otro.

Obedientemente lo abrí. Owen tenía una característica muy... extraña. Era bonachón, siempre estaba de buen humor, pero era cuestión de que ordenara algo y todos nos apresurábamos a lograr lo que él deseaba.

En el otro sobre había otro cheque, por el doble de la cantidad y firmado por Owen Carter.

—Ese es para que te dejes de mojigaterías y te acuestes conmigo. Yo sé que lo deseas, ahora tienes otro incentivo.

¡Mira que era déspota! Pero si creía que iba a perder mi trabajo de mis sueños, estaba muy equivocado. Guarde los dos cheques en uno de los sobres y lo metí en mi bolsa. Una maléfica luz alumbro su cara.

—Señor Carter.

Sabía lo mucho que le molestaba que le nombraras así.

—Por el simple hecho de insinuar que yo me acostaría con usted por dinero. Es que me voy a quedar con él. Yo no estoy a la venta. El día que me acueste con usted, va a ser por el simple hecho, de que se me da la gana. No porque me pagan. Así que si no se le ofrece otra cosa, ya puede

retirarse.

Su carcajada retumbo en las paredes de mi oficina. Morado de tanto reír se acercó al escritorio y atrapo mi cara entre sus manos.

—Me encantas. Voy a adorar el momento en que abras esas preciosas piernas para que me entierre profundamente en ti.

Y sin más, me dio un sonoro beso en los labios, me soltó y salió de la oficina.

Ase fue el primer beso que me dio, soñé con ese sonoro beso durante los siguientes días. Aunque pequeño y juguetón, era toda la acción que había tenido en meses.

Llegando a casa hice cuentas y brincamos de puritita alegría. Finalmente teníamos lo suficiente para dar el enganche de nuestra añorada casa.



No hay dinero que alcance. Un dicho que desafortunadamente aplicaba en mi caso.

Estaba tan entusiasmada cuando deposité los cheques en mi cuenta, que se me hizo fácil hablar con un ejecutivo para solicitar información sobre hipotecas.

Antes de trabajar para el grupo Carter, pasé tres meses sin empleo, eso mermo mis ahorros. Los gastos no esperan a que tengas un sueldo fijo. Los gastos solo aumentaban y aumentaban, y la cuenta bajaba y bajaba.

Casi me voy de espaldas cuando me informaron sobre los intereses y los seguros que tenía que cubrir durante los próximos quince años. Salí decepcionada y abatida del banco.

A la siguiente mañana yo seguía sumida en mis pensamientos. Una casa era “el sueño”. Quería tener un rinconcito para mí y los míos. Ya llevaba viviendo con Elena casi siete años, nunca me hizo sentir mal acogida, al contrario, pero no dejaba de ser su casa.

—¿En quién piensas?

La voz de Owen me asusto. Estaba molesto, algo inusual en él. Owen tenía el pecho y los hombros anchos, musculosos y para mi buena fortuna, en esta ocasión venían al descubierto. Eso ayudó con mis preocupaciones.

—¿En quién pensabas?

Insistió.

Me moje los labios y empecé a jugar.

—En ti.

Deje la taza en la mesa y me recargue en ella sugerente.

—En lo mucho que me gustas y en lo bien que me voy a sentir cuando finalmente...

El gesto de enojo fue remplazado por una mirada traviesa y una sonrisa de triunfo.

—te pongas a trabajar.

La carcajada no se hizo esperar. Dio dos pasos y sus dos cuidadas manos enmarcaron mi cara.

—¡Lo sabía! Sabía que no iba a ser tan fácil.

Me dio un piquito rápido y sonoro en los labios, y me soltó para separar la silla y ayudarme a sentar. Se estaban haciendo costumbre esos besitos rápidos y yo encantada de seguir la costumbre.

—En serio. ¿Qué te pasa? Tenías el gesto perdido. ¿Todo bien en casa?

Suspire y volví a tomar mi taza para sumergirme en ella.

—No quieres oír mis problemas Owen. Mejor dime si revisaste la agenda.

Hoy tenía un almuerzo con un nuevo comité para la solicitud de fondos.

—Si no me dices qué te pasa. Puedes ir cancelando el almuerzo y todos los compromisos de esta semana.

Deje la tasa en la mesa y lo vi a los ojos.

—No seas infantil Owen. El trabajo es serio.

Se cruzó de brazos, recargo la espalda en la silla y ladeo la cara esperando mi confesión. Si se lo permitía, era capaz de quedarse ahí todo el día.

—¿Serás capaz?

Levanto ambas cejas como diciendo “pruébame”. A diferencia de él, que todos sus movimientos eran ágiles y elegantes, yo me deje caer en el respaldo y empecé a hablar.

—Vivo con una prima desde hace siete años. Quiero comprar algo para mí, pero es caro. ¡Todo es jodidamente caro! No lo puedo solventar.

Me di cuenta de mis palabrotas demasiado tarde, ya las había dicho. Espere la amonestación, pero nada llego. Solo sacó el teléfono y marco un número que no alcance a ver, en cuanto le respondieron al otro lado de la línea, se levantó y salió de mi oficina.

Puse los ojos en blanco y termine de almorzar. Tanta insistencia para nada. Seguramente pensaba que me dejara de quejar y me pusiera a trabajar. Y eso hice, deje la frustración y me dedique a trabajar.

—El joven Carter dice que se prepare, que salen en cinco minutos.

Levante la vista del ordenador y rebusque en mi mente si yo había sido requerida para la reunión.

—Pero yo no necesito ir. La reunión es para Owen y Northman.

Gamble hizo un asentamiento de cabeza, dio la media vuelta y me dejó hablando sola. Jodido Gamble, tenía la costumbre de no interesarse en lo que yo decía. Sonreí y me prepare para salir.

Owen no tenía automóvil. Si salía, Charly solicitaba un automóvil en el edificio Carter.

—¿Puedo preguntar, por qué no tienes auto? Te lo puedes costear ¿cierto?

Charly manejaba, mientras Owen y yo íbamos cómodamente en la parte trasera del Mercedes Benz del día.

Owen tomo mi mano, se la llevo a los labios y sonrió maliciosamente.

—A mi señor padre le molesta mi poco interés en los autos, los negocios, el dinero. Y mi mucho interés en las mujeres, mi madre y mi hermano. Es solo por hacerle el día a mi padre.

Definitivamente la relación Padre—Hijo, estaba bien jodida. Deje eso para más tarde y me centre en la nueva información.

—¿Tienes hermanos?

Tenía entendido que Owen era hijo único.

—Más o menos...

—¿Cómo más o menos? O se tiene hermanos o no se tienen.

Sonrió, me guiño un ojo y sin soltarme la mano, guio su mirada hacia afuera para perderse en la ciudad.

Owen era abierto, cariñoso, pero también había algo oscuro en su vida. Y cuando se cerraba, nada lo podía traspasar.

Llegamos al restaurante minutos después. Cuando hice el movimiento para abrir la puerta, me detuvo.

—Nunca salgas del automóvil sino te abro yo la puerta ¿Entiendes?

Asentí un poco confundida. Su voz estaba cargada de autoridad.

—Charly te va a llevar con nuestra agente de bienes raíces. Ve un par de opciones y escoge la que más te guste.

Me dio otro piquito rápido en los labios y salió del automóvil sin darme oportunidad a decir nada.

Antes de que Charly se perdiera nuevamente en el tráfico de la ciudad, alcance a ver que Owen saludaba a un hombre alto, delgado y de cabello rubio que iba impecablemente vestido. No alcance a ver su cara, solo la fraternidad con la que se saludaban.

Charly me dejó en una casa del área de Naperville, ahí me esperaba Anna Roberts. Una mujer de unos cincuenta años de edad, curvilínea e impecable con su imagen de negocios. Lo único que desentonaba, era el acento falso. Cuando la escuche hablar, habría apostado el sueldo de un mes a que la señora había nacido en el área de Boston o en alguna parte de Nueva Inglaterra y no en Manchester como ella proclamaba. Tal vez lo hacía para darse un poco de “mundo”, su trabajo consistía en impresionar a los que realmente recorrían el mundo.

—Las casas son preciosas Anna, pero están fuera de mi rango. ¿Podemos ver algo más accesible?

La detuve antes de entrar en la tercera mansión. Solo me había mostrado mansiones, no casas.

—Northman me dio un listado de propiedades. Solo esas tengo autorizado mostrarte.

¡Ohhh! Y la idiota de Kaira creyendo que la propiedad era para ella. Le sonreí y la invite a que me guiara.

Visitamos cinco propiedades antes de encontrarla. Si Northman necesitaba donde vivir, esta era la indicada.

Anna me presentó la propiedad más hermosa en la ciudad y sus alrededores. Un verdadero palacio, escondido detrás de paredes de piedra que la mantenían separada del mundo. Dos casas para invitados independientes. Increíble césped y jardines, garaje para seis automóviles, y eso solo era el exterior. Al entrar, me encontré con la casa de mis sueños más locos e irreales. Una galardonada piscina cubierta, spa, un espectacular cine en casa, habitaciones y habitaciones de lujo y elegancia.

—Nunca ha habido una residencia de esta importancia en el mercado. Esto no es sólo una propiedad, es un estilo de vida. Estoy segura que va a superar con creces todas sus expectativas.

Me vendió Anna. Mientras yo seguía con la boca abierta y los ojos fuera de órbita.

Siete dormitorios, sala de desayuno, sala de juegos, sala principal, biblioteca, sala de recreo, estudio y más y más lujo. Tengo debilidad por las chimeneas, considero que son románticas y clásicas. ¡Y esta casa tenía seis!

—La próxima vez que quieras burlarte de mí, no es necesario que me hagas perder la tarde, solo enseñame uno de tus estado de cuenta ¡y listo!

Owen me alcanzo justo en la entrada de la oficina. Venia discutiendo con él, desde que entre al penthouse y me recibió con su gran sonrisa de “no rompo un plato”

—Ey, ey, ey.

Me tomo de la cintura y me aprisiono entre sus brazos. Mi espalda en su pecho se sentía muy bien, en casa.

—No era burla. Es lo último que yo haría. No a ti, no contigo.

El susurro en mi oído hizo que mis ojos se cerraran. Sus brazos aflojaron el abrazo, sus enormes palmas recorrieron mi talle y yo deje de respirar. Mis pechos jamás habían estado tan pesados, tan llenos de necesidad. Sentía su erección en mi trasero, su cuerpo firme envolviéndome. Justo cuando sus yemas tocaron el inicio de mis pechos, el teléfono sonó y nos regresó a la realidad.

Me separe de su abrazo y contesté.

—¿Bueno?

—¿Qué estabas haciendo?

Northman, a diferencia de otros días, estaba de buen humor.

—Nada. ¿Quiere hablar con el señor Carter?

La carcajada de Northman estallo en mi oído.

—Joder ¿Ha escuchado que le llamas así?

—Lo tengo aquí a lado. Yo creo que sí.

Owen se acomodaba el endurecido paquete de su entrepierna sin ningún tipo de modestia.

—Mmm, con razón te escuchas sofocada. Ponlo al teléfono, por favor.

¡Diablos, diablos y más diablos! Si seguía jugando de esa manera, iba a perder mi trabajo. Y ni casa, ni comida, ni ropa, ni muchas otras cosas.

Logre cambiar el semblante y le pasé el teléfono a Owen.

—¡Ey! No pasa nada. No estábamos haciendo nada.

Porque el teléfono sonó, que sino, ya me veía desnuda, sobre mi espalda y con él entre mis piernas.

Asentí y me dirigí al escritorio. Tenía que dejar de tontear y cuidar mi trabajo.

Owen siguió hablando con Northman sobre la reunión del día anterior. Me concentre en los informes de Sudamérica que habían llegado esa mañana y me puse a trabajar. Después de un rato, Owen recargo una pierna en el escritorio y me paso el teléfono.

—Quiere hablar contigo.

Tome el teléfono y retire mi mano antes de que rozara con la suya.

—Northman.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan seria?

—No estoy seria. Solo quiero trabajar.

Me queje.

—¿Te llegaron los informes de Sudamérica?

Northman era toda eficacia, eso me gustaba mucho de él. No se andaba por las ramas, no tonteaba como Owen.

—Sí. Justo los estaba revisando. En cuanto cuadre números, le paso el informe.

—¿Qué te parecieron las propiedades de ayer?

¡Venga con el cambio de tema!

—Bien. Si está buscando una residencia con mucho espacio, cualquiera de las que vi ayer le puede servir.

¿Para qué necesitaba una casa tan grande? ¿Se iban a cambiar los dos?

Por varios días intente llegar temprano para encontrarlo, lo quería conocer. Todavía no lo había logrado.

—Anna mencionó que la casa de Lincoln Park te gusto.

Si ya había hablado con Anna, ¿Para qué me preguntaba a mí? Mi paciencia estaba llegando a niveles absurdamente altos.

—Si Northman. Es una residencia bellísima.

—Me llamo Alex.

¡Otra vez con cambio de tema! Si no tenía cuidado, un día me iba a agarrar en curva.

—Si Northman, ya sé que su nombre es Alexander Northman.

—Ahora quiero que me llames Alex.

Dijo de lo más juguetón. ¿Qué pasaba con mis jefes, o era yo?

—Muy bien Alex, como gustes.

—¿Por qué no me hablas de tu?

Hoy era uno de esos días, donde tenía que entretener a dormilón y a gruñón. Y definitivamente no me había levantado en plan Blanca Nieves.

—¡Porque no se me da la gana! ¿Necesita algo más?

—Que te calmes y me digas, cuál casa te compro.

Me quede en blanco. ¿Yo le gritaba y él me quería comprar una casa?

—Yo... yo... no puedo permitir eso.

Owen sonrió y con un movimiento felino salió de la oficina, dejándome a solas y con la cabeza hecha un lio.

—¿Qué cosa?

Pregunto Alex de lo más calmado.

—Que me compres una casa.

—Mmm, me gusta que me hables de tu.

El gemido hizo que mis entrañas temblaran. ¿Qué diablos pasaba conmigo? Ni siquiera lo conocía en persona.

—Yo... Puedo marcarle en un rato... por favor.

Suspiró y con pesar contesto:

—Solo si me hablas de tu.

—Si... por supuesto.

Dije lo más ecuánime posible. Mi cordura se había quedado en casa; primero uno y después el otro. ¿Estaban tratando que me perdiera?

Justo antes de que colgara, hizo una última petición.

—Toma un baño.

Colgué y titubeante cerré la puerta de la oficina. Algo había pasado y yo no me entere. Por más que le di vueltas en mi cabeza, no alcance a entender el movimiento que hicieron. Solo me quedo claro una cosa; Si seguía jugando así, lo más posible es que me hicieran Jaque mate en dos jugadas más, y yo no me iba a enterar.

¿Un baño? ¿Cómo un baño? ¡Yo no olía mal! Mi entrecejo me estaba doliendo de tanto pensar. No entendí a qué se refería. La luz llege, cuando Gamble entro a la oficina.

—Señorita Jones. Su baño está listo. Me sigue por favor.

Solo por curiosidad tome mi bolsa y lo seguí. Cruzamos por la habitación de Owen, cuando

llegamos a la siguiente puerta, Gamble la abrió, me dio el paso y volvió a cerrar la puerta, dejándome sola en la habitación.

Desde el pasillo no se alcanzaba a ver qué tan amplias eran las habitaciones. Y esta era del tamaño del departamento de Elena. El revestimiento de las paredes era de un material híbrido teñido de color arena. A lo largo de la parte frontal de la habitación se podía ver un panel de madera que se extendía de un lado a otro. Aunque era de día, solo la luz que salía del panel alumbraba la habitación. Las espesas cortinas rojas no dejaban entrar ningún rayo del sol. Era elegante, lujosa y muy masculina, estaba en la habitación de Alexander Northman.

No pude evitar fisgonear, había una hilera de fotografías en blanco y negro que me llamaron inmediatamente. Un par de niños a espaldas, un par de jovencuelos con tremendas botellas de champagne, una casa de árbol, una mujer delgada y frágil de perfil, y muchas de una pareja sonriendo a un bebe. Era un espacio muy ordenado, clásico.

En el lado derecho había una serie de puertas dobles, abrí las primeras y me encontré con un sueño hecho baño. Casi del mismo tamaño que la habitación, tapizado de color arena y grandes ventanales de techo a piso. No había lugar donde esconderse. Incluso la enorme regadera estaba separada por cristales completamente transparentes. Lo impresionante era la vista; solo cielo y el lago Michigan.

La tina era del tamaño de una cama, estaba llena de burbujas y emanaba olor a Vainilla. ¿Qué podía hacer? Me desnude y como nunca, tome el baño de mi vida. Me sumergí despacio en la burbujeante agua caliente, el intenso aroma seco de la vainilla lleno mis pulmones, cada uno de mis poros absorbió la delicada esencia llevándome a un estado de ondas y paz. La tranquilidad se apoderó de mi cuerpo casi de inmediato. Cerré los ojos y naufrague en el mundo de la serenidad.

No sé si fueron cinco minutos o cinco horas, pero cuando volví abrir los ojos, ya no había una pizca de estrés en mi cuerpo. La casa podía esperar, tenía trabajo, familia, salud, y para mi entretenimiento, trabajaba con dos súper hombres que deleitaban cada minuto del día ¿De qué me podía quejar?

—¿Ya más relajada?

La voz de Owen me asusto.

—¡¿Cuánto tiempo llevas ahí?!

Las burbujas habían desaparecido, solo el agua casi transparente separaban mi desnudes de su cuerpo.

—No sé. Perdí la noción del tiempo observándote.

Estaba sentado a dos metros de la tina, en el piso y con un par de toallas entre las manos.

—A Gamble se le olvidó dejarte toallas y vine a dártelas.

Se justificó con las manos y toallas en alto.



Sus ojos estaban cargados de deseo. Por un minuto guarde silencio, era tan sencillo levantarme y dejar que mi deseo tomara las riendas del momento. Él solo esperaba una señal, un movimiento que le digiera que ya había acabado conmigo, que podía hacer conmigo lo que él quisiera.

En silencio, mirándolo a los ojos y con el corazón a mil por hora, era el momento más erótico que había vivido en toda mi vida. Sin palabras, sin tocarme, solo observando mis ojos, Owen me decía lo mucho que me deseaba.

El momento se rompió cuando cerré los parpados para controlar el anhelo que amenazaba con quitarme la razón.

—Te las dejó aquí.

Dijo Owen antes de salir. Me quede en la tina hasta que el agua se enfrió, mi cuerpo lo necesitaba.

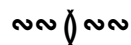
Esa semana tuvimos mucho trabajo. Se acercaba el viaje trimestral y con él, reportes por revisar e informes por entregar.

Estaba entrando en terreno peligroso. Owen y Alex eran unos verdaderos hombres. No dañaban a nadie, respetaban a los demás, incluyendo a sus mayores. Adoraban a Gamble, lo cuidaban y consentían como uno debe cuidar y consentir a sus padres. Y aunque eran egoístas, sobretodo Owen, su egoísmo no dañaba. Alex era todo rectitud, decía las cosas sin adornos. Lograba que la gente trabajara, beneficiando el área filantrópica del grupo Carter y nunca le oí decir una verdad a medias.

Los dos trabajaban para lograr los objetivos. Ponían todo su esfuerzo para lograr lo que querían, sin embargo no lo buscaban donde no debían, no arrebataban, no deseaban lo que no era suyo, simplemente no vendían su alma.

Y yo me estaba cayendo cada vez más profundo por ellos. Incluso por Alex, aunque no lo conocía en persona, cada vez que hablaba con él, mi admiración crecía más y más. Llego el momento que ansiaba sus llamadas. Y él no me defraudaba, me marcaba todos los días, aunque fuera para dar lata.

Gracias a ellos dos, es que la parte filantrópica del grupo Carter fuera la más buscada, respetada y galardonada de todo Estados Unidos. Pero si Owen y Alex comían algo, a Charles Carter le hacía daño. Definitivamente Owen no había salido a su padre.



—Kaira ¿Cuándo vas a coger conmigo?

Me reí, mientras repasábamos la agenda del viaje, salíamos en un par de días.

Owen y Alex tenían un modo de distraerme muy sencillo. Con Owen bastaba con que se me insinuara y terminaba imaginándolo desnudo y encima de mí. Con Alex era más complicado, escuchaba su voz y mis entrañas lo buscaban contrayéndose.

—Podría cogerte como nadie. Que no te quepa duda.

—Y yo a ti.

Dije traviesa.

—Pero recuerda que tengo novio. ¿Ya lo olvidaste? Ya tengo con quien pasar la noche, en realidad son dos. Y tú tienes... a tu harem.

Le había dicho que tenía novio, enseguida se dio cuenta de mi mentira, pero era el escudo perfecto para negarme a nuestros deseos.

—Estoy seguro que puedes con los tres. Además, mi harem es muy participativo. Podemos acomodarnos, no pondré ninguna objeción en que se nos unan.

—¡Uf! Me calma saber que contamos con tu participación.

Contesté sarcástica y volví a reír.

—Me encanta tu risa.

Se acercó intimidándome. Y como siempre, coloqué mi mano en su hombro para mantener la distancia.

—Estás loco.

—Loco por ti. Desde la primera vez que te vi.

Owen me vio, con ojos serios y penetrantes. Si mi control cedía tres milímetros, iba terminar absolutamente perdida. Preferí jugar a lo seguro.

—A mí me gustan las relaciones serias.

Eso asustaba a cualquiera.

—Y a mí me gustas tú. Eres una mujer muy hermosa, muy carnal, sensual. Y yo soy un hombre muuuy cariñoso. Venga Kaira, déjame acerté feliz.

La tentación me estaba matando.

—¡Vamos Owen! Ya tienes muchas mujeres con las que puedes satisfacer tu adicción al sexo.

Se hizo el ofendido y se retiró dos pasos.

—¡Yo no soy adicto al sexo! Solo me gusta un poquito la atención. Tengo muchos traumas.

No pude evitar reír. Owen había crecido rodeado de atención. Tal vez tenía razón y no era adicto al sexo, solo a la atención.

Termine con la agenda y aprovechando su buen humor, me atreví a pedirle la tarde.

—¿Qué vas a hacer? ¿A dónde vas?

¿Eran celos, lo que rodeaba su voz?

—Bueno, es que... Es mi cumpleaños y quisiera unas horas para mí.

Me encantaba verlo pensar, sus facciones se endurecían y perdía ese aire de “no me importa nada” que tanto insistía en mantener.

—Por supuesto. Si quieres vete desde ahora. Tomate el día de mañana y nos vemos el Miércoles.

—¿En serio?!

Dije entusiasmada. Un día sin trabajar era el mejor regalo de todos. Tenía cerca de siete años trabajando como burra todos los días, las vacaciones no eran vacaciones. Un día para mí, sería navidad y año nuevo juntos.

Llegué temprano a casa por primera vez desde que había iniciado este trabajo y me encontré el pequeño departamento vacío y en silencio. Lo primero que hice fue deshacerme de los zapatos y de la incómoda ropa de trabajo. Ya en shorts y playera me acomodé en mi cama, con palomitas y laptop en las piernas, iba a disfrutar de una película y nadie me iba a detener. Vi que tenía un email en espera y sin poder olvidarme del trabajo lo abrí. Se me hizo extraño encontrar Allyu en el título. Era un spa de lujo que solo conocía por las revistas que le llegaban a Owen. Casi me voy de espaldas cuando leí su contenido.

Owen no se había molestado en mandar una simple tarjeta de felicitación, me regaló un día entero en el más lujoso spa de Chicago. Solté las palomitas y me puse a brincar sobre la cama. ¡Día libre y Spa! Era el cumpleaños perfecto.

—¡Toca! ¡Toca!

Le acerque mi mano para que la tocara. Mi entusiasmo era exagerado. Nunca nadie se había tomado la molestia de regalarme algo que realmente fuera para mí. Me habían regalado ropa, dibujos y perfumes, pero mi estilo dependía de mi humor y terminaba regresándolo y comprándome algo completamente diferente a lo que me regalaban. Este era el primer regalo que era exclusivamente para que lo disfrutara.

—Mi piel nunca había estado tan suave. Mis pies...

Me quite los zapatos y me senté junto a Owen. Cuando entro a mi oficina para darme los buenos días, había corrido a sus brazos y sentado en el mullido sillón blanco.

Le subí un pie a sus piernas y le enseñe mis muy cuidados dedos.

—¡Mira! ¿No se ven divinos?

La chica que me decoro las uñas había hecho un excelente trabajo. Todo el día me sentí cuidada, relajada y sumamente consentida. Champagne, fresas, masajes, un facial. Habían sido las ocho horas más felices de mi vida. Me olvide de todo; responsabilidades, estrés, el agobio de sentirme atraída constantemente a alguien que no podía tener.

Mi burbuja de felicidad se reventó cuando sentí que mi piel cosquilleaba a la altura de mi pantorrilla. Mientras yo recordaba mi día en el spa y le mostraba el resultado de su regalo. Owen acariciaba mi pantorrilla, subiendo lentamente su mano. La detuve cuando se perdió debajo de mi falda a la altura del muslo. Apreté su mano con la mía para no dejarlo pasar. Si subía un centímetro más, ya no me iba a poder detener. Fue instantáneo el efecto que tuvo en mí, me empape con el calor que exudaba de su palma. Las respiraciones se aceleraron, al igual que el ritmo de mi corazón.

—No...

Susurre jadeante. Deseaba tanto cerrar los ojos y perderme en el momento. Lo deseaba, lo deseaba como nunca había deseado a alguien.

—Por favor...

Supliqué.

—Solo quiero una cosa Kai.

Su voz denotaba la frustración compartida. Apretó mi muslo muy fuerte, antes de retirar poco a poco su mano de mi piel dejando una estela de desilusión por cada milímetro que abandonaba.

Sus ojos eran fuego puro. Su quijada contraída y ensombrecido semblante, eran los acompañantes de la frustración, que cada vez era más grande.

—Lo único que quiero es ser tu dueño para cogerte y usarte hasta que me quede sin aliento. Esto ya no es divertido.

El gruñido termino de endurecer la cima de mis pechos. No, ya no era divertido.

Baje mi pierna de su regazo y me agache por mis zapatos. Me levante y rodee el escritorio para sentarme. Cuando mire hacia el sillón, él ya había desaparecido.

Poco después llego un enorme arreglo de flores; Tulipanes de todos los colores, era exquisitamente hermoso. Cuando leí la tarjeta mi cordura se desvaneció.

**¿Hasta cuándo nos vas a hacer esperar?**

Alexander Northman.

—Solo dime una cosa. ¿Desde cuándo no te das un buen revolcón? De esos que te hacen sudar el estrés de toda la semana, de esos en que lo único que puedes pensar después de terminar es: ¡Quiero más!

—No sé. Y no creo que sea algo que te incumba.

La verdad es que ya ni siquiera recordaba esos revolcones. A lo mejor nunca había tenido un revolcón así.

Me educaron para ser “buena niña”. Estudiar, casarme, tener hijos y vivir el final feliz. El cuento de hadas que mi mamá soñaba. Fue una gran decepción para ella cuando no me case y no cumplí el plan que tanto había soñado para mí, o más bien para ella, a través de mí.

El no haber cumplido con su plan, fue la mejor decisión de mi vida. Sin embargo, de vez en cuando —sobre todo en las noches con las sabanas frías como compañía—, me imagina jugando a la casita, con un hombre brindándome el apoyo que tanto se me negó.

Últimamente esos sueños tenían nombres y apellidos y ese era solo uno de los problemas, que no solo soñaba con un hombre, sino que soñaba con dos.

En vez de jugar a la casita, descubrí que podía dividir a los hombres en dos categorías. La primera categoría se podía describir como úselo y olvídelo; Eran los hombres que siempre estaban dispuestos cuando mi cuerpo necesitaba otro cuerpo, pero fácil de dejar atrás si era el caso. De ese tipo había tenido suficientes, no le había dado a nadie una oportunidad para más, cuando ellos pedían más, yo salía corriendo por la puerta principal, muchos se quejaron de mi frialdad e indiferencia y ni así me permití ceder.

La segunda: Eran los hombres que son todo, menos seguros para tu corazón o tu cuerpo. Esos son los que arrasan con todo. Con ellos no es usar y olvidar, ellos son ¡Oh Dios, usame! Son de los que te sientes tan atraída, que te ves absolutamente consumida por ellos; Del tipo Owen y Alexander. De esos hombres, debes correr lejos y a toda velocidad. A los tres segundos de conocer a Owen me di cuenta que tenía que correr con todas mis fuerzas y hasta este momento lo estaba logrando.

Desafortunadamente ya estaba cansada de las sabanas frías. En mi cumpleaños siempre me entraba cierta nostalgia y unida a la frustración que sentía desde que inicié en el trabajo, me deje convencer por Isa.

Isa. Una de mis pocas amigas con más de tres dedos de cerebro y una filosofía muy divertida; “Los hombres con futuro y las mujeres con pasado, son las personas más interesantes. ¡Vamos a ser interesantes!”. Mientras yo había llevado una vida llena de responsabilidades, ella se había encargado de seguir al pie de la letra la filosofía y se encargó de llenarse de pasado.

Después de auto convencerme que era justo y necesario una noche para mí. Y que incluso Elena me insistiera en relajarme, me prepare para salir. El lunes tomaba un avión que me llevaba a

México, ahí iniciábamos la “gira”, hasta llegar a Chile. Iban a ser dos semanas en compañía de Owen y Alex, mi instinto murmuraba que debía tener cuidado, que todo podía cambiar con ese viaje.

Logre salir con solo un poco de remordimiento y veinte minutos de retraso. Isa me esperaba en la entrada del club, insistí en ir por separado, conociéndola, iba a terminar esperándola mientras ella fornicaba con el galán de la noche, ya había pasado antes y definitivamente no quería repetir la experiencia.

Se empeñó en ir a “Surprise”, un bar que yo no conocía, aunque el nombre se me hacía conocido, lo había escuchado antes, aunque no lograba recordar de dónde. Cuando acepte el lugar, Isa se sorprendió.

—¿Ya has ido?

Pregunto con los ojos muy abiertos. Negué, mientras doblaba dos pilas de ropa recién sacada de la lavadora. Los quehaceres de casa eran increíblemente fieles, siempre me esperaban.

Una sonrisa depravada que era muy distintiva de ella surgió, mientras rebuscaba en mi closet algún vestido de su gusto para mí.

—¡Te va a encantar! Ahí vas a encontrar el verdadero amor.

La entrada no tenía pinta de que fuera a encontrar a mi verdadero amor. Ni siquiera tenía pinta de bar. No había línea para entrar, de hecho, era una entrada muy discreta con solo una persona en la entrada; No anuncio, no música, no movimiento.

Salí del taxi tratando de esconder mi desencanto. Aunque Isa parecía estar a punto de explotar por la efervescencia, casi corrió para alcanzarme, se prendió de mi brazo y a pasos acelerados nos dirigimos al host.

—Isabela Díaz.

Isa, era hija de padre mexicano y madre americana. Gracias a ella y a su familia, es que mi español era decente.

El host, un hombre afroamericano de casi dos metros, reviso un listado en su iPad y después de marcarla, asintió.

—Identificaciones por favor.

La mostré casi alagada. Tenía veintisiete años recién cumplidos y mi cara no dejaba de verse como una jovencita menor de edad. Después de revisarlas cuidadosamente nos dejó pasar.

Desde el primer paso me percate que no era un bar tradicional; Un pasillo cubierto de mosaico blanco te daba la bienvenida, era muy luminoso, todo lo contrario a los centros nocturnos donde la oscuridad es la cómplice de tus actos no pensados.

La música era una sinfonía altamente erótica, se escuchaban gemidos y jadeos como sombras detrás de las paredes. Un escalofrió entro por mis pies y recorrió mi cuerpo hasta la coronilla. Sentí una ráfaga de humedad bajar por mi vientre; la música, lo privado, lo elegante y sobre todo, lo

diferente, me resulto muy estimulante.

Llegamos a una especie de cúpula, en el centro se encontraba una barra en forma circular rodeada de sillones y pufs blancos. Enseguida nos brindaron champagne, la bebida de bienvenida, y la única que se servía en el lugar. Me pareció extraño, aunque más extraña era la música de fondo. No alcanzaba a entender la letra y los gemidos por momento le ganaban terreno a la sinfonía.

Intente concentrarme en la música cuando se nos acercaron dos chicos. Al parecer el plato principal del lugar era ligar, porque las miradas de los hombres eran depravadoras. Isa, enseguida empezó a platicar con los recién llegados, a los dos minutos se acercó otra pareja, un hombre y una mujer. En cinco minutos me encontré en medio de un grupo de gente demasiado... amigable.

Los ojos casi se me salieron cuando uno de los hombres acerco su mano al pecho de Isa y con mucha calma empezó a desabrochar su blusa. Más me sorprendió cuando Isa se sentó en uno de los taburetes del bar, abrió las piernas, hecho su cabeza para atrás y le dio libre acceso a su cuerpo. Manos y más manos empezaron a acariciar a Isa enfrente de mi atónita mirada. Salí de mi perplejidad cuando sentí una mano subiendo por mi talle.

Había decidido usar un vestido; manga larga, escotado y a medio muslo. De rayas azules y blancas que ayudaban a estilizar mi figura, un vestido que resaltaba mi cuerpo sin parecer un salchichón. Y sin lugar a dudas un vestido muy favorecedor si planeabas que te metieran mano, algo que yo venía a buscar, aunque mis planes eran un poco más conservadores.

Contraje mi cuerpo instintivamente y roja, rojísima de la vergüenza, negué.

—No hagas nada, que no quieras. Puedes decir “no” en cualquier momento. Te veo en un ratito.

Me dijo Isa, mientras se levantaba casi desnuda y con una rapidez que le desconocía. Siguió a la pareja de hombres al costado del domo, donde había una serie de cortinas doradas. No me puse a gritar, porque la chica que me había metido mano me hablo al oído.

—Es tu primera vez ¿verdad?

Asentí nerviosa, dando un gran trago a mi copa.

—La primera vez es... demasiado. Pero date una oportunidad y da una vuelta. Te va a gustar.

El murmullo de su voz, su cercanía, los últimos veinte minutos de mi vida y la jodida musiquita que no paraba de estimular, hicieron que mi mente se abriera a un nuevo universo de perversión y erotismo. Algo a lo que me había resistido durante las últimas semanas. Owen podía ser muy perverso o lo era para mí. Había visto cosas en su casa, que ni en el más húmedo de mis sueños. Pero todo el tiempo me resistí a la tentación, ahora estaba sola, sin ataduras y responsabilidades, libre para explorar.

Me separe de la pareja y con paso firme me dirigí a una de las cortinas. Los murmullos y jadeos que se escuchaban como sombra de la música venían de ahí. Atrás de las cortinas, aparecieron una serie de camas, sillones, pufs, dispersados en una sala inmensa dividida en escenarios. Había parejas, tríos, cuartetos y uno que otro en solitario, disfrutando del placer que solo se encuentra en la desnudes de otro cuerpo. Besos, caricias, rasguños, nalgadas, felaciones,



penetraciones, había de todo y en exceso.

Volví a beber de mi copa, intentando digerir lo que estaba a mí alrededor. Como era de esperarse mi cuerpo reacciono, la necesidad de mi cuerpo se acrecentó mientras asimilaba las escenas. Después de empaparme con los escenarios, camine despacio a otra sala. Ahí me encontré a Eli, la besaban y tocaban dos hombres, la estaban preparando, mientras otros dos se masturbaban observándolos. Vi a mi amiga con otros ojos, se veía plena disfrutando del placer que le estaban brindando.

Un toque de envidia entro por mi vientre, me hallaba húmeda, adolorida de necesidad y sola. Hasta que...

Di un brinco asustada. Mi morbosidad tenía que esperar. Alguien me arrastraba sujeta del codo. Estaba a punto de gritar cuando me di cuenta de quién era.

—¿Qué diablos haces aquí?!

La furia encerrada en sus ojos era algo que nunca le había visto. Mi dormilón había desaparecido y se había convertido en un energúmeno.

—¡Contesta! ¿Con quién diablos vienes?!

Mi champagne se derramo con las zarandeadas que me estaba dando. Yo no salía de mi asombro, lo que no lograron las escenas a mi alrededor, Owen lo consiguió con tres gritos. Petrificada, así me quede.

Al ver que yo no decía palabra me jalo hacia una puerta. Por un segundo me dio miedo y voltee a ver a Eli en busca de auxilio. Eli estaba hincada, con la boca abierta y cuatro hombres desnudos a su alrededor. Definitivamente no me iba a ayudar.

Tratando de recuperar un poco la voluntad me enfoque en Owen, él seguía jalándome de salón en salón sin reparar en mi miedo.

—¡Carajo! ¿Qué no hay un lugar libre?

Siseo furioso. Nunca lo había visto así. Mi dormilón siempre estaba de buen humor y adormilado. Finalmente consiguió un cuarto vacío y me encerró.

—¡Quédate aquí! ¡No te muevas!

Intente contestar, pero la puerta ya estaba cerrada. Era un cuarto sencillo de paredes blancas y negras, una cama con dosel y una regadera abierta. Lo que no faltaba era el cuenco de cristal lleno de condones. Esos cuencos te los encontrabas en todas partes.

Intente que mi corazón volviera a latir con normalidad. Di tres bocanadas de aire, antes de que la puerta volviera abrirse de golpe. Owen entro más furioso.

—Todo iba bien, hasta que me dije: “Ese culo lo conozco”. Que si no, estarías todavía rodeada de depravados.

Hablando de depravados; Caminaba de un lado a otro, como un león enjaulado. Finalmente me trague el miedo y empecé a hablar.

—No te permito que...

Se acercó peligrosamente a mí. Dando pequeños pasitos hacia atrás, termine aprisionada entre la puerta y su cuerpo.

—¿Tu no me permites? Tú te vas a quedar calladita hasta que yo diga. ¿Tienes idea de lo que nos has hecho pasar?

Me tomo de los brazos comprimiendo mi cuerpo; Su voz, la postura, sus ojos, todo él me decía que mejor lo obedecía. Mi sentido de supervivencia estuvo de acuerdo conmigo y guarde silencio.

—¿Vienes sola?

Negué despacio mirándolo a los ojos.

Su mirada se oscureció y el agarre de sus manos se intensifico. Me empezaba a hacer daño, me iba a dejar moretones y mi jefe se iba a enojar.

—¿Con quién diablos vienes?!

El gruñido sonó peligroso. Cada vez me estaba dando más miedo. Se recargo en mi cuerpo y por primera vez lo sentí; Su altura, sus brazos, cada musculo de su pecho, y también su excitación en mi vientre. Los estrógenos hicieron su aparición y terminaron de invadir mi cuerpo. El miedo desapareció y lo reemplazo un deseo profundo. Húmeda, palpitante, adolorida... necesitada. Cada poro de mi piel lo necesitaba.

Subí la mirada y mandando al diablo las consecuencias, acerque mi boca a la suya. Él entrecerró los ojos por la incredulidad y sin cerrarlos, termino de acercar su boca a la mía.

Lo bese con toda la pasión contenida de años y años de sexo mediocre y uso de satisfacción con pilas. Poso sus manos en mis glúteos y de un tirón me alzo, pasé mis piernas por su cintura y pensando que me iba a llevar a la cama me deje llevar.

No me llevo a la cama, lo que hizo fue abrir la puerta y entregarme a otros brazos. El deseo se volvió a transformar en miedo instantáneamente. Empecé a temblar incontrolablemente ¡¿En qué demonios me había metido?!

—Cálmate...

Una mano grande y poderosa se enterró entre mi cabello y acaricio mi cabeza con sumo cuidado.

—No pasa nada, somos nosotros.

Una voz profunda, oscura y caliente murmuro en mi oído. Una voz que yo conocía. Alexander Northman me estaba cargando.

Y como arte de magia, me calme.

—¿Con quién vienes?

Me resistí a abrir los ojos, solo baje la cabeza abochornada. Estaba en los brazos de un hombre que no conocía, envolviendo su cuello con mis dos manos, rodeando su cintura con mis piernas y sintiendo como su excitación encajaba perfectamente en mi cuerpo y lo único que sentí fue un ligero bochorno, junto con el deseo más intenso que había sentido en la vida.

—Kaira, abre los ojos para que te presente a Alex.

El susurro de Owen en mi oído termino con todo mi dominio. Abrí los ojos y me encontré con unos ojos azules muy parecidos a los de Owen, tan azules que casi podías ver tu reflejo en ellos. Su gesto era más duro, más penetrante. La línea de su quijada era larga y elegante, a diferencia de Owen, Alex era rubio. Pero mantenía el mismo look de Owen, entre despeinado y orgásmico al mismo tiempo. Alex era más alto y un poco más delgado, y podía sentir cada musculo de su cuerpo atreves de mi piel.

—Hola.

Murmuro Alex mirándome a los ojos. Fue espontáneo el ¡Bum! que sentí en el corazón. La voz y la persona tenían un equilibrio perfecto. Su voz era grave, ardiente y terriblemente sexi.

—¿Con quién vienes?

Volvió a insistir.

—Con una amiga.

Vi como su gesto se relajó, el suspiró de Owen en mi cuello me hizo saber que él también se había tranquilizado.

—¿Y ahora qué hacemos?

Pregunto jugueteón Owen. Sus dedos acariciaban mi espalda, recorriéndola lenta y posesivamente. Alex tenía sus manos en mi trasero, sosteniéndome y acariciándome.

¿Qué podía hacer? Ya estaba ahí. Entre los dos. Sintiendo sus manos en mi cuerpo. Los dos alientos empujándome hacia ellos. Hice lo que cualquier cabeza pensante hace: me entregue.

Acerque mi boca a la de Alex y lo bese, saboreé sus labios, su lengua, todo el aliento que me quiso dar. Entre gemidos y jadeos se movió y me llevo a la cama.

Owen levanto mi vestido y bajo mi tanga al mismo tiempo. Había desesperación, lujuria, y hambre en cada uno de sus movimientos. Mientras Alex me besaba sin censura, seguí su ritmo y me vi desabrochando camisas y pantalones con un deseo famélico.

Me encontraba completamente desnuda cuando me voltearon boca abajo. Escuche un par de suspiros y la calma que llego con ellos. Ya no eran movimientos bruscos, ya eran caricias suaves, casi delicadas. Una mano acariciaba desde el cuello hasta mis nalgas de una manera posesiva, mientras que otra rasguñaba desde el tobillo hasta el muslo. Intente levantar mis brazos y con una nalgada muy fuerte me detuvieron.

—No te muevas.

Gruño fuerte Owen. Sin medirse, agarraron mis brazos y los llevaron a mi espalda.

—Entrelaza los dedos.

Susurro Alex, obedecí inmediatamente. Si en ese momento me decían que me tirara por la Torre Willis, lo hacía. Estaba increíblemente excitada, necesitada de ser usada.

Ellos se comportaban autoritarios y sutiles al mismo tiempo. Completamente dueños de la situación. Obviamente no era la primera vez que compartían a alguien.

—No te sueltes o te voy a castigar.

Owen no era cariñoso, ni tierno, nada de lo que me imagine. Al contrario; rudo, sin restricciones y con una verga caliente y dura descansando en mi trasero. Alex era el que mimaba mis brazos, mi cabello.

Lo más impresionante era, que cada segundo que pasaba me encontraba más excitada, era como si no tuviera fin, como si la excitación ascendiera por un camino infinito.

Apreté los dedos dispuesta a obedecer. Besaron espalda, nalgas, piernas. Eran besos húmedos, calientes y terriblemente dulces. Cerré los ojos y disfrute cada uno de los estremecimientos que atacaron mi cuerpo. Deje de pensar en contratos, obligaciones y trabajo, y solo me concentre en el placer que ese par de labios me estaban brindando.

Repentinamente alguien me cargo y volteo. Yo ya no pensaba, estaba lánguida en un camino que nunca había recorrido, y con la mejor compañía.

Solté mis manos e intenté tocarlos.

—Dije que no te soltaras y no te movieras. Eres muy mala Kai.

Kai, mi nombre sonaba más bonito cuando él lo pronunciaba. Me di cuenta que mientras más firme Owen era conmigo, más excitada me ponía. Por reflejo, subí los brazos y junte las manos.

—Buena chica...

Murmuro Alex en mi oído. Con instinto animal, Owen abrió mis piernas, gruño y llevo su boca a mi entrepierna. Por un momento pensé que me iba a desmayar. El placer que sentí, hizo que gemidos y jadeos salieran desesperadamente de mi boca.

—¡Diablos Kaira! Sabes delicioso.

¿Se estaba quejando? No me importo, lo único que quería es que me satisficiera. Levante mi cuerpo para tocarlo y de un empuje Alex me detuvo.

—No te muevas. Es mi turno.

En cuanto la boca de Alex toco mi cuerpo, deje de existir. Ya no era yo, ya era de ellos.

Alex me lamio e ingreso un dedo en mí, después dos. Unos minutos después perdí la cuenta; un orgasmo, dos. No me dieron tregua, hicieron de mi cuerpo lo que quisieron. Deje de ser una persona, para ser su muñeca, su juguete para usarlo y manejarlo a su voluntad.

Owen murmuraba cuanto les gustaba, cuanto me deseaban. Mientras Alex me conducía al orgasmo una y otra vez. Cada vez que pensaba que estaba saciada, la necesidad aumentaba de nuevo hasta que me quedaba sin aliento y suplicando por otro. Al número tres deje de contar, los orgasmos explotaban como dinamita en mi cuerpo, mi pecho nunca había estado tan lleno, mis pezones eran torturados con succiones que me vaciaban completamente. Estaba húmeda, abierta y perdida en el mundo paralelo del placer.

Me dieron tiempo a regresar, sentí un cuerpo sobre el mío, pensé que finalmente los iba a tener para mí. Cuando me voltearon y de un solo movimiento alguien me penetro desde atrás, poso sus manos en mi cadera y me dio duro.

Mi cuerpo ya no daba más, estaba eufórica, complacida, colmada de endorfinas, deje que hiciera lo que se les diera la gana. Casi me deshago del placer con un movimiento que me llevo hasta la garganta.

Abrí los ojos y me encontré con la oscura mirada de Alex. Acercó su boca a mis labios y se tragó cada uno de los gemidos que Owen provocaba en mí. Ahora sabía porque era tan perseguido el hombre, sabía perfectamente cómo, dónde y por qué.

—¿Anal?

Gruño Owen mientras acariciaba mis nalgas.

—No.

Alcance a susurrar rozando los labios de Alex. No alcance a percibir cual gruñido sonó más fuerte, si el de Owen o el de Alex, pero a los dos les gusto claramente mi respuesta. No tuve tiempo de sonreír, Owen se agarró a mis hombros y después de advertirme...

—Sostente.

Me penetro bestialmente.

—¡Mierda!

Mis paredes se contrajeron exhaustas, satisfechas y condenadamente vivas.

—¡Joder, Kai!

Sentí el bombeo de su dureza hasta en las pestañas. Caí completamente desfallecida en los brazos de Alex, seguida por Owen. Sus cuerpos envolvían completamente el mío, era pesado, sudoroso y enteramente perfecto.

Perdí el conocimiento por unos minutos. Lívida y todavía en camino a la conciencia finalmente abrí los ojos.

—¿Tu turno?

Le pregunte a Alex viéndolo a los ojos. Negó despacio y aunque serio, su mirada era dulce.

—Ya es tarde.

Murmuro pegado a mi boca. EL “clic” de mi cerebro al prenderse fue audible.

¡Diablos! ¡Diablos! ¡Diablos! Salí corriendo de la cama, al buscar mi ropa me percate de mi estado. No podía salir así, necesitaba una ducha.

—¡Diablos!

Me metí en la ducha abierta, brindando un espectáculo completo a dos hombres muy atentos. Desnudos, sentados en la cama y cada quien con su mano en su entrepierna, era el sueño erótico de cualquiera.

Me sentí culpable por Alex, Owen y yo habíamos satisfecho el deseo, sobretodo yo, siempre pensé que los múltiorgasmos eran un mito de la humanidad, y ahora sabía a ciencia cierta, que no era un mito, que eran reales y condenadamente maravillosos.

—¿Qué hora es?

Pregunte apurada, si no era tan tarde, podía acercarme a Alex y dejarlo tan satisfecho como a Owen.

—Las cuatro.

Contesto Alex masajeando su entrepierna de arriba abajo. Estaba a punto de explotar, el sabroso hongo de su verga, lagrimeaba por el deseo de acabar. Termine de enjuagarme mientras veía como observaban mis movimientos, como se perdían junto con mi mano, mientras lavaba mi muy satisfecha intimidad.

Era tardísimo, pero no podía dejar a Alex así. Salí de la ducha y fui directamente a la entrepierna de Alex. Entrelace una mano con la suya e hice que desapareciera su larga y endurecida verga dentro de mi boca.

—¡Carajo!

No lo pude tomar todo, era muy largo, muy poderoso, muy sabroso. Usando, lengua, labios y dientes, saboree lo más que pudo entrar en mi boca. Tenía un sabor picante, limpio, adictivo.

No tardó mucho en perder el control.

—¡Carajo! No pares cariño.

El apelativo cariñoso fue la estocada final, me ganó. Lo succione, lo lamí, incluso lo mordí. Devore cada centímetro de él con total desenfreno.

Un gruñido que resonó en mi piel, fue la antesala de su simiente llenando mi boca. Trague con gusta cada gota de él, era dulce, afrodisiaco, como su dueño.

Me levante relamiéndome los labios, se sentían más llenos de lo normal, si de por si era trompuda, ahora tenía la aparecía de buscar beso permanente. Busque mi ropa y empecé a vestirme.

—¿A dónde crees que vas?

Protesto Owen. Él seguía masajeando su muy pronunciada erección.

—Me tengo que ir.

Dije sin voltear. Si volteaba mi objetivo por salir de ahí, se iba a ver fracturado. Quería quedarme, quería estar desnuda, quería besarlos y acariciarlos y volverme a perder en ese mar de placer que eran ellos.

—¿Por qué la prisa? Ven acá y acuéstate.

Murmuro Alex.

—No. Tengo que salir de aquí.

Los dos bufaron enojados.

—¿Por qué Kaira? ¿Por qué te tienes que ir? ¿Quién te espera?

La voz de Alex dejó de ser una caricia para mis sentidos. La realidad llego de golpe. No podía perder ese empleo. Tenía que salir de ahí. Ya estaba vestida cuando volteé a verlos.

—Los veo el lunes.

Fue lo único que se me ocurrió decir. No podía decirles “Gracias por sus servicios” ¿Cierto? Aunque había sido un servicio completo y de muy alta calidad.

—Espera dos jodidos minutos. No puedes salir sola.

El tono de voz de Owen me convenció. Además, no quería salir de ahí sola. ¡¿Ahora me daba vergüenza?! “Ridícula”, me regañe.

Me calce y con sigilo me dirigí a la puerta.

—Ya vamos, ya vamos. No deberías estar tan desesperada por irte.

Mi dormilón había regresado, Owen sonreía y disfrutaba de mi incomodidad. Gruñón simplemente se levantó y busco su ropa, le acerque su pantalón y justo cuando retiraba mi brazo, él lo tomo.

—Ven acá.

Intento abrazarme, pero me resistí.

—Dime quién te espera.

Por un segundo estuve tentada a contestarle, la frialdad de su voz fue la que me detuvo.

—En serio necesito irme.

—No vas a salir de aquí sin mí.

Su voz ya no era juguetona. Me di por vencida y me senté en la cama. Después de vestirse se sentó junto a mí.

—Dame un beso.

Pidió dormilón.

—No.

Dije enojada. Él tuvo el descaro de reírse de mí.

—No nos vamos a ir, hasta que me des un beso.

Mi sonrisa salió encantada. Era un oso perezoso, que cogía como el mismísimo demonio de Tasmania. Con un gran suspiró acepte.

—Anda pues, ahí está el beso.

Acerque mis labios a los suyos, que me recibieron con ansiosa aceptación. Por última vez, deje que su lengua barriera con mi boca, hice lo propio y visite lugares que hasta ahora conocía solo en sueños, me separe hasta que mis sueños quedaron en el olvido por la realidad.

Alex me separo de Owen, me cargo y me sentó en su regazo, sentí como sus manos acariciaban todo el contorno de mi cuerpo. Subí mis manos a su pelo y jale lo suficiente para que un ligero jadeo subiera por su pecho y me hiciera sentir la mujer más poderosa de la tierra.



Las manos de Owen se unieron a las de Alex y temí no salir nunca de ahí.

—Ya me voy.

Me vieron a los ojos detenidamente. No supe descifrar sus miradas, eran miradas que no conocía. Sus ojos azules se veían mucho más oscuros, más pasionales.

—Sí, es mejor que nos vayamos. Estoy a punto de arrastrarte nuevamente a dentro de la cama.

Murmuro Alex, su voz era ronca y oscura por el deseo. Mis entrañas empezaban a gritar: “¡Quedate y hazlos tuyos otra vez!”, pero la conciencia como siempre, llegó a importunar.

—Vamos.

No busque a Isa, solo me concentre en los hombres que me escoltaban posesivamente y en salir de ahí.

Charly estaba esperando con la puerta abierta del Mercedes Benz del día. En ese momento desee que la tierra me tragara, que mi deseo no hubiera sido tan cegador.

Esto significaba: Adiós trabajo, adiós seguridad, adiós Owen y Alex.

—No te preocupes por Charly. Todo va a estar bien.

Me susurro Alex. Por un momento dirigí la mirada al espejo retrovisor y me encontré con los ojos de Charly. No había juicio o sentencia en ellos, solo aceptación. Baje la mirada y me centre en entrelazar los dedos de mis manos. Dos manos, de dos hombres tan diferentes como el hielo y el fuego, separaron mis dedos y se quedaron con la mano que les correspondía. Cada caricia era diferente; La de Owen era posesiva, casi dañina, completamente contraria a su carácter. Y la de Alex también era antagonista de su personalidad, la de él era delicada, suave, casi inconsciente. Era como si se transformaran cuando acariciaban. Mientras yo analizaba sus toques, mi piel se volvía a prender. Intente retirar mis manos, pero con un gruñido me detuvieron.

La conciencia de lo que había hecho llegó como un ramalazo, No solo entre a un club donde la perversión era el plato fuerte del menú, ¡Había salido con dos postres para llevar! Cada neurona de mi cerebro choco manos con los estrógenos que todavía recorrían mi cuerpo. Con un gran suspiró y más satisfecha de lo que había estado en mi vida entera, deje que me llevaran a casa.

Al llegar a mi edificio nos despedimos con un beso de lo más inocente en la mejilla, Owen me detuvo la puerta y después de recordarme los datos del vuelo, salí del carro sin mirar atrás. Tras cerrar la puerta del departamento, me recargue en ella y deje salir el aire contenido en mi pecho. De algo estaba segura, no era fría o indiferente como alguno de mis ex me reprochaba. Podía sentir claramente mi vientre en llamas, unas llamas que dos hombres encendieron.

Todo el domingo analice lo que había pasado. Obviamente había roto mi contrato. Si se enteraba Carter padre, me podía dar por despedida y con muy malas referencias. Eso en el mejor de los casos, en el peor, me podía demandar por incumplimiento de contrato.

Y como lo hecho, hecho esta, me olvide de lamentaciones. Ahora era tiempo de soluciones. Podía fingir demencia, no creía que fuera a funcionar, pero lo podía intentar. Aunque lo que realmente quería, era seguir disfrutando de Owen y Alex, mi par de enanos. Nunca había sentido lo que sentí con ellos. Habían abierto la caja de pandora y era su responsabilidad satisfacerla. Decidida a obtener lo que quería por una vez, me decidí; Owen Carter y Alexander Notaban iban a ser mis nuevos amantes. Así, en plural. ¡Al diablo la las reglas, la sociedad y lo convencional!

Camino al aeropuerto mi cabeza seguía trabajando, en la noche habían regresado las dudas, fue una de esas noches donde no pude dejar de analizar; arrepentimiento, vergüenza, excitación. Había pasado por todas las fases de la duda. Todo quedo en el olvido en cuanto mis ojos advirtieron el Boeing 737 con el apellido ‘Carter’ en grandes letras doradas afuera de la nave color azul turquesa con blanco y una raya roja. Siempre podía conseguir otro trabajo, pero una oportunidad como esta, ¡se presenta una sola vez en la vida! Y no la iba a dejar pasar.

La tripulación me recibió como si fuera una Carter. Dos asistentes de vuelo me guiaron al interior de la nave y me dieron el tour de rigor. El avión estaba acondicionado para transportar a veinte personas cómodamente, aunque solo ocho contaban con cama para dormir. Fue un dato de lo más ilustrativo, yo solo quería dormir con dos.

También contaba con sala de conferencia, habitaciones, una ducha y una cocina totalmente equipada, era una aeronave de lujo, que pocas ocasiones era usada por Owen. Por Gamble me entere que Owen odiaba volar, solo lo hacían por necesidad, él prefería moverse sobre tierra. Me pregunte qué pasaba con Owen y los servicios de transporte; No manejaba, no le gustaba volar.

Mí sobre cargado cerebro colapso cuando escuche murmullo en la parte frontal de la aeronave.

Para mi sorpresa, advertí a un Carter diferente al que esperaba, me recompuse de inmediato y le sonreí estirando la mano para saludarlo.

—Señor Carter, que gusto saludarlo.

Charles Carter me devolvió el saludo con más entusiasmo del esperado.

—Es un placer verle señorita Jones.

Me invitó a sentar en uno de los sillones reclinables color crema y con un gesto de mano, le indicó a la asistente de vuelo que nos sirviera un café.

—Platíqueme. ¿Cómo se ha comportado mi hijo?

Charles Carter hablaba como si el mundo no girara a su alrededor. Junto con él, subieron un

par de hombres vestidos de negro con el cuerpo de gorilas y otros dos hombres de complexión más normal. Carter padre los ignoraba, fijando su completa atención en mí. Si yo tropezaba en este momento, iba a salir del avión más rápido que pronto.

—Oh, ya conoce a su hijo. Encantador igual que su padre.

Charles sonrió, eso era buena señal.

—¿Todavía no la convence para acostarse con él?

Negué, dándole un trago a mi café. En realidad no estaba mintiendo, no me acosté solo con él, me acosté con él y con su abogado.

—No. Le dije que me podía resistir a los encantos de su hijo.

—¿Y a los de mi sobrino?

—¿Su sobrino?

¿Quién carambas era su sobrino?

—Ah, no le han dicho.

Charles dejó su taza en la mesita que separaba los sillones y entrelazó las manos en su firme vientre. Owen Carter había sacado el físico de su padre, eran muy parecidos, incluso en el escultural cuerpo.

—¿Ya conoce a Alexander Northman?

—Sí. Hablo con él a diario.

Eso hizo sonreír a Charles y me perdí el motivo. La familia Adams regresaba.

—Alex es mi sobrino, en realidad mi hijo, legalmente por supuesto. Alexander Northman Carter no es de mi familia, es solo sobrino por parte de mi esposa.

¡Ah, nueva información!

—No lo sabía, ninguno de los dos lo mencionó.

—Les gusta jugar al gato y al ratón. Solo que en este caso, los dos van por el queso.

—Mmm, y supongo que yo soy el queso.

—Usted y todas las mujeres que se les atraviesan. Llevan jugando desde la infancia. Les divierte.

Lo dijo casi burlándose de mí. Si por un momento me ilusione con llegar a mantener una relación más allá de lo sexual con los enanos, Charles Carter acababa de matar a la Blanca Nieves que llevaba dentro.

—Bueno, hubiera sido de gran utilidad esa información cuando me contrato. De haber sabido que iba a ser parte de un juego, hubiera pedido más dinero.

La carcajada de Carter padre era completamente diferente a la de su hijo, corrección, sus hijos. ¡Malditos enanos mentirosos! La carcajada de Charles era más ronca, más diabólica.

—Padre.

La voz de Owen nos sobresaltó a los dos.

—¿Te estas entreteniendo con Kaira?

Charles dejó de sonreír inmediatamente, para adquirir la pose del “señor del universo”.

—Es muy entretenida. Supongo que ya te habrás dado cuenta.

Esa era una batalla padre—hijo en la que no quería participar, aunque para mi infortunio, ya era parte de ella.

—Kaira.

Alex venia atrás de Owen. Hizo un asentamiento de cabeza como saludo hacia Carter padre y me extendió la mano.

—Me acompañas por favor. Hay cambios en el itinerario que tenemos que revisar.

Tome la mano de Alex, mientras le sonreía a Carter padre como despedida.

—Supongo que el cheque de este mes, me lo voy a ahorrar.

Se despidió el señor Carter de mí.

—No creo señor. Lo que si le sugiero, es que le agregue varios ceros al bono que voy a recibir dentro de un par de semanas. Ahora el mérito es doble.

Dije señalando con la mirada, la mano de Alex en mi brazo.

Charles sonrió y asintió, como dándome la razón. Si el supiera...

Alex me guio a la siguiente sala. Aunque separada, no había modo de tener más privacidad a menos que nos encerráramos en una de las habitaciones que tenía el avión. Eso hubiera acabado mi relación con el grupo Carter.

—¿Qué te dijo Charles?

—Tu padre querrás decir.

Y yo que me había sentido culpable por no abrirme completamente. Ellos habían estado jugando conmigo desde el principio.

—Él no es mi padre.

Lo dijo en un susurro, pero fue tangible el repudio que sentía hacia Charles.

—Disculpa, no fue mi intención molestarte.

Me senté en el sillón que me indicó y con la mirada busque a la asistente de vuelo; necesitaba

mi laptop, mi bolsa, cualquier cosa con que escudarme.

—¡Ey! Mirame Kaira.

El susurro fue demasiado para mis sentidos, inmediatamente se alertaron. ¡Esos hombres me iban a matar! Inmediatamente dirigí mi mirada hacia él.

—Hoy amaneciste más bella de lo normal.

Me mordí los labios para evitar reír. La táctica de Alex para cambiar de tema siempre me hacía sonreír.

Ese día me prepare con más esmero; segura y decidida, así me quería sentir. Venía dispuesta a hacer esos hombres míos. Aunque mis esfuerzos no se le acercaban a la elegancia innata que tenían Alex y Owen. Alex usaba un traje negro impecable, diseñado para ajustarse a ese cuerpo largo y musculoso que tan bien sabía manejar. Tenía una gracia natural en cada uno de sus movimientos, de sus miradas. Era exquisito desde la punta de los pies, hasta la última hebra de ese cabello rubio que tanto necesitaban tocar mis manos.

—¿Y cómo sabes que es más de lo normal? Esta es la segunda vez que me ves.

Alex negó y acercándose peligrosamente a mí, susurro.

—Desde que entraste al elevador por primera vez con Gamble, no te he perdido de vista.

Me separe de él casi por supervivencia, y no mía, sino de él. Podía tragármelo de un gran mordisco.

—Tú también te ves muy bien.

—¿Qué te dijo mi padre?

Owen se sentó junto a Alex interrumpiendo mi coqueteo. Los dos me veían con mucha atención, incluso me pareció ver un poco de devoción.

¡Mi mente estaba jugando conmigo y con mi corazón! Ese lema que me servía como escudo, se estaba derritiendo entre el fuego y el hielo. “Evita el amor a toda costa”, aunque era jodidamente depresivo, era completamente realista. Yo no podía ceder y envolverme en una relación que tarde o temprano iba a explotar en mi cara.

Dispuesta a Jugar el mismo juego que ellos, contesté con la verdad.

—Que soy el queso del juego.

Owen y Alex intercambiaron una mirada rápida. Fue toda la reacción que demostraron, esos enanos sabían su juego. ¡Ya les iba a demostrar que yo también podía jugar!

Antes de levantarme y besuquearlos, la razón me detuvo, ¡Eso era una estupidez! No era buena idea por ningún ángulo. El cosquilleo del pánico empeoro, cuando vi que Charles nos observaba a unos metros.

Lo que pasó seguramente significó mucho más para mí, que para ellos, la única perjudicada en este juego iba a ser yo, pero eso no iba a ser un obstáculo para divertirme, aunque fuera a corto plazo.

—Bueno, eso da pie a que hablemos de logística.

La voz de Owen era ligera y amigable. A lo mejor había olvidado que dormí con ellos dos días atrás. Tal vez me confundió con una de su harem.

Alex le dio un puñetazo en la pierna y señalándolo con un dedo lo callo.

—No Kaira. Lo que queremos es hablar contigo. Aparte del trabajo, eres una mujer muy... discreta. No sabemos nada de ti. Hablanos de ti.

—¿Qué quieren saber?

Dije tratando de mantener la voz casual. Si ellos no se habían tomado la molestia de avisarme que eran hermanos—primos, yo no tenía por qué decir nada que no quisiera.

—¿Te gusta trabajar aquí?

—Me encanta.

Contesté honestamente. Owen me recompensó con una sonrisa.

—Me complace saber eso. Me gusta que te sientas a gusto trabajando conmigo, yo también me siento a gusto contigo.

¡Sí! Owen se puso en bandeja de plata. Era ahora o nunca; armada de todo mi coraje y después de confirmar que Charles no nos observara, acerque mi pie derecho y acaricie ligeramente su pierna mientras lo miraba. La necesidad en mis ojos era obvia.

El ambiente cambió instantáneamente. No se movieron, sus fachadas de chicos malos no cambio de expresión, solo vi como sus ojos se llenaban de deseo y que la mano de Owen tembló ligeramente en la orilla del sillón.

El que fuera una relación prohibida y al tener a Charles Carter a escasos pasos, lo único que hacia es hacer el juego jodidamente más divertido.

—El juego que quieres, es un juego de adultos. ¿Segura que quieres jugar?

Pregunto serio, como queriendo advertirme. ¿De qué? Eso es lo que tenía que indagar.

—Tengo veintisiete años Owen, creo que ya estoy crecidita.

Sus ojos me recorrieron, deteniéndose en la parte de mi pecho que la blusa gris perla no cubría.

—Nuestros juegos son Duros, Kaira. Tienes que hacer justo lo que te decimos. Esto no es ligero ¿Entiendes?

La dura voz de Alex me advirtió, se había acabado lo casual. Sus ojos se conectaron con los

míos y aunque yo me estaba derritiendo, él se mantenía completamente inexpresivo. Tenía más autocontrol de lo que yo imaginaba.

—¿Qué significa eso?

Pregunte suavemente. La necesidad corría por mis venas y mi corazón estaba a todo lo que daba.

—Estamos a punto de despegar. Por favor abróchense los cinturones.

La rubia sobrecargo interrumpió lo que podía ser el inicio del juego más excitante de mi vida.

Después de explicarnos los pasos en caso de emergencia, volvió a ser la mujer más servil del planeta, sobre todo con Alex. Un chispazo que inicio en mi pecho y bajo por mis entrañas me sobresalto. Un chispazo que en letras mayúsculas gritaba ¡Mío! La emoción llamada celos nunca se había presentado en mi camino, no supe cómo manejarla y en un reflejo de conservación, baje la mirada y me centre en mis manos.

El vuelo inicio sin contratiempos, la luz que indicaba que éramos libres de movernos por el avión se prendió y con ella mi piel. Owen tomo mi mano entre las suyas y con un ligero apretón la incendio.

—¿Estas bien?

Asentí, sin verlo a los ojos.

—Kaira.

Alex demando mi atención y yo se la di inmediatamente.

—Nos gusta jugar duro; Amarrar, vendar, enmudecer, castigar y castigar duro. No te vamos a lastimar, pero si quieres jugar, tienes que jugar con nuestras reglas.

Trague saliva. Me dio gusto que no se dieran cuenta de mi sorpresa. Nadie había hablado de amarres o castigos. No sé qué esperaba de este juego, pero definitivamente no era esto.

Había visto a Owen con sus mujeres amarradas en la cama, pero nada más. Nada de castigos u otras cosas. Supuse que mis encuentros iban a ser... sencillos. Que íbamos a dormir juntos de vez en cuando, lo justo para cubrir mis necesidades. En este momento me sentía muy sexual, sin embargo, todo eso sonaba intenso.

No estaba segura de muchas cosas en ese momento, pero estaba completamente segura de dos cosas: La primera, es que ni Owen, ni Alex iban a hacer algo que yo no quisiera. La segunda, es que confiaba en ellos completamente.

Levante mi cara y mire dentro de sus ojos. Y para arriba porque para abajo está el diablo, hice el movimiento de no retorno.

—Vamos a jugar.

Afirme antes de levantarme e ir por mi laptop. Sentí sus miradas a cada paso que daba, eso

elevo mi confianza tres pisos.

—¿Segura que puede manejarlos?

Me pregunto Carter padre cuando pasé a su lado. Con la pregunta llevo el elevador hasta el techo de mi confianza. Ya había dormido con Owen y Alex, y Carter padre no se había dado cuenta. Yo podía manejar perfectamente a todos, incluso a él.

—Por supuesto, yo vine a trabajar.

Enfatice con la laptop en mis manos. Asintió y con la confianza más allá del cielo, me volví a sentar enfrente de los enanos.

—¿Qué fue eso?

Pregunto Alex.

—Necesito fingir que trabajo, sino en cualquier momento me despiden.

Owen rio divertido, mientras Alex refunfuñaba. Eran fuego y hielo.

—Si ya acabaste de jugar, ya puedes hablarme de ti.

Comando Alex. Su voz era firme y dominante. Alex era el que mejor se controlaba de los tres. Yo no tenía esa clase de control, pero hice mi mayor esfuerzo para calmarme. Desde el primer momento supe que podía confiar en ellos, la mirada sincera y cálida de Owen me lo confirmaba. Y sorprendentemente empecé a relajarme.

—¿Qué quieren saber?

—Intereses, novios, mascotas, pasatiempos. Cualquier cosa.

Me pareció divertido que se interesaran en mí. Owen era un dormilón adicto al sexo, incluso un objeto de obsesión. Alex todo lo contrario, un gruñón con obsesión por la eficiencia, con él era mejor mantener cierta distancia. Aunque lo que yo quería, era todo, menos mantenerme a distancia.

Era un sueño hallarme aquí; sentada en una aeronave de súper lujo, con todas las hormonas alborotadas y con dos enanos que querían saber más de mí. Había hablado mucho con ellos en las semanas pasadas, pero esta era probablemente la primera vez que manteníamos una conversación real.

—Nací en New Hampshire. Siempre fui buena con los idiomas. Tenía una vecina que hablaba solo español y lo aprendí antes de que ella aprendiera a hablar inglés. Siempre hablábamos en español.

—¿Tuviste una buena infancia?

—Sí. Mis padres eran muy conservadores, pero eran buenos padres.

—¿Por qué eran? ¿Fallecieron?

—Solo mi padre. Mi madre y yo, no somos... cercanas.



—¿Y Chicago? ¿Te gusta vivir aquí?

—Bueno, no es Italia o Francia, pero está bien. ¿Y ustedes? ¿Por qué siguen en Chicago? Podrían vivir en cualquier parte del mundo. ¿Cierto? ¿Por qué aquí?

Owen se mojó los labios y extendió las piernas, metiendo una de ellas entre las mías. Parecía casual, pero su rodilla se metió entre mis piernas, creando mucha necesidad. La temperatura del avión subió muchos grados.

—Aunque no lo parezca, me gusta estar cerca de mi familia; Mi madre está aquí, Alex está aquí. Además, me gusta lo que hago y puedo manejar todo desde aquí. Es... cómodo.

—¿Y tú?

Pregunte dirigiéndome a Alex.

—Lo mismo. Es cómodo.

—Sí, tienen una vida muy cómoda. Todo viene a ustedes antes de que lo pidan, incluyendo las mujeres.

¡Quería arrancarme la lengua, hacerla cachitos y volvérmela a tragar! Soné como una mocosa celosa e inmadura.

Intercambiaron una mirada fortuita, le dieron un trago a su café y me volvieron a observarme con deseo. No logre saber qué es lo que pensaban.

—Note que no mencionaste novios y sé que no eres virgen. ¿Qué hay con eso?

Pregunto Alex. Entrabamos en tema peligroso. Pensé cuidadosamente las palabras antes de contestar.

—He salido con dos o tres personas, nada serio. Desde que salí de la escuela he preferido enfocarme en el trabajo y la vida familiar.

—Bien. Así que no tienes mucha experiencia, pero la suficiente como para saber por dónde es.

Replicó con su característica eficacia.

Reí apenada. La verdad es que esperaba que ellos me enseñaran mucho más de lo que mi pobre experiencia daba. Aunque el juego que ofrecían no era nada de lo que yo esperaba. Por primera vez quise olvidarme de todo el asunto. Yo no era una mujer con experiencia, ni mucho menos sofisticada. Nada como el tipo de mujer que Owen usualmente recibía en casa. Y que seguramente Alex acostumbraba. Pero antes de que pudiera retroceder, Owen se levantó y dijo:

—Vamos a la cama.

—¿Estás loco? Tu padre...

—Mi padre ya debe estar roncando. Además, solo está jugando contigo, esa cláusula donde dice que no puedes dormir conmigo es un chiste. Aquí tenemos al abogado que puede corroborarlo.

Dijo, dándole un manotazo en el hombro a Alex. Alex le regreso el gesto con un puñetazo en la pierna y se levantó extendiendo su mano hacia mí.

Estuve muy, muy tentada a seguirlos al mismísimo infierno, pero mi sentido de la responsabilidad no me dejó, ni siquiera “las buenas costumbres” que mi madre me inculco desde la cuna se interpusieron. Sin embargo, desafiar a la suerte con Charles Carter era demasiado, al fin y al cabo, él era el que pagaba mi cheque.

—No. Cuando estemos a solas.

—¿Te estas negando?!

El asombro de Owen era cómico, a él no se le negaba nada.

—Te voy a castigar.

Me advirtió Alex. Subí los hombros desdeñosamente y abrí la agenda.

—¿Cuáles son los cambios de los que hablaste?

La mirada que me dieron me intimidó a niveles insospechados. Me iban a castigar y castigar duro. Y no sé por qué, pero estaba segura que me iba a encantar.

## 11

Charles Carter se despidió de nosotros en Nueva York, tenía que arreglar varios de sus negocios ahí, aprovecho el vuelo para trasladarse y para espiarnos, por supuesto.

Con él bajaron dos de sus séquitos, pero se quedaron los dos gorilas más Charly. Fue cuestión de que el avión estuviera en el aire, para que fuera arrastrada a la habitación más cercana.

—Kaira, vamos a poner las reglas primero ¿Esta bien?

Pasé saliva ruidosamente. Esto se ponía serio.

—Solo hay una y es muy simple: No tenemos relaciones amorosas. No novia, amiga con derechos, amante, nada. No queremos una pareja.

Con su acostumbrada eficacia me informo Alex. Asentí tranquilamente, era algo que yo había asumido. En el poco tiempo que conocía a Owen, nunca lo vi en serio con ninguna de sus mujeres. Eran contadas las ocasiones que repetía con alguna. Definitivamente ni Owen Carter o Alexander Northman eran material para asentarse. ¡Eran ideales para mí!

—¡Perfecto!

Contesté sonriente. Los dos se veían decepcionados de mi reacción. No alcanzaba a entenderlos.

—Bien. Ahora necesito que me digas qué crees saber sobre nuestro estilo de vida o si tienes alguna pregunta.

Yo pensaba que los conocía, pero durante las últimas horas, la visión que yo tenía sobre ellos

había cambiado. Ahora no tenía idea de que es lo que me esperaba en la cama.

—Pensaba que cogías como demonio de Tasmania, es todo.

Le dije a Owen.

—Contigo solo puedo especular.

Me dirigí a Alex con una sonrisa, ahora quería más que especular.

—Nunca pensé en castigos o en obedecer. ¡Espero que no crean que me voy a convertir en su esclava!

Owen estallo en carcajadas. Todavía riéndose se levantó y sirvió tres copas de coñac.

—Es muy temprano.

Dije cuando me ofreció una copa. Subió los hombros y se sentó nuevamente junto Alex, chocaron sus copas y se las llevaron a la boca. Hasta en eso eran sensuales, en la forma de tomar la copa, uno fuerte y el otro delicado, se relamieron los labios y empecé a sudar frío; yo quería, necesitaba esos labios, esas manos, esos hombres.

Sus ojos seguían brillando de diversión cuando volvió a hablar.

—No Kayra. No buscamos una esclava o una sumisa. Solo se trata de placer. Si a ti te da placer que te comamos ese precioso coño que tienes, nosotros nos lo comemos. Si yo tengo ganas de que me comas, mientras Alex te coge y sobre todo, si tú estás dispuesta, entonces jugamos.

¡Oh sí! Yo podía jugar en el momento que a ellos se les antojara.

—Es un juego muy simple; se trata de fantasear, de satisfacer. A veces a mí me va a satisfacer ver cómo te coge Alex, sin necesidad de tocarte, solo viendo. Eso me gustaría.

Se llevó la copa a los labios, regalándome tiempo a que yo asimilara lo que me acababa de decir. Alex se mantenía en silencio, permitiendo que Owen marcara las reglas, mientras él estudiaba mi reacción.

—¿Solo Alex?

Owen se atraganto con el coñac, y la línea en el entrecejo de Alex se profundizó.

—¡Wow! si estas dispuesta a más, siempre lo podemos arreglar.

Contesto Owen no muy convencido.

—¡No! No lo digo por eso.

¿O sí? Ni siquiera yo sabía. Owen sonrió y se recargo en el respaldo del sillón. Esa postura de “no me importa nada”, era un escudo cuando se sentía nervioso. Lo había observado lo suficiente para identificar sus momentos de estrés o de placer y en ese momento, Owen estaba nervioso.

—Otros, otras. Se trata de disfrutar, de placer, de jugar.

Aun con su postura desgarbada, Owen me estaba proponiendo cosas que yo nunca imagine, y el silencio de Alex no ayudaba, la sangre me estaba abandonando. Tome la copa que me había ofrecido y me la tome de un solo trago. Sentí como el líquido ámbar recorría desde mi garganta hasta mi estómago, dejando a su paso una estela de fuego al rojo vivo. Así era como iba a ser mi relación con ellos. Dejando una estela de fuego por donde pasaban.

—Dime una cosa Kaira. ¿Te excitas cuando ves a Owen cogiendo? ¿Te gusta ver como hace gritar a otras mujeres?

De solo pensarlo me estaba excitando. No tenía sentido negarlo. Asentí firmemente viendo a Alex a los ojos.

Él levanto las cejas y acerco su mano a mi cara para acariciar mi mejilla.

—Eso me gusta, eso es lo más importante, que seas honesta con nosotros. Ni Owen ni yo te vamos a mentir, ni una sola vez. Esperamos lo mismo de ti.

Asentí. No estaba segura qué estaba aceptando. ¿La parte de la honestidad? ¿La parte donde otros u otras me cogían? Pero de algo estaba segura; Estaba aceptando.

—Para nosotros no existe eso de señor, maestro o nada parecido. Espero que nos veas a los ojos, que hables, que grites cuando te hacemos acabar.

La habitación se calentaba más por cada segundo que pasaba.

—No quiero que bajes la mirada, nunca. ¿Qué más? ¿Alex?

—Si decides terminar el acuerdo, simplemente llegas y nos dices se acabó, lo mismo de nuestra parte. Nadie va a forzar a nadie a estar o hacer algo que no quiere hacer. ¿Está claro?

Sus pequeños discursos habían contestado casi todas las preguntas que acechaban mi cabeza, matando casi toda mi ansiedad.

—¿Necesito una palabra de seguridad o algo parecido?

—Si quieres una. Nunca has hecho nada parecido ¿Verdad?

Negué enfáticamente.

—Es muy simple Kaira. Solo tienes que decir no, e inmediatamente paramos.

Por alguna extraña razón sabía que así iba a ser. Confiaba en ellos. Me levante y rellene mi vaso, después de beber un poco de valentía, los vi a los ojos.

—¿Ya podemos jugar?

Owen me vio y sonrió ampliamente. Estaba nerviosa, por supuesto, también excitada, pero por el momento el nerviosismo estaba ganando la batalla.

—¿Kaira?

La voz de Owen era suave, sonaba preocupado. Se levantó del sillón y me alcanzo junto a la

cómoda de los licores.

—¿Estas bien? ¿No estás de acuerdo con algo? No tenemos que hacer esto, si no quieres.

—No, si quiero.

Dije firmemente.

—Entonces quiero que me digas sobre que estas nerviosa.

Pasó la yema de sus dedos sobre mi cara, los bajo lentamente pasando por mis labios, mi mentón, mi cuello. La caricia solo le dio seguridad a mi decisión de jugar.

—Kai. Si vamos a jugar, necesito que seas honesta con nosotros. No podemos jugar tranquilamente, si no estamos seguros que vas a decir que es lo que sientes.

Me encantaba la manera en que se dirigía a mí. Kai. Había cierto tono de cariño, una caricia en su voz cuando lo pronunciaba y calor que se expandía por mi sexo cada vez que lo hacía.

Busque en mi mente algo que decir, una variante de la verdad me serviría. No quería que se sintieran obligados a tener sexo conmigo, mucho menos por lastima. Después de rebuscar en mi cabeza, llegué a la conclusión que la verdad era lo mejor.

—No tengo mucha experiencia, estoy preocupada de no llenar sus expectativas.

Sonrió cálidamente. Y dejando los vasos en la cómoda, busco mis manos.

—Vas a estar perfecta, no te preocupes.

Y cual magia, la sonrisa de Owen Carter hizo desaparecer mi nerviosismo, todas mis preocupaciones se desvanecieron.

Acerco su boca a la mía y justo antes de tocar mis labios, susurro.

—He querido hacer esto desde la primera vez que te vi.

Entre abrí los labios, y justo cuando él llegaba a ellos. Una palabra nos detuvo.

—Logística.

Alex seguía sentado con la copa en la mano. ¡Dios, cómo me gustaba!

—¿Logística?

—Cómo nos vamos a cuidar.

Me aclaro Owen.

—Ohhh, logística.

Reí entre los brazos de Owen. Mis enanos eran graciosos.

—Bueno, yo estoy más que limpia. Ustedes son los que me preocupan.

Alex se levantó y abandono la habitación.

—¿Fue a tomar una ducha?

Sentí perfectamente la sonrisa de Owen sobre mi piel, su aliento era delicioso.

—Aquí los tienes.

Alex entro a la habitación con un sobre entre sus manos. Empecé a leer el informe médico de Alex. Los análisis tenían fecha de tres meses atrás. Eran resultados de todas las enfermedades habidas y por haber.

—Yo no traigo los míos, pero estoy segura que estoy limpia.

Alex recibió el sobre y lo aventó en la silla donde se había sentado.

—¿Y los míos?

Pregunto Owen. Alex me tomo de la cintura y me atrajo hacia él.

—Ve por ellos.

Alex poseyó mi boca, la invadió y la conquisto magistralmente, solo a lo lejos escuche un “Bastardo”. Antes de que mis manos se perdieran por debajo de la camisa de Alex.

—Aquí están.

Me separe de Alex renuente, él no se separó de mí.

—¿Siempre cargan con sus exámenes médicos?

—Los traemos cargando desde el segundo día que empezaste a trabajar con nosotros.

—Solo cuestión de tiempo ¿Cierto?

Le pregunte a Owen, levanto ligeramente los hombros e hizo una mueca. Eso me confirmo que era cierto, ellos habían jugado conmigo desde el principio.

—Bueno, de todos modos usen condones. Mientras más nos cuidemos mejor.

—Aaaaggghhh...

Los dos hicieron el puchero más adorable que había visto. Mi carcajada no se hizo esperar, me olvidaba con quien estaba.

—Yo uso el DIU, pero nunca está de más prote...

Hasta ahí quedaron mis palabras, los dos me atacaron al mismo tiempo.

—No te preocupes, no vas a quedar embarazada.

Baje la mirada y me encontré con un muy pronunciado bulto en su pantalón. ¡Eso estaba listo para deja embarazada a toda la tripulación! No pude desviar la mirada. Owen siguió mi mirada y buscando mi mano, la acomodo encima de su duro bulto. Lo acaricie atreves de la tela, mi interior

goteo cuando escuche su gruñido de excitación.

—Te deseo.

Su voz ronca de necesidad me exalto todavía más.

—¿Lista para jugar Kai?

Su voz volvió a tranquilizarse, regreso a su acostumbrada —medio burlona—frívola actitud. Pero mi seguridad ya estaba fortificada por su erección. Osadamente apreté mi mano y trace la figura de su hombría.

—Creo que los dos estamos listos ¿No crees?

—Oh no, no, no Kaira. Aquí jugamos bajo mis reglas. Querías una palabra de seguridad ¿cierto? Tu palabra de seguridad es Dite ¿Sabes lo qué es?

Sus palabras eran serias, pero el continuaba con su acostumbrada actitud.

—Dite ¿Te refieres a la ciudad de Dite? Donde se encuentran las partes más bajas del infierno. ¿Dante?

La sonrisa de Owen me redimió.

—Sí, Dite. La ciudad donde los pecadores son activos. Como tú y yo, como la ira.

Mordisqueo mi quijada con fuerza, aunque sin lastimarme. Solo marcando su punto.

—Me encanta que aparte de bella, seas inteligente. Hace el paquete completo.

Susurro en mi nuca Alex.

—Dite.

Repetí.

—Mantente quieta. No te muevas.

Owen levanto su mano derecha y muy suavemente acaricio el lado exterior de mi busto izquierdo. Gemí y acerque mi cuerpo a él. Él paro instantáneamente.

—No. Mantente quieta, Kaira. Tienes que aprender a ser obediente. Obedece y continuamos ¿Está bien?

¡Diablos! Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba. Quería sentir la presión de sus cuerpos en el mío. Quería hincarme y tomar sus hombrías dentro de mi boca. Quería complacerlos y sentir como me complacían. Lo menos que quería era mantenerme quieta. Pero el tono de voz de Owen no daba espacio para desobedecer.

Asentí. Sus manos no continuaron donde se habían quedado. Lo que hizo, fue moverlas hacia mi espalda. Ligeramente trazo la línea de mi sostén, con mucha delicadeza pasó sus dedos entre la tela y mi piel, desabrochando el sostén.

—Asumo que no hay problema si dejamos caer esto ¿Verdad?

Asentí nuevamente. Mi cuerpo gritaba en excitación, ni siquiera confiaba en mi misma para hablar.

—¿Te comieron la lengua los ratones, Cariño?

Murmuro Alex. Estaban perfectamente sincronizados, mientras Owen tocaba, Alex susurraba.

—Ahí va.

Con pericia Owen acaricio mi espalda corriendo hacia mis hombros, llevándose a su paso los tirantes del sostén, dejándolo caer al suelo. Recorrió lo largo de mis brazos y de regreso. Enterrando un poco los dedos en mi espalda, la recorrió hasta mi cadera, metiendo las manos abajo del encaje de mi tanga y bajándola a su paso. Me ayudo a salir de la prenda y se mantuvo hincado. En cuanto me vi desnuda un escalofrió cubrió todo mi cuerpo. Luche con la tentación de cubrirme, y gané.

—Buena chica. Manos a los costados, por favor.

La voz de Owen bajo de tono, sin dejar un solo momento la autoridad. Ellos mandaban, yo obedecía. Así que dirigí mis manos a los costados. Alex me dio un beso muy húmedo en la nalga derecha reconociendo mi obediencia. ¡Dios, ese beso!

No había duda de porque las mujeres se les echaban encima. Sus besos eran drogas potentes, adictivas. Iba a hacer lo que ellos quisieran, mientras me mantuviera con sus besos.

Alex empezó a besar la parte trasera de mis piernas subiendo poco a poco; mi trasero, mi cintura, la espalda, mis hombros, recogió mi cabello y acabo en mi nuca. Owen siguió su ejemplo en la parte delantera de mi cuerpo. Fueron avivando poco a poco el fuego de mi excitación. Termine temblando, peleando con el deseo de moverme y tocarlos. Sus dedos trazaron un ligero camino hacia mi busto, cuatro manos apretaron gentilmente. Era increíblemente erótico. Cerré los ojos y deje caer mi cabeza hacia atrás.

—Ojos abiertos Kai.

La voz de Owen fue brusca. Inmediatamente abrí los ojos.

—Lo siento.

Murmure.

—Lo estás haciendo genial cariño. Ven

Me guio Alex hacia la cama, empujándome a ella en cuanto la tuvo a la mano. No fue gentil, ni brusco, simplemente firme. No había prisa, solo firmeza y guía para obedecer. Estaba tan excitada por su manejo, por sus caricias, que ni siquiera me reconocía a mí misma. No había manera de esconder la excitación. Estaba húmeda como nunca en mi vida.

—Abre las piernas Kai.

¡Diablos! Se iban a dar cuenta de mi excitación. Me mortifique pensando en la evidencia de mi



necesidad, estaba empapada. Por un segundo me quise levantar.

—Kaira, te vas a ganar un castigo si tengo que repetir la orden.

La voz de Owen era hielo. Cuando se excitaban se transformaban y a mí me encantaba.

Rápidamente separe las piernas. No sabía cuál podía ser el castigo, pero no sonaba divertido.

—¿Así?

No recibí respuesta, levante la cabeza y los vi paralizados, con sus miradas perdidas en mis labios. Pensando en positivo, había tenido sesión de cera un día antes.

—Carajo cariño. No estás jugando limpio.

Dijo Alex, al mismo tiempo que Owen bajaba su boca a mi entrepierna. Los años de sexo mediocre y la relación unilateral con mi amigo de pilas, desaparecieron en el instante que la boca de Owen toco mi cuerpo.

Su lengua lamio lo largo y ancho de mi coño, con amplios y lentos lametazos. Pausando solo para dar deliciosos golpecitos a mi clítoris. Me tuve que mover para apretar las sabanas tratando de controlar lo abrumador de lo que estaba sintiendo. Alex se encargó de mi necesitado pecho y mi hambrienta boca. Continuaron el ritmo mientras mi orgasmo se formaba con cada pasada que daban. Solo pude cerrar los puños y aferrarme a la sabana para no perder la cordura. Era demasiado, muy intenso para poder soportarlo. No pensé poder manejarlo. Estaba jadeando demasiado fuerte, me estaba perdiendo. Les rogué sin darme cuenta, levantando mi cuerpo buscando sus maravillosas bocas.

—Demasiado rápido.

Owen separo su boca de mi cuerpo, mordiendo ligeramente la parte interna de mi pierna en su retirada. Volví a gemir ¡necesitada terminar!

—Por favor...

Rugué desesperada para que continuara. Estaba tan cerca...

—Por favor...

—Todo a su tiempo.

Dijo Alex levantándose de la cama. Me detuvo con la mirada, mientras observaba mi necesitado cuerpo por ellos.

No me intereso lo que querían hacer o decir, yo solo los quería en mi boca, en mi cuerpo. Acerque mis manos al pantalón de Owen para poder liberarlo. Él se movió para atrás, dejándome sola y necesitada en la cama.

—Kai. Creo que una de las reglas del juego va a ser que escuches. Necesitas escucharnos.

Ahí estaba otra vez esa actitud burlona—frívola.

—Parece que ya te ganaste un castigo.

Alex llamo toda mi atención.

—¿Castigo?

Pregunte con cautela. Yo solo quería que me tocaran otra vez.

—Yo solo quiero que me toquen otra vez.

Me di cuenta que lo había dicho en voz alta y me enrojecí acongojada. Sentí mi cara arder pasando por todas las tonalidades de rojo.

—Todo a su tiempo Kai.

Dijo Owen, mientras pateaba sus zapatos y se sentaba recargándose en la cabecera de la cama.

—Ven y acuéstate en mis piernas. Boca abajo por favor. Le voy a dar un poquito de color a ese precioso trasero.

¡No podía estar hablando en serio! Voltee buscando la ayuda de Alex. Pero ya se encontraba sentado al pie de la cama, sin camisa y saboreando mí pesar.

A gatas y sin pensarlo, me acomode en el regazo de Owen.

—¡Oh Kai! No tienes idea de lo sabrosa que te ves.

Masajeo mis nalgas intensamente antes de separar su mano de mi piel y darle un azote. El primer ardor hizo desaparecer toda mi excitación. No iba a aguantar, antes de empezar el juego yo lo iba a acabar.

Owen volvió a dar otro azote y justo antes de que gritara ¡Dite! Alex domino mi boca. Su lengua hizo que olvidara el ardor de mi trasero. Unos dedos buscaron entre mis pliegues y jugando con ellos se internaron en mi cuerpo. Mi gemido fue silenciado por el ruido solido de la mano de Owen sobre mi piel. Los dedos entraron y salieron, jugaron con los jugos que empapaban mi coño.

—Así cariño, acepta el castigo. Mojame, salpicame.

Jadeaba Alex junto a mi boca, mientras mi cuerpo respondía a todos los estímulos.

Mis parpados cayeron, al mismo tiempo que Owen daba una última nalgada y mis paredes apretaban los dedos de Alex. El dolor se mezcló con el placer y lo intensifico.

Poco a poco abrí los parpados y me encontré con Owen desvistiéndose.

—Alex.

—¿Si cariño?

Acomodo una almohada debajo de mi cabeza y regreso su mano a mi entrepierna.

—Tú.

Jadee, mientras movía sus dedos, los abría, preparaba mi cuerpo para Owen.

—¿Yo qué?

¡Oh Dios! Quería que lo digiera en voz alta. Que le rogara. Quería sentirlo, quería saber lo que era tenerlo dentro de mi cuerpo.

—Tú.

Repetí cada vez más perdida camino al mundo de estrellas e infinito.

—Ya me tienes, ya estoy adentro. ¿No me sientes?

Su voz era un compás de excitación pegado a mi oído, el susurro, su aliento, él, me estaba haciendo perder.

Cambio el ángulo de su mano y me lleno más profundo. Otros dedos rozaban la puerta pequeña de mi cuerpo, tocaban y se retiraban deseando cada vez más ser usada. Deseaba que usaran mi cuerpo como un tablero, que ellos jugaran mientras yo los sostenía.

Volví a caer en el mundo donde solo el placer existe. Mi cuerpo entero se contrajo y por cada poro salió la plenitud. Entre nubes sentí que se alejaban de mi pequeña puerta trasera, pero la sensación de vacío fue olvidada cuando una punta gruesa y dura quiso acompañar los dedos de Alex. Abrí los ojos de inmediato, era mucho, era todo.

—Abre Kai, dejame estar junto a ustedes.

Mi cuerpo se rindió. Con un gemido compartido, Owen entro en mí y acompañó a Alex con movimientos lentos y profundos.

—Así cariño... así. Ya nos tienes a los dos.

Mi cadera se acompaso con la dureza de Owen y los traviosos dedos de Alex. Empezamos el vaivén más antiguo de la historia.

—¡Joder Kai!

Alex maniobro y sin mover su mano de donde estaba, acerco su erección a mi boca. Famélica lo tome de un solo movimiento. Me aferre a él; lo chupe, lo succione, me atragante hasta que los pulmones empezaron a arder por la falta de aire.

—Ten cuidado, respira por la nariz.

La preocupación y la excitación de su voz eran tan similares que no se distinguía cual ganaba. Solo se distinguía la urgencia animal por llenarnos unos a los otros.

Owen aumento la velocidad, la profundidad, el placer en cuanto volví a tomar a Alex con mi boca. El tercer orgasmo nos atrapo a los tres a cuarenta y un mil pies de altura. Esa penetración compartida, lleno mis pechos hasta mi entrepierna. Toda la energía se expandió y salió por todo mi talle. Los poros se abrieron y dejaron salir millones de partículas rellenas de placer. Me vacíe con tal intensidad que mareada, lánguida y terriblemente satisfecha, caí desvalida contra el colchón.

Desperté completamente relajada. Como si hubiera dormido tres noches completas; Descansada, revitalizada, satisfecha. Por mi estado pensé que ellos estaban en la misma posición, hasta que los escuche hablar.

—No está bien.

—¿Por qué?

—¿No lo sentiste? Sentí... es... No está bien Owen.

—¿Por qué? A mí me pareció perfecto.

Sentí que una mano recorría mi espalda con los nudillos. Intente con todo mi ser que mi respiración no cambiara, no se habían dado cuenta que ya había despertado.

—Hacía años que no sentía eso. Pensé que estaba congelado y no tengo deseos de descongelarme. Así estoy bien.

—Oh, vamos Alex. Tócala, es tan suave.

La mano dio otro recorrido en mi espalda. Cuando llego a mi trasero lo acaricio y siguió bajando por mis piernas. No había modo que no me moviera, cada vello de mi cuerpo se había alertado, avivado. Me moví para acomodarme mejor y darme oportunidad de seguir escuchando.

—No va a pasar nada. Siéntela.

Sentí que la cama se movía y otra mano se posó en mi mulso, muy cerca de mi nalga.

—Ese calor. ¿Sientes su calor?

La segunda mano no se movió, solo se mantuvo ahí, transmitiéndome fuego por cada poro que tocaba. Unos segundos después cuatro manos acariciaban cada centímetro de mi cuerpo. La humedad se derramo en mí. Sentí que una mano se acercaba a mi entrepierna y el cosquilleo se acrecentó. Esas manos me estaban quemando, empecé a sentir ese anhelo, esa desesperación por que se perdieran en mi interior.

—Si me quemo, tú vas a ser el responsable.

—Sí, yo soy el responsable.

Gruño Owen cuando un dedo se encontró con mi humedad. Así me di cuenta que no era solo yo la que se había perdido.

¡Demonios! Entre el calor y la humedad, era imposible lucir decente. Llegamos al estado de Veracruz en México, a media tarde. Hicimos una visita rápida a un hospicio que los Carter ayudaban desde hacía tres años. Solo contaban con veinticinco menores, más bien se enfocaban en la capacitación para que los chicos arriba de los quince años pudieran adquirir un oficio. Mientras yo revise números con el administrador, Owen y Alex revisaban las instalaciones y hablaban con los chicos. En menos de dos horas tuvimos todo listo, afortunadamente no encontramos anomalías, llegando a casa se les iba a informar que el grupo Carter seguiría apoyándolos. Si así iban a ser todas las visitas, mi trabajo era el mejor del mundo.

Finalmente llegamos al hotel a las nueve de la noche, mi cabello que normalmente se comportaba, se había revelado en cuanto tocamos tierra mexicana.

—Necesito tomar un baño.

—¿No quieres cenar primero? Casi no comiste en el avión.

Negué masajeando mi cuello. Aunque había pasado la mayoría del vuelo en cama, mi cuerpo necesitaba un descanso.

—Listo.

Anuncio Alex. La reservación del hotel estaba a nombre de él.

—Charlie se encarga del personal, ¿van a querer salir a cenar o vamos a pedir servicio a la habitación?

Los dos guardaron silencio esperando mi respuesta.

—Yo... no sé. Ustedes hagan lo que quieran, yo quiero tomar un baño. ¿Me das la llave de mi habitación?

Los dos me miraron confundidos.

—Te vas a quedar con nosotros.

Me informo tajante Owen.

—¿Por qué?

Supuse que ya había agotado mi ración de tiempo con ellos. Esta era la primera vez que pasábamos todo el día juntos y no quería que se hartaran de mí.

—No entiendo. ¿No quieres pasar la noche con nosotros?

Los dos estaban realmente confundidos. Incluso Owen perdió la sonrisa.

—¿Quieren dormir conmigo? Dormir, dormir. No... ya saben.

Los dos abrían y cerraban sus preciosas bocas, cuales pescaditos afuera del agua. ¡Por supuesto! Estaban acostumbrados a las mujeres acosadoras. Bueno, pues conmigo no.

—Ya estoy un poquito cansada de Ustedes. ¿Qué les parece si me dejan dormir solita y así mañana nos vemos con más gusto?

Intente dar un paso hacia recepción, pero Alex se interpuso.

—¿Ni siquiera vas a cenar con nosotros?

¡Oooowww! No lo asfixie a besos, porque estábamos en público. Sus ojitos azules destellaban, se veía desolado. Levante mi mano y acaricie la barba insipiente que sombreaba su quijada.

—Sí, si voy a cenar con ustedes. ¿Me dejas tomar un baño antes?

Estire mi metro cincuenta y ocho, y acerque mi boca a la suya. Él me ayudo bajando la cabeza y acabo con la distancia que nos separaba. El beso empezó como un toque casi inocente, se terminó lo inocente cuando sentí su lengua y la atrape con mis labios. Apretó su cuerpo al mío en un jadeo y convirtió el beso en algo sobrehumano. Todas esas células que se quejaban de cansancio se avisparon y empezaron a trabajar.

—Ey, ey. Que aquí estoy yo.

Owen tomo mi mano y me guio hacia los elevadores. Caminamos por pasillos decorados por obras de arte colonial, frescos virreinales exquisitos decoraban las paredes tanto del vestíbulo como de cada uno de los corredores. Era un edificio restaurado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, y como su decoración, era una obra de arte.

Desafortunadamente no contamos con una escena erótica en el compartimiento de cuatro paredes, llamado elevador. Junto con nosotros subió Charlie y otro de los gorilas, el pequeño elevador se llenó. Así había sido todo el tiempo, desde que aterrizamos, teníamos sombras con pistola.

—¿Siempre tienen que estar con guardaespaldas?

Le susurre a Owen.

—Tenemos.

Dijo en voz alta.

—No vayas a salir de la habitación sin seguridad. ¿Entendiste? Nada de ir de compras o tomar aire o cualquier cosa que se le ocurra a esa linda cabecita.

Levante las cejas y lo rete. ¿Cómo me decía eso y esperar a que lo obedeciera? Era un reto casi infantil.

—Charles. Kaira no sale del hotel sin protección. Consigue más personal porque seguro lo va a intentar.

Sentencio Alex sin ni siquiera voltear a verme. Mi quijada llego al suelo de un solo movimiento. ¿Qué diablos les pasaba?

—¡Oye!...

—Lo prometiste.

Me recordó Owen.

—Prometiste obedecer.

Cruce los brazos a la altura de mi pecho y guie la mirada hacia adelante. Justo en medio entre Charlie y el gorila. Cuando se abrieron las puertas fui la primera en salir. Mi berrinche quedo ahí, no sabía a donde debía dirigirme.

—A la derecha.

Me guio Alex con una mueca. No le mostré el dedo más educado de mi mano, porque teníamos compañía, pero en mi mente, mi dedo medio lo saludo.

La suite fue construida en mil quinientos setenta y seis, como parte del Convento de Santa Catalina y lo fue durante unos trecientos años, eso decía la placa junto a la puerta. Me sentí como una pasajera de la máquina del tiempo, sencillamente nos transportamos en el tiempo y entramos en un edificio del siglo dieciséis. Obviamente estaba totalmente restaurado, pero no dejaba de ser mágico.

—¿Quieres tomar el baño sola o te puedo acompañar?

Pregunto Alex. Levante la cara y contesté:

—Sola. Me quiero bañar sola.

Aunque transportada a otro siglo, mi enojo permanecía. Las mujeres tenemos memoria que traspasa la barrera del tiempo.

El agua fresca revitalizo cada órgano de mi cuerpo. Salí de la ducha otra vez como mujer. Me tome mi tiempo frente al espejo y después de verificar mi atuendo, salí para encontrarme con la habitación vacía. Me puse zapatos, tome mi bolso y a hurtadillas abrí la puerta.

—Señorita Jones.

El gorila número dos se envaino y saludo.

—¿Te dejaron como centinela?

Sabía que el hombre no tenía la culpa, pero no dejó de ser molesto.

—No señorita, yo soy el encargado de su protección.

Y yo era una patana.

—Disculpa, estoy un poco... de malas. ¿Cuál es tu nombre?

—Tony. Anthony Nash.

Le ofrecí mi mano y me presente como debí hacerlo desde el primer momento.

—Yo soy Kaira. Disculpame por favor, estoy un poco cansada.

—No hay nada que disculpar, es un placer atenderla.

Me cayó bien, aunque tenía pinta de gorila, de esos que primero dispara y después preguntan, sus ojos café claro eran amables.

—¿Me acompañas a cenar?

—La escolto.

Levanto el brazo y me dio el paso. No dijo una sola palabra rumbo al restaurante del hotel, se lo agradecí, mi humor no estaba para “cháchara” como decía Alex.

—Bienvenida al Terracota, ¿Mesa para dos?

—Señorita Jones, el señor Northman ya tiene una reservación.

Me informo Tony. La expresión del hoster cambio inmediatamente cuando escucho el apellido Northman.

—Oh, por favor. Si gusta acompañarme.

—De hecho me gustaría tomar una copa primero, ¿me puede señalar el bar?

—Enseguida.

Camino al bar negué en silencio, lo que hace el dinero. Cambia actitudes, formas, incluso educación. Me senté en la barra y pedí un Martini. Nunca lo había probado y siempre me sonó sexi.

—Tony, ¿te tomas una copa conmigo?

Tony vigilaba el pequeño bar con ojos de águila, no perdía ningún detalle.

—Estoy trabajando señorita. En otra ocasión.

—Soy Kaira.

Sonrió, inclino la cabeza y se retiró a un rincón del bar. No insistí sobre el trago, la verdad es que me apetecía estar sola.

Después del tercer Martini, ya no me apetecía estar sola, ya me apetecía que llegaran mis enanos.

—¿Te puedo invitar otro trago?

—Tal vez una soda.

Le contesté a Alex. De repente mi garganta se secó, sentí la mirada de Owen en mi espalda, pero evite voltear.

Pidió una cerveza y una coca. En cuanto se la entregaron se la llevó a la boca y le dio un buen



trago. El movimiento de su garganta empezó a alterar mis hormonas. Dejó la cerveza en la barra y acerco su cara a la mía.

—¿Me deseas?

Bufe con el corazón en la boca.

—Eres increíble. No conozco a nadie tan directo como tú.

—Me gusta saber dónde estoy parado.

Su cara no se movió, sus ojos se mantuvieron en mí.

—¿Vas a contestar?

—¿Y qué te contesto?

—Que ya estas húmeda y preparada para mí, que tus pezones ya están duros, gritando que los muerda.

¡Mierda! Otro que leía mentes. Un escalofrío recorrió mi espalda, amortiguando un poco el ardor.

—Quieres no solo mi boca, también quieres la de Owen. Quieres que te toquemos, que te besamos, que te hagamos acabar. Nos quieres a los dos amándote, adorándote. ¿Estoy en lo cierto?

Explico perfectamente lo que mi cuerpo deseaba. Las pecaminosas cosas que mi mente nunca se llegó a plantear, las que nunca llegué admitir, las decía con toda calma, en medio de desconocidos y ofreciéndolas en bandeja de plata.

Asentí, sin poder negarlas. ¿Cómo me podía resistir? Simplemente no podía.

—La mesa ya está lista.

Susurro Owen en mi oído, mordisqueo mi lóbulo y jadeo junto a mi piel.

—Hueles delicioso.

Modestia, prejuicios, limitaciones, responsabilidades, reglas, todo lo mande al demonio. Solo eran ellos y yo. Por esta noche, solo éramos nosotros.

La sonrisa que me regalo Owen cuando volteé, fue la imagen pura de deseo y lujuria que sentía por ellos. En sus ojos vi el reflejo de necesidad que yo misma sentía. Moví la cabeza afirmativamente para indicarle que nos podíamos retirar en este momento ¿Quién necesitaba comer?

—Primero cenamos.

A regañadientes me senté en la mesa.

—En cuanto lleguemos; la desnudas, la calientas y la coges duro. Hoy le voy a dar de todo, necesito que este bien abierta.

El calentón que me entro fue tan intenso que por un momento me mareo. Tome mi Martini y

escuche el claro ¡shssss! que surgió cuando el líquido tocó mi acalorado paladar.

—¿Tienes mucha hambre?

Me pregunto Owen. Negué, un Martini era un buen sustituto de la cena, si el aperitivo empezaba con coger duro.

—Ábrete nena... siéntelo.

Owen tenía sus manos en mi trasero intentando abrirme. Mientras yo controlaba el orgasmo que insistía con explotar.

—No te corras cariño. No te corras hasta que yo te dé permiso.

Mis entrañas quemaban por la urgencia de explotar e instintivamente apreté a Owen con las paredes de mi vientre.

—Está a punto de...

Siseo Owen. El torrente de sangre que corría por mi cabeza, evito que escuchara más. No lo iba a soportar más tiempo y el castigo iba a ser... duro, muy duro.

Deseosa de recibir el castigo me deje ir. Mis entrañas convulsionaban ordeñando a Owen, mientras unas manos apretaban mis pezones y otras frotaban mí empapado clítoris para exprimir hasta la última ola de mi orgasmo.

—Eres una chica muy mala, muy, muy mala. ¿Qué voy a hacer contigo?

Sonreí extasiada, mientras Owen me regañaba mordisqueando mi cuello y me daba un buen azote en el trasero.

El sudor que corría por mi espalda se evaporo violentamente con la corriente de aire que entro por la ventana. Intente voltear, pero las manos de Owen jalaron de mi cabello para mantenerme en su lugar.

—¡Quieta! ¿Quién te dio permiso de voltear Kai?

Me dio una nalgada y yo volví a sonreír.

—No seas desobediente, se te están acumulando los castigos.

Recargue mi cabeza en su pecho y espere a que Alex se nos uniera.

—Cierra los ojos.

Una oleada de adrenalina recorrió mi cuerpo cuando escuche la promesa en la voz de Alex. Sentí la seda recorriendo mi cara, un estremecimiento recorrió mi cuerpo mientras Owen abandonaba mi cuerpo y unas manos levantaban mi cabello y apretaban el amarre de la seda.

—Acuéstate Kaira.

¡Oh, oh! Kaira, no cariño. Eso solo significaba placer. mucho placer.

Recargue mi espalda en las sabanas de seda. Alguien levanto mis manos, sujetándolas en la cabecera dejándome inmóvil.

—Es toda tuya.

Dijo Owen. Una mano grande y larga toco mi tobillo izquierdo. Sentí como se hundió el colchón a mi lado y el calor de un cuerpo a mi costado. La mano subió muy lentamente por mi pierna, se saltó mi vientre y llegó directamente a mis costillas. Las acaricio pausadamente y después de unos eternos minutos subió a mi busto. Su mano estaba caliente, muy caliente. Mis pezones reaccionaron endureciéndose más. Con la punta de tres dedos acaricio mi busto muy lentamente. Se estaba tomando mucho tiempo, más de lo que yo deseaba. Necesitaba sentir el peso, la dureza de un cuerpo dentro de mí.

Mientras más se acercaba a mi deseoso pezón, más deseaba que lo apretara, que lo mordiera, que lo chupara. Finalmente dos dedos tomaron la endurecida punta; apretando y jalando tan fuerte que una contracción dolorosa se expandió por mi vientre. Un jadeo salió de mi pecho y por instinto levante mis caderas.

—Alex.

Suspire. Con su voz profunda y oscura murmuro en mi oído.

—No te voy hacer daño, solo te voy a tocar. ¿Está bien?

Asentí desesperada. Yo quería más, no solo que me tocara.

—Dímelo.

La orden era apremiante, sin espacio para dudas. Me trague el cumulo de nervios que se atravesó en mi garganta y despacio contesté:

—Quiero que me toques.

Escuche un suspiró y sentí unas manos que se metían por debajo de mi nalga. Con mucha facilidad me dio la vuelta, acomodo el amarre y recorrió mi cabello a un lado. Sentí que el cuerpo se acercaba a mí, emanaba mucho calor. Acercó su boca y murmuro muy despacio cerca de mi oído.

—Yo me voy a encargar de ti, aquí. Esto va a ser mío.

Una de sus manos recorrió mi cadera, mi nalga y con un dedo recorrió la hendidura de mis nalgas. Jadee y con miedo en las entrañas me impulse para acercar mis rodillas a mi pecho. Un movimiento que en vez de protegerme, le daba mejor acceso a mi cuerpo.

Escuche jadeos a mí alrededor, mientras Alex metía su otra mano debajo de mi cabeza. Se acercó y sentí su aliento en mis labios. Menta, Alex olía a menta.

—No te voy a hacer daño. Solo quiero que disfrutes. Yo voy a disfrutar si tú disfrutas. Es por los dos, para los dos. ¿Está bien?

Algo en su voz me daba confianza. No me iba a hacer daño. Trague saliva y asentí.

—Buena chica.

Se levantó sin darme el beso que estaba deseando recibir. Se acomodó atrás de mí, masajeo

mis nalgas con movimientos lentos y amplios. Cada vez abriendo más y más mis nalgas. Un escalofrió recorrió mi cuerpo cuando sentí el líquido frío en mi hendidura.

—¿Owen?

Oí los pasos de Owen acercándose a mi cara. Con movimientos rápidos desato mis manos y por un momento sentí esperanza.

Alguna vez había intentado tener sexo anal. Pero el miedo al dolor me detuvo. Aunque en estos momentos no me iba a quejar; Sentía miedo al dolor, pero Alex tenía magia en las manos. Había introducido un dedo y no note ningún dolor, solo la excitación creciendo en mi interior.

Owen termino de liberarme. Y mientras yo esperaba que me liberara de las manos de Alex, acerco su erección a mi boca.

—Toma.

Acepte la orden en silencio y llene mi boca de Owen. Me dedique a lamer y chupar, mientras Alex introducía un segundo dedo.

Me tense. No dolía, pero el miedo me paraliza.

—No pasa nada. Relájate. Te prometo que todo va a estar bien. Yo voy a cuidar de ti.

Alex hablaba pausadamente. Su voz era hipnotizante, seductora, fuerte. Me trague el miedo y volví a buscar la erección de Owen.

Cuando acerco el tercer dedo me volví a paralizar.

—Ábrete...relájate...

Solté a Owen y baje la cabeza a la almohada, dándole mejor acceso a Alex. Hizo un poco más de presión y sentí un tercer dedo empujando los apretados músculos. Un gemido nació en mi pecho y se extendió por la habitación.

—Eso...así. Déjate llevar. Imagina cuando nos sientas a los dos adentro de ti.

Me dio miedo, la promesa de sentirlos a los dos al mismo tiempo dentro de mí, era excitante como espeluznante. Ambos eran grandes, fuertes, anchos y maravillosamente míos. Pensándolo bien, tenerlos a los dos al mismo tiempo no iba a ser tan difícil.

Empezó a sacar y meter con más fuerza. El ardor era fuerte, pero el placer era abismalmente mayor.

Movió el ángulo de la mano y ahora el pulgar se encontraba estimulando mi coño. El orgasmo que se estaba formando era cien veces mayor al anterior. Empecé a marearme, cuando me dejó vacía.

—¡¡¡No!!!

Con una nalgada muy fuerte me callo. El ardor de mi piel se fundió con la frustración de mi vientre y el mareo empeoro.

Sentí una mano en mi espalda, y otras dos en cada una de mis nalgas.

—Solo es el principio cariño...

Un juguete. Alex metía un juguete; Duro y húmedo dentro de mi culo. El juguete era más pequeño que sus tres dedos y entro con facilidad. Me volvió a dar una nalgada fuerte y de un solo empujón entro dentro de mí.

Largo, su pene era largo y exquisito. Me deje caer; entro hasta el fondo y causo una ola de placer que me tumbo.

—Levántate.

Enterró sus manos en mi cintura y me obligo a ponerme sobre mis manos y rodillas. Férreo y despiadado, Alex me iba a atravesar. Movi6 el juguete y le dio una vuelta, después otra. No dejaba de bombear mientras mis entrañas se acomodaban a sus cometidas.

Por un momento paro y sacó el juguete, respirar aliviada. Mi alivio duro nada, volví a sentir dos manos abriéndome y un juguete más grande entrar en mí. Alex seguía adentro de mis empapadas entrañas, esperando.

Cuando el segundo juguete entro, Alex regreso a la vida. Duro, hasta al fondo, mis jadeos no me permitían escuchar nada, solo a mí misma. Con cuidado sacó el juguete y me dejó vacía. Sin salir de mí interior, levanto mi cuerpo, acerco su boca a mi oído y susurro.

—Tenía pensado ir despacio, pero no puedo parar. Eres más rica de lo que pensé. Empínate y abre el culo para mí. Te voy a coger por todos lados.

Sus palabras en vez de asustarme, avivaron mi lujuria. Era fuerte, era férreo y yo ardía por satisfacerlo.

Cuando el ancho hongo de Alex intento entrar, me tense.

—¡Relájate Cariño!

Su orden como siempre me calmo. Empujo y sentí como entro el hinchado hongo de su pene. Espero unos segundos antes de entrar un poco más. Sentía muchas manos excitándome, tocándome, distrayéndome. Mi conciencia regreso a mi trasero cuando Alex empujo un poco más. El lubricante facilitaba la entrada y con un final gran embiste entro completamente en mí. Ardor. Dolor. Placer. Ahogue un grito en la almohada cuando lo sentí llenándome por completo. Alex era grande, muy grande. Me deje caer y Alex me siguió. Las manos en mis nalgas seguían abriéndome y amasándome, era demasiado. Me sentía abrumada de sensaciones: el dolor, la lujuria, el deseo, el placer, las manos, las respiraciones, los jadeos, era abrumador y al mismo tiempo magnifico.

Alex acerco su boca a mi oído y gruño:

—Ahora también eres mía.

Un escalofrió arrasó con la poca cordura que me quedaba. Era un gruñido de lo más cavernícola y en contra de todas mis creencias sobre la equidad de género, en ese momento era la

mujer más feliz sobre la faz de la tierra, por ser arrastrada del cabello.

—¡Joder! Te sientes tan bien. Estás tan apretada. ¡Owen, es perfecta!

Se encajaba profundo y sin piedad. Metió su mano, y con un movimiento rápido frotó mi clítoris.

—¡Aaahhh!

El orgasmo y el jadeo se escucharon por todo el hotel, por toda la ciudad y los pueblos adyacentes. En el limbo sentí un nuevo empuje y su crema llenándome.

¡Oh, Dios! Me sentía extasiada, completamente idiota. Mato cada una de mis neuronas. No tenía la menor idea de en donde me había metido, o más bien, donde se habían metido. De lo único que estaba realmente segura, es que en ese momento, me sentía endemoniadamente bien.

Entre sueños sentí un brazo rodeando mi cintura y una mano descansando en mi trasero. Abrí los ojos y me empapé de la visión de Owen, con su torneado torso y su cabello despeinado—orgásmico que tanto me gustaba, incluso las venas de sus brazos me parecían dignas de adoración.

Voltee la cabeza y me encontré con los ojos azules de Alex. Al mirarlo, sentí un ataque de timidez. Era imposible sostener la intensidad de su mirada. Era absolutamente ridículo, estaba entre dos hombres, completamente desnuda y por su mirada, ¿me volvía tímida? Aunque el estudio que realizaba fríamente, no era para menos.

—¿Quieres entrar otra vez?

Susurre. De alguna manera tenía que romper el hielo.

Él no contestó, solo levanto una ceja. Casi me echó a reír por el gesto. Era frío, sin atisbo de corazón y yo me sentía perdidamente enamorada de él. Absolutamente, completamente y hasta el fin del mundo, incluso más allá. Fue instantáneo. En el momento que me reclamo como suya, caí perdidamente por él.

—¿Eso es un no?

—Movié el brazo que mantenía en mi cintura y tomo la mano de Owen retirándola de mi cuerpo sin ningún tipo de delicadeza. Me tomo nuevamente de la cintura y con un movimiento rápido me volteo hacia él. Nuestras bocas estaban a centímetros una de la otra.

—Podría hacerlo.

La flama de excitación despertó voluptuosamente, calentando hasta el último rincón de mi cuerpo.

—Sin embargo, necesito algo de ti a cambio de mis servicios.

—¿Siempre hablas así?

—¿Cómo? ¿Con propiedad?

—Si

—Si

—Es raro.

Subí una mano por su cuerpo hasta tocar sus labios. Su única reacción fue entrecerrar los párpados y detener mi mano para que no la pudiera adentrar a su boca. Deseaba tanto sentir su lengua, su humedad.

—¿Entonces? ¿Cuál es el precio?

—Mi precio es simple. Quiero que me obedezcas.

—¿Por cuánto tiempo? Un día... dos, lo que resta del viaje.

Sonríó y en ese momento supe que Alexander Northman no era un hombre peligroso. Que no debía tener miedo de él. Fue la primera vez en mucho, mucho tiempo, que me sentí a salvo.

Mordió muy fuerte la punta de mi dedo medio, causando un pequeño calambre que recorrió todo mi brazo. Delicioso.

—Por siempre.

Siempre. Una adorable palabra. Aunque nunca he sido fan de oraciones con ella: siempre, por siempre, para siempre. No significan nada si no las cumples y para la gente es difícil, por no decir imposible cumplirlas. Mi madre me dio la espalda cuando más la necesite, aunque constantemente repetía: “siempre te voy a querer”. Mi padre me dejó, aun cuando prometió: “siempre voy a estar contigo”.

Siempre, es una promesa que se debe mantener pasé lo que pasé y yo no lo pude prometer.



—Vamos a cambiar una regla.

Asentí, manteniendo los ojos cerrados. No quería despertar, solo quería estar así, entre los dos.

Llevaba once días viviendo “el sueño”. Visitas rápidas a las organizaciones que se apoyaban y tardes con sus noches, llenas de sexo en todas sus expresiones. Hoy era nuestro último día de luna de miel, lo quería disfrutar antes de llegar a la realidad. Extrañaba terriblemente la realidad.

—Mientras estés con nosotros, no puedes dormir con nadie más.

Sentencio Alex.

—¿Solo con ustedes?

—¿No es suficiente?

Respondió Owen. Jugaba con mi cabello, rozando mi mejilla con su aliento, mis ojos no lograron abrirse, era demasiado placentero.

Eran más que suficientes, eran todos mis sueños húmedos en uno y exponenciados.

—Si yo me comprometo a dormir solo con ustedes. Ustedes tienen que hacer lo mismo.

El murmullo de las respiraciones se detuvo. ¡Mi par de enanos, se asustó! No pude evitar reírme. Me senté y recargando mi espalda en la cabecera, guie sus cabezas a mis piernas. Empecé a acariciar su cabello y cual gatitos ronronearon.

—Solo conmigo, ¿Entendieron?

Los dos asintieron, uno gruñendo y el otro murmurando. Eso fue suficiente para mí. Ahora solo eran míos.

Llegamos a Chicago a las nueve de la noche, cansados de un vuelo de catorce horas. En los últimos doce diez había visitado más ciudades que la mayoría de la gente en toda su vida. ¡Me urgía llegar a casa!

—Fue un placer señores, los veo dentro de tres días.

—¡¿Qué?!

—Vamos, ¿No se han cansado de mí? Necesito dormir sola.

¡Mentira! Era una total mentira. Todavía no se iban y ya los estaba extrañando, los quería conmigo, quería dormir entre ellos, los quería calentando mi cuerpo, quería que me usaran, los quería.

—¿Tomo un taxi o me llevan?

Los dos estaban inusualmente callados. Yo los necesitaba y parecía que ellos me necesitaban también. Ninguno se quería despedir. Nos mantuvimos en un silencio incómodo a la mitad de la pista y con ojitos de gatito a medio dormir.

Tuve que tomar la iniciativa y abrazarlos. Primero abrace a Owen, le di un beso rápido en la mejilla y después hice lo mismo con Alex.

¡Diablos! Esto dolía.

—Bueno, los veo en tres días.

—Dos.

Negocio Owen. Sonreí y asentí. Si, dos me parecía justo y necesario.

Después del precioso recibimiento que tuve en casa, me fui a dormir con un gran hueco en mi cama. Extrañaba el enorme cuerpo de Alex en mi espalda, escudando mi cuerpo del mundo. Y la boca de Owen en mi pecho, alimentándose de mí. Así había dormido las últimas dos semanas y al parecer mi cuerpo es de esos que se acostumbran a lo bueno rápidamente. Di vueltas y vueltas y simplemente no concilie el sueño. ¡Jodido corazón traicionero!

—El joven Alex la espera en su habitación.

Me informo Gamble en cuanto entro al elevador.

—¿Me extrañaste Gamble?

Gamble contesto sonriendo. Lo tome como un sí.

—Si sabe que ya no son unos jovencitos ¿Verdad?

El semblante de Gamble se aligero. Inclusive logre ver una chispa de orgullo paternal.

—Owen y Alex siempre van a ser unos jovencitos para mí. Todavía puedo ver a Owen metiéndose en problemas y a Alex rescatándolo. Corriendo atrás de las muchachitas.

—¿O sea que siguen cómo hasta ahora?

Pregunte con una sonrisa.

—Oh Kaira. Tú eres su mujer. Es diferente.

Gamble no me dio tiempo para corregirlo. Se abrieron las puertas del ascensor e hizo su mejor acto, desaparecer.

Me gustaba la habitación de Alex, era como él; sofisticada, elegante y con un toque masoquista. Tenía una serie de fotos todas en blanco y negro de sus padres. Ahora ya conocía a ese pequeño regordete y serio que acompañaba a la pareja en todas las fotos. Esas fotos debían ser un martirio para él.

Casi al final de la hilera, me llamo la atención una foto de dos jóvenes con grandes botellas de champagne en una mano y en la otra tocando un enorme bote llamado Dite. Dite, la palabra que nunca había salido de mi boca.

La versión adolescente de Alex y Owen, no era muy distinta a la versión adulta. Owen se veía sonriente, divertido, mientras que Alex tenía un gesto serio y petulante. También se veía el complemento que era el uno con el otro.

—¿Por qué no has empezado a desayunar?

Alex entro a la habitación con dos tazas de café en las manos. Todavía tenía el pantalón de la pijama puesto.

—¿Estas enfermo?

Me acerque a él para tocar su frente, él nunca llegaba tarde, ni siquiera se levantaba después de las siete.

—No te preocupes.

Contesto dándole a mi mano un beso.

—Solo quería desayunar contigo. Ahora entiendo a Owen y su terquedad de almorzar contigo, tu compañía es deleitable.

Mi cara se puso como el cobertor rojizo que cubría su cama, toda la sangre se me subió hasta las orejas.

—¿Todavía tienen este bote?

Pregunte obviando el cumplido.

—¿Por qué navegar encima del agua, si te puedes sumergir en ella?

Dijo señalando la puerta del baño.

—¿Un baño? ¿En serio?

Pregunte confusa y sonriendo.

—¿Qué pasa contigo y los baños?

—Tal vez te diga.... Mientras te bañas.

Se puso serio y yo me puse más. Yo también podía jugar.

—Llenala para mí.

Entre abrió los labios por un segundo y me dejó ver esa delicada lengua que tan bien sabía usar. Hizo el ademán de alzar el teléfono y lo detuve con mi mano. Le iba a pedir a Gamble o Tina que nos preparara la bañera.

—¡No! Tú.

Le ordene. La sonrisa del diablo apareció en su cara.

—¡Mírate! Ordenándome, estas aprendiendo.

Le devolví la sonrisa y para mi deleite, vi cómo se dirigía a las puertas dobles que abrían el paraíso de su baño.

Entre a la tina cubriendo mi cuerpo desnudo hasta el cuello de burbujas. Era el paraíso, su bañera era enorme, de porcelana con detalles en oro, hecha para dioses. Yo podía vivir en ella.

—Me preguntaste que por qué me gustaban los baños. Creo que se trata de vulnerabilidad. Te sientes acogida por el agua, cubierta. Y en realidad es cuando estas más expuesta.

Pasé el nudo de mi garganta. Desnuda y con el observando cada movimiento de mi cuerpo, era difícil mantener la calma.

—Aquí los dos somos vulnerables.

—Tú estás vestido.

Señale. Sonrió de lado y dejando el café aun lado, se fue desvistiendo con calma, caminando alrededor de la bañera, mientras yo lo seguía con la mirada.

Después de un movimiento, finalmente pude observar su esplendor. Cegada por él, mi cuerpo respondió con excitación. Metió una pierna junto a mí. La envolví entre mis brazos y lamí lo que tuve entre manos.

—Te prometo que si lo permites, me vas a ver sin defensas... El juego que me gusta jugar, está más allá de cualquier juego.

Renuente a dejarlo ir, se sentó a mi lado. De un solo movimiento me vi sentada con su cuerpo entre mis piernas.

—Podemos compartir, desnudarnos en todas las maneras posibles.

Sentí su excitación en mi entrepierna, me moví para apoderarme de ella, pero me detuvo con una mano en mi cintura.

—Pero nada de eso puede pasar, si no confías en mí. Confía en mí.

Demando.

—Dime todos tus secretos.

Era como si me conociera más de lo que me conocía a mí misma, podía ver cómo estudiaba mi alma a través de sus ojos. Temí su rechazo y cerré los parpados. Con el corazón en la boca respondí.

—Ya confié en ti.

—Pero no completamente.

Tenía razón, no les había dicho todo de mí. Si yo les decía todo, ellos me iban a rechazar, no iba a ser la primera vez.

Con los ojos cerrados, me deje guiar por el instinto y llegué a su cuello; mordisqueé despacio, lamí, saboreando cada segundo, adore toda la piel que me fue posible.

Su hombría se agrandaba con cada jadeo, con cada gemido. Alex tenía más de lo que un hombre debía tener. Era una mezcla de dolor y placer cada vez se adueñaba de mi cuerpo. Llegaba hasta las paredes más profundas de mí ser, mis afortunadas paredes se sacudían sin control cada vez que tocaba fondo.

Sin palabras, solo con caricias y murmullos de adoración, logramos comunicarnos perfectamente.

Estaba tan cerca del infinito que no fui consciente de la presencia de Owen, hasta que beso mi cuello.

—Buenos días Kai.

—Días...

Fue todo lo que mi cerebro fue capaz de procesar. Mientras Alex seguía con movimientos cadenciosos deleitando mi vientre, Owen se hizo cargo de la parte trasera.

Durante el viaje jugaron conmigo, pero siempre me poseyeron uno a la vez. Parecía que estábamos esperando llegar a casa.

—¿Lo intentamos?

Me contraje con la simple idea. Deje caer la cabeza hacia su hombro y alcancé a aceptar con un cauteloso:

—Sí.

Alex salió de mi cuerpo y con el mismo impulso, Owen me tomó entre sus brazos. Llegamos a la cama de Alex jadeantes por la expectativa.

—¿Tu? ¿Yo?

Pregunto Owen.

—Los dos.

Conteste, mientras gateaba sobre la cama. Alex me dio una nalgada juguetona y se metió debajo de mi cuerpo.

—Cuando nos tengas a los dos, quiero ver si te ríes.

Me reto Alex. Bufé y lo bese.

Mi cuerpo estaba húmedo por el baño, aun así, Owen se encargó de lubricarme lo suficiente antes de intentar entrar. Empezó a jugar con mi pequeña puerta trasera, mientras Alex me besaba y jugaba con mi pecho. Yo solo permanecí ahí, entre los dos, disfrutando de lo que me quisieran dar.

Mis apretados músculos recibían a Owen gustosos, durante el viaje los dos se encargaron de complacerlos, de abrirlos continuamente. Owen introdujo la punta, solo la punta.

—Si no te apuras te gano.

Le advirtió a Alex. Alex ajustó su cuerpo y de un solo movimiento se enterró en mí.

—¡Oh, Dios!

—No te muevas cariño. Dejanos llenarte.

Me mantuve quietecita, mientras mis dos enanos me montaban. Entraron despacio, saboreando cada milímetro y yo con ellos. Cada instante era mejor, que el anterior; más lleno, más perfecto. Cuando los dos estuvieron bien enterrados en mí, nos quedamos abrazados, simplemente abrazados y completos, siendo uno.

Al primer vaivén de Owen, le siguieron los de Alex. La sensación era íntegra; el placer, el dolor, la plenitud, Me perdí en un espiral, donde no sabía cómo empezó, ni si en algún momento iba a acabar. Solo sabía que el espiral, cada vez era más profundo, más intenso, y que no estaba sola, que

estaba acompañada por mis dos hombres. Custodiada muy de cerca, muy desde adentro.

Ya el instinto animal nos había poseído, nos movíamos sin descanso, disfrutando del placer que nos otorgaba nuestra unión.

—¡Joder!

Gruño Alex en mi boca.

—¡Mierda!

Le contesto Owen desde mi cuello. No logre hablar, estaba pérdida en el placer más profundo que hay. Los tres nos apretamos y dejamos salir a las bestias que rugían por salir.

~\*~\*~

—Voy a salir.

Me susurro Owen, mientras besaba mi cuello y salía de mi cuerpo, inmediatamente sentí la ausencia. Me faltaba la mitad de mi cuerpo, sin él estaba incompleta.

—Me encanta que escurras.

Me dio una nalgada y se dirigió al baño. No escurría, estaba empapada, me urgía una ducha.

—Alex...

Susurre. Alex seguía muy a gusto en mi interior, con los ojos cerrados y acariciando mi busto, sin enterarse del mundo exterior.

—Alex, vamos a bañarnos.

Hizo un gesto de displicencia y con un gruñido, muy de niño, se negó.

—Ahorita. Cinco minutos.

Owen regreso del baño y se volvió a acostar acercándose a mi espalda. La cubrió con su exquisito cuerpo y suspiró sobre mi cabello.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

Me mantuve entre los dos, respirando su aire. Yo sabía por qué jugaba, porque los amaba. ¿Pero ellos?

—Yo sé que sobran candidatas. ¿Por qué jugar conmigo?

Alex retiro el cabello de mi cara, mientras Owen besaba mi espalda.

—Porque nunca habíamos encontrado una oponente a nuestro nivel. Tú eres como nosotros.

Fueran las últimas palabras que escuche antes de que me volvieran a devorar. Entre un cuerpo y el otro agradecí al universo; nunca pensé encontrarlos, nunca pensé en encontrar a alguien.

—¡Por Dios Owen! Estoy trabajando. ¿Sabes lo difícil que es trabajar con tu aliento en mi cuello? Puedo escuchar perfectamente tu erección.

Owen acerco su boca a mi hombro y me regalo una serie de pequeños mordiscos.

—¿Qué haces?

Dije jadeante. ¡Madre! El hombre sabía lo que hacía.

—Deja de morderme. Ya casi termino.

Temblando guarde el documento. Él hizo caso y dejó de morder, para empezar a lamer. ¡Diablos, adoraba mi trabajo!

—¡Que desesperación!

Di la vuelta con mi silla y me separe de él.

—Quitate la ropa.

Adoraba esa diabólica sonrisa. Siempre se salía con la suya. Mi precioso dormilón consentido.

—Quiero jugar a ¿Sabes quién es?

Me informo mientras se peleaba con mi vestido, el vestido ganó. Tuve que separarme de sus manos para poder desabrocharlo con propiedad y sacarlo por mis pies.

—Tienes prohibido ponerte ese vestido otra vez.

Ordeno mientras me arrastraba a la habitación trasera de la oficina.

Observe con fascinación su habilidad para atar mis manos. La seda retenía mis muñecas firmemente sin causar daño. Tras cerciorarse de mi restricción, se posiciono al pie de la cama. Con una media sonrisa y mirada pervertida se empezó a desnudar. Fui observando como dejaba al descubierto ese cuerpo duro y firme. Centímetro a centímetro perdí la batalla contra la cordura, recordé como se sentía su piel bajo mis manos; tersa y firme. El roce de mis yemas en cada musculo abultado y duro, y saber que pronto iba a volver a empaparme de él, me estaba matando. ¡Mío! Cada vez que lo veía, el pensamiento aparecía. ¡Mío!

Las manos de Owen fueron al zíper de sus pantalones, hizo el ademan de bajarlo y justo cuando empezaba a babear, me guiñó un ojo y negó.

—Creo que ya viste demasiado.

Sonriendo sacó más seda de la bolsa trasera de su pantalón. Recargo sus musculosas piernas a lado mío y dándome un besito en la nariz, me privo de la vista. Nunca pensé que alguna vez fuera capaz de confiar en un hombre a ese nivel. Pero confiaba en él, y al parecer, ciegamente.



Por un momento deje de sentir su presencia, solo el pequeño zumbido de la calefacción acompañaba el frenético bombeo de mi corazón. A punto estaba de llamarle, cuando sentí una boca en mi pie derecho. Por un momento lo contraí, pero unas manos grandes y firmes me lo impidieron.

—Adivina quién es, Kai.

Mi corazón se detuvo de golpe. La voz de Owen venía de un lado y no salía de la boca que seguía besando mi pie. Alex estaba de viaje, así que no podía ser él.

—¡Owen!

Ni siquiera la atrayente sensación que causaban los labios en mi tobillo, lograron apaciguar mi corazón. ¡Habíamos quedado que el juego era solo entre nosotros tres!

—Tranquila, todo está bien.

Sentí su aliento cerca de mí y cual criatura hambrienta, busque su boca. Deje que Alex me envolviera en una nube de lujuria, que mato todo instinto de precaución.

—¡Llegaste antes!

Me saludo con un gran beso, en cada parte de mi cuerpo. El frenético golpeteo de mi corazón, me recordó lo idiota que era. No los quería, simplemente los amaba. Cada vez era más difícil alejarme de ellos.

Siempre había vivido bajo las reglas, incluso cuando cometía un error o me desviaba del camino, levantaba la cabeza y aceptaba las consecuencias. Nunca me había permitido perderme, dejarme ir, dejar de pensar para solo sentir. Y ahora que lo había hecho, presentía que me iba a doler como carne al rojo vivo.

~ ~ ( ) ~ ~

—Solo como aclaración.

La voz de Owen me alejó de los reportes de la nueva escuela de México. Se sentó en el sillón e hizo una seña para que me sentara a su lado.

—No te vuelves a levantar de mi cama hasta que yo te dé permiso.

Disfrute del susurro en mi cuello. Me daba pequeños lametones en los hombros, en la mejilla, en cualquier lugar que encontraba piel.

—Tengo que trabajar.

Dije jadeante. ¿Quién se acordaba del trabajo cuando su lengua bajaba por mi escote?

—No te preocupes por eso. Alex lo tiene cubierto.

Alex, mi pequeño gruñón. En cuanto acabo de “saludarme” salió corriendo nuevamente. La oficina siempre olía a flores gracias a él. No había parado de mandar flores desde mi cumpleaños. Un arreglo nuevo cada día.

—¿Por qué lo tiene cubierto? ¿A eso juegan? ¿A que tú fornicas con la asistente en turno, mientras él te cubre las espaldas?

No fue una queja, aunque sonó como una.

—¡Ey! No estamos jugando contigo, solo te estamos acompañando en el juego.

Me beso y perdí la línea de la conversación. Ahora que podía besarlo, no iba a desaprovechar la oportunidad. Después de que me dejara jadeante y con las neuronas desechas, soltó mis labios.

—Vamos nuevamente a la cama ¿o prefieres aquí?

Mi vestido ya estaba a medio camino, otra vez, mostrando mis senos desnudos y endurecidos por el deseo.

—Primero dime lo de Alex.

Bufo fastidiado e incómodo abrió las piernas y mostro la evidencia de su deseo. Alzo una ceja invitándome a su entrepierna, misma que negué con un levantamiento de cejas. Sonrió y recargo la cabeza en el respaldo del acogedor sillón.

—No creo que quieras escuchar esto.

—No seas ridículo, por supuesto que quiero escucharte.

Guardo silencio, buscando las palabras. Por un momento pensé que no las encontraba e insistí.

—Por favor... dime.

Extendí mi mano y acaricie su frente hasta que desapareció la pequeña arruga que aparecía cada vez que se estresaba.

—Para todos soy un “Junior” bueno para nada, que tiene todo y más de lo que se merece. Tienen razón; tengo dinero, libertad, un mundo donde puedo hacer lo que quiera... El problema es, que cuando pienso en eso, solo siento... vacío. Patético, ¿Cierto?

Se empezó a reír, vi lo incomodo que se sentía y que estaba a segundos de salirse por la tangente.

—Bueno... espero que no seas patético. Porque eso quiere decir que estoy completamente enganchada de un hombre patético y eso me convertiría en patética y seríamos una pareja patética. Y no hay que olvidarnos de Alex, ¡uf! Con el cerraríamos el circulo de patéticos.

Sonrió y con un pequeño bufido atrapo mis labios. Llevo una de sus manos a mi cuello y nos olvidamos del trabajo, de la plática y de las responsabilidades. Con increíble rapidez nos deshicimos de la ropa. Y así como mi cuello, también atrapó mi cuerpo bajo el suyo y lo hizo suyo.

La necesidad por ellos, simplemente no cedía.

—Yo no puedo tener hijos.

Desparramados en el sillón, admirando el lago Michigan y envueltos en una nube de satisfacción, es fácil confesarse.

—¿En serio? ¿Cómo sabes?

—Porque me hice una pequeña vasectomía hace un par de años. La sangre Carter muere conmigo.

—¿Por qué?

—A estas alturas ya conoces a mi padre, para él solo es importante los negocios y el legado. En el camino, a hecho muy desdichada a mi madre y me ha fastidiado la vida. Según él, el único trabajo que tengo es multiplicarme para preservar su legado. Bueno, él nos fastidio la vida, yo lo fastidio a él. Es una relación amor—odio completamente sana.

—¿Y él lo sabe?

—Por supuesto que no, no soy masoquista, yo amo a mi padre. Deja que siga con la esperanza.

Owen Carter era la encarnación del diablo.

—Pero, ¿tú no quieres hijos? Tuyos, olvídate de tu padre.

—Hay muchísimos niños que necesitan un hogar, el día que el instinto paternal llegué a visitarme, puedo adoptar. Lo importante es querer, no engendrar.

Y el amor se expandía por mi cuerpo.

—Hasta el momento el instinto sigue escondido, ni siquiera con la hija de Alex lo sentí.

—¿Alex tiene una hija?!

Me separe de su pecho impulsada por la impresión.

—Tiene, bueno no. Tenía.

—¿Qué?

Ni siquiera él se entendió.

—Alex tampoco puede tener niños.

—¿Y la niña?

—Aaah, ese es un misterio de la humanidad.

Estiro la mano y regreso mi cabeza a su pecho.

—Resulta que se casa con una mujer absolutamente loca, porque salió embarazada. Alex, como es un caballero de la edad media, inmediatamente le pide matrimonio y se hace responsable de la niña sin preguntar nada. Ellos no eran exclusivos y ella siempre ha sido una golfa. Escogió a Alex porque era el mejor partido en ese momento, cuando se aburrió de él y le sacó todo lo que pudo, busco otro imbécil. Alex peleó por la niña, ella hizo las pruebas de ADN y le restregó en la cara su no-paternidad. Él no claudico y se hizo nuevamente exámenes, después de que resultaran nuevamente negativos, fue se hizo más estudios y resulta que mi querido primo, es estéril.

—¿Cómo lo tomo?

Mi pobre gruñón.

—¿Cómo crees? A eso debemos la delicia de su carácter.

¡Vaya! Esas eran noticias.

—O sea ¿Qué de verdad no corremos riesgos de un embarazo?

—Con nosotros no. Y como solo eres de nosotros, ya te puedes ir deshaciendo de tu aparatito, a veces pica.

No había posibilidad de un embarazo. No supe si alegrarme o deprimirme.

~\*~

—¡Dale!

Dije mientras golpeaba la mesa con la palma abierta.

—No te voy a dar otra.

Contesto Owen.

—Tú tienes que hacer lo que yo digo. Y yo digo que me des.

Los dos me veían frustrados. Hice lo propio y les devolví la mirada.

—Te vas a pasar.

Me advirtió Alex. Levante una ceja y sonreí con suficiencia. No era yo la que estaba sin camisa y sin pantalones.

En cuanto llegué al penthouse, ya estaba la mesa de blackjack dispuesta en el área de la sala. El tiempo pasa rápido cuando estas en el periodo de luna de miel, ya se acercaba navidad y nosotros seguíamos como muéganos, disfrutando cada segundo que teníamos libre.

Disfrutábamos el caer de la nieve, mientras jugábamos blackjack por prendas. Mis enanos pensaron que iba a ser presa fácil, lo que no sabían, es que en mis años de universidad, antes de que mi vida diera un giro de ciento ochenta grados, blackjack era mi juego favorito.

Teníamos una hora jugando y ya estaban casi desnudos.

—¡Dale!

Repetí divertida.

—Solo pides más, para atormentarnos.

Mi sonrisa se amplió, no iba a discutir con eso. Su tormento, era la diversión.

La diversión termino abruptamente, cuando Gamble hablo.

—Joven Carter, su padre se encuentra en recepción. ¿Lo hago pasar?

Más rápido que pronto, agarre mis zapatos, mi bolso y subí las escaleras en dirección a la oficina. Era una suerte que fuera buena en blackjack, ponerme la ropa hubiera sido más tardado.

Cinco minutos después y todavía en ropa interior, Owen entro junto a su padre a la oficina.

—Kaira.

Saludo Charles, más serio de lo normal.

—Señor Carter. Qué placer.

Mi voz salió tan falsa como una moneda de chocolate, fue inevitable. Charles entrecerró los ojos, pero no hizo ningún comentario, solo se sentó enfrente del escritorio sin invitación y se centró en mí.

—Me quiere decir ¿Por qué rechazo la donación del señor Márquez?

Mi cuerpo se relajó completamente, no venía a despedirme. Aunque por su tono de voz, me dio a entender que poco le faltaba. Definitivamente no era su persona favorita. Tome aire y abrí el archivo con la información del señor Márquez.

—Porque son fondos de dudosa procedencia. Owen y yo no aceptamos donaciones que puedan ensuciar el buen nombre del grupo filantrópico Carter.

—¿Usted? ¡Usted no tiene nada que decir! ¡El presidente del consejo es mi hijo!

—Y tu hijo dice, que si no bajas el tono de voz, puedes levantar ese sucio culo que tienes, e irte a lamer los huevos de Márquez con todo y su asqueroso dinero.

El desafío entre sus miradas me hizo temblar. Sabía que la relación padre—hijo no era la más amorosa, pero nunca me imaginé el nivel de hostilidad que existía entre ellos.

—¿Qué pasa?

Alex entro en la oficina irradiando autoridad. Venia perfectamente vestido con un traje color gris Oxford y una camisa inmaculada color perla. Nada que ver con el hombre de calzoncillos negros que había dejado en la sala hacia solo un par de minutos.

—Papi vino a decirme como dirigir la única parte del grupo Carter que no está sucia con sus manos.

—¿Sabías que Kaira rechazó un donativo de millones, porque se le dio la gana?!

Iba a defender mi decisión, pero Alex se me adelantó.

—Si lo hizo, debió tener sus razones. Kaira tiene mejor juicio que ustedes dos juntos.

Owen sonrió, Charles se enfureció todavía más.

—¿Ya te la estas tirando?!

Le grito a Alex.

—No se pudo resistir ¿verdad? Tenía que revolcarse con uno de mis hijos.

“Con los dos, para ser más específicos” Lo pensé, pero no lo dije. Si me iba a despedir, más valía cuidar mi liquidación.

—Te recuerdo que yo no soy tu hijo.

La frialdad de Alex, causaba escalofríos. Owen se levantó del escritorio, donde había estado sentado tranquilamente y grito:

—¡Gamble!

—¡Esta despedida! ¡Recoja sus cosas y salga de aquí inmediatamente!

Aunque me lo esperaba, el golpe no dejó de ser doloroso. Antes de que moviera un solo cabello de mi encrespada cabeza, Alex gruñó:

—Estas contratada y con el doble de sueldo. Lo que te pagan es una mierda.

La dureza de su voz, hacia pareja con la repulsión que irradiaban sus ojos. Incluso yo me amedrente, y esa mirada no iba dirigida a mí. Si Gamble no hubiera aparecido en ese momento, no sé qué habría pasado.

—Gamble, acompaña a mi padre. Tiene que ir a lamer huevos, ya sabes que es su especialidad.

Gamble asintió como si Owen hubiera dicho que Charles iba a un juego de golf. Le señalo con el brazo la salida y lo invité a salir con la mirada. Charles lo dudó dos segundos, al tercero, ya estaba levantándose y ajustando el sacó de su costoso traje.

—No hemos terminado de hablar. Es una donación muy grande, puedes hacer muchas limosnas con ella.

Le dijo a su hijo.

—Vete.

Por un momento sentí que Owen iba a levantar el brazo y le iba a partir la cara a su padre.

—Y te recuerdo que una tercera parte de Grupo Carter es mía. La próxima vez que vengas a gritar en mi casa, esa tercera parte se va ir directo a África, Centroamérica o Tombuctú.

—Owen...

—Sal de mi casa.

Charles dio media vuelta y camino hacia la puerta. Owen y Alex intercambiaron una mirada fortuita, fue increíble el consuelo que encontraron entre ellos dos. Solo hasta ese momento me di cuenta del infierno que debió ser la niñez de esos dos hombres, viviendo con el hombre que salía de mi oficina.

Nos quedamos en silencio, mientras escuchábamos los pasos que se alejaban de dos hombres completamente diferentes. El pitillo del elevador nos anunció que Carter padre ya no se encontraba en el penthouse, el aire bajo de densidad y los tres volvimos a respirar normalmente.

—La próxima vez que rechaces un donativo de millones, avisame. Así puedo estar preparado.

Owen no lo dijo enojado, aunque tampoco uso ese tono de voz que hacia sonreír al diablo. Iba a contestar, cuando Alex me hizo una señal para dejarlo pasar. Owen salió de la oficina sin reparar en ninguno de los dos.

—Lo rechace porque él me dijo que todos los donativos con fondos sospechosos iban para atrás. No es el primero que rechazo, siempre pido una investigación profunda cuando se trata de donaciones arriba de diez mil dólares ¡¿Imaginate con uno de tres millones?! Desde el primer reporte que me llego, me di cuenta que era dinero con fondo sucio. Es una empresa que exporta e importa comida con ganancias anuales de dos a tres millones. Cualquiera que sepa sumar y restar, se da cuenta que no es una donación honesta.

Me defendí con Alex.

—¡Ey! Nadie está cuestionando tu proceder o tu decisión. Así fuera una donación del mismísimo presidente, si tú dices no, es no.

Mi corazón no exploto de amor, porque mi piel se lo prohibió. Casi me echó a llorar de la cantidad de emociones que invadieron mi cuerpo. Mi pecho se sentía lleno, pesado. Alex observo mi expresión y no tardo en semi sonreír y acortar la distancia que nos separaba.

—Abre.

Susurro a centímetros de la comisura de mi boca. Separe los labios sutilmente antes de que tomara posesión de mi boca completamente.

Mordisqueaba mi labio inferior con sumo interés, cuando nos interrumpieron.

—¿Me podrás mostrar la información que tienes de Márquez, antes de que Alex te trague de un solo mordisco?

El buen humor de Owen regreso casi intacto. Abrí los ojos con mucho trabajo, estaba en un mundo de nubes y algodón y placer.

—No jodas Owen. Vete a hacer berrinche a tu cuarto. Estamos ocupados.

La respiración de Alex era rápida y caliente, así como la sangre que bombeaba por mis venas. No supe como llegué a estar recargada sobre el escritorio, con la falda en la cintura y la blusa desabrochada.

—¡Alexander Northman Carter! ¿Estás diciendo que el trabajo debe esperar? Nunca pensé que iba a escuchar esas palabras salir de tu boca.

Volví a cerrar los ojos y también volví a acercar los labios de Alex a los míos. Me invadió con su lengua casi de inmediato. Un gruñido de lo más erótico se escuchó, no supe si fue mío, de Alex o de Owen, solo sé que se mezcló entre el aliento de los tres.

—Mi turno.

Murmuro Owen. Alex se separó de mis labios e inmediatamente después Owen succionaba lo que quedaba de coherencia en mi cerebro.

Simplemente no podía ganar con ellos. Cuando alguno de los dos decía: “Mi turno”, entraba en un estado de excitación más allá de las palabras. La necesidad en su voz cuando lo pronunciaban erizaba mi piel y enardecía mi alma, esa pasión contenida que necesita ver la luz, era simplemente... exquisita. Todas las partes de mi cuerpo que se tenían que humedecer se empapaban, las partes que se tenían que llenar, se cargaban. Era poderoso, delicioso e incontrolable el deseo que me atacaba.

Después de que me llevaran al mundo de placer en tres ocasiones —ya era costumbre que mínimo me deleitaran con tres viajes al infinito—, y me regresara a Chicago entre nubes, nos sentamos a estudiar los informes. Los dos me dieron la razón, los números de Márquez gritaban ¡Mierda! Fuerte y claro.

Como premio por mi buen trabajo, se encargaron de llenarme de incentivos: Besos, caricias, mordidas, susurros y deseos concedidos. Cuando llegué a casa, ya era oficial; Mi cuerpo era adicto a ellos y mi corazón había crecido un par de veces, porque simplemente estaba perdida e irreparablemente enamorada de los dos.



Me sorprendió verlos en el lobby; Nunca habían bajado por mí, Gamble es el que se encargaba de escoltarme al penthouse. Mi instinto grito ¡cuidado! humedeciéndose, era verlos y luchar para que mis ovarios no explotaran.

—Buenos días.

Salude titubeante.

—Tenemos un desayuno, vamos.

Owen me quito mi portafolio y Alex me abrazo por la cintura.

—¡Alex, no!

—¿Por qué no?

No retiro la mano un milímetro, al contrario, me acerco más a él.

—Porque si alguien nos ve, se acabó mi contrato. Y yo necesito el trabajo.

—Te recuerdo que ahora trabajas para mí. Y el contrato dice claramente que tienes que hacer lo que nosotros digamos. Además ¿Ahora somos un trabajo?

Alex sonaba enojado, aunque en él no era extraño y Owen estaba extrañamente callado. Guarde silencio y espere a que el enojo de los dos bajara tres grados. Llegamos al restaurant en Downtown y ninguno de los tres había vuelto a hablar.

Nos asignaron una mesa para ocho. Me retiraron la silla para que me sentara entre los dos y nos enfocamos en el menú. Fue hasta que el mesero se retiró con nuestras órdenes para beber, que volvieron a hablar.

—Prende tu cacharro, mi papá viene y necesitamos los números de Márquez. Vamos a cerrarle el hocico.

¡Uf! Adiós buen día, con razón estaban de mal humor. Ninguno de los tres deseaba iniciar el día con Charles Carter.

Mientras mi laptop se prendía sentí que una mano se posaba en mi rodilla. Voltee a ver a Alex y no hubo oportunidad de protestar. La fuerza de sus ojos y la furia de su quijada me decían que lo mejor era no protestar.

Cuando volví la mirada a la pantalla azul, Owen dijo con toda naturalidad:

—Buena chica.

Ahora eran dos manos las que me acariciaban las piernas posesivamente. Su tacto era diferente y al mismo tiempo perfecto. Mi vestido color celeste era perfecto para que metieran mano. Era

ceñido en la parte superior y muy voluptuoso en la parte inferior, me cubría hasta arriba de las rodillas, con las botas altas y el abrigo color negro, podía usarlo con el casi instinto frío otoñal de noviembre.

Las manos llegaron a mi cintura y coordinadamente metieron un dedo entre mi piel y el hilo de mi tanga.

—¿Lo tienes?

—Sí.

Hablaban con toda naturalidad, no bajaron la voz o se acercaron a mí.

—¿Qué hacen?

—Levantate ligeramente de la silla, creo que vas a perder algo.

La voz de Owen era ronca. Voltee a verlo y vi la llama de deseo en sus ojos. Baje mi mano y la pose directamente en su entrepierna. Duro como el acero, así se sentía la hombría de Owen. Sabía que lo que estábamos haciendo era absolutamente insensato, pero no se me ocurrió detenerlos por un solo segundo.

Levante ligeramente mi cadera recargándome en sus piernas mientras ellos se llevaban mi ropa interior entre los dedos recorriéndola hasta debajo de mis rodillas.

—Quitátelas y dámelas.

La orden de Alex estaba cargada de promesas. Sin dudarle incline mi torso y retire el triángulo de encaje, hasta ese momento revise que nadie nos viera. Los manteles blancos eran largos y nuestra mesa estaba ubicada en una de las esquinas del jardín interno del restaurante, brindándonos la intimidad necesaria.

Le di mi tanga a Alex, él la recibió y la metió en el bolsillo interno de su saco.

—Es probable que las tengas de regreso en casa.

¿Probable? Más bien, improbable. Lo más seguro es que no las volviera a ver en lo que restaba del día.

—No deberíamos hacer esto.

Mi protesta sonó débil, ni siquiera yo la creí. Owen se acercó a mi oído y susurro.

—Me encanta como jadeas, gruñes, gritas...

Nos vimos a los ojos y poco faltó para explotar. Los deseaba, deseaba que invadieran cada poro de mi piel.

—pero hoy vamos a prescindir de esos preciosos sonidos. ¿Entiendes?

La advertencia causó un fuerte nudo en mi vientre. Sabía lo que se avecinaba y mi cuerpo estaba feliz de recibirlo.

—Tu padre.

Murmure, Alex se levantó seguido por Owen y yo.

—Alex... Kaira... Owen.

Charles tampoco se veía contento de reunirse con nosotros. Era un jodido feliz acontecimiento para todos.

—Les presento al señor Márquez y sus socios.

Tres matones se acercaron y saludaron con miradas asesinas. Esos hombres eran peligrosos y no de una buena manera, sino de la mala, de esa que mata y desaparece gente.

—Ustedes dirán.

Inicio Alex.

—No. Ustedes. El señor Márquez ofreció un gran donativo para el área filantrópica del grupo Carter y ustedes lo rechazaron. Le gustaría saber por qué y decirles que la oferta no va a estar abierta permanentemente. Hay muchas organizaciones donde puede donar. Pero como un favor hacia mi persona, le está dando prioridad al grupo Carter.

Owen tenía razón, a su padre le gustaba lamer huevos. Y como si me hubiera escuchado, Owen contesto:

—Padre, tu siempre tan amable.

El sarcasmo floto en el aire.

—Le agradecemos su interés en el área filantrópica del grupo Carter, pero como mi padre le habrá informado, nos reservamos el derecho a recibir donaciones que no cumplan los parámetros que nos han consolidado como una de las organizaciones sin fines de lucro más importantes del mundo.

—¡El dinero es dinero!

Mascullo el señor Márquez. Un hombre más joven de lo que me imagine. De quijada maltratada y poco gusto al vestir; Lucia cadenas exageradamente grandes en el cuello y muñeca, de esas que gritan: “Tengo dinero, pero no clase.

—Cierto. ¿Por qué no favorece a otra organización con él? El grupo Carter definitivamente rechaza su donación.

Alex y su claridad no fueron bien recibidos por los matones de Márquez. El ambiente se cargó de peligro, en cualquier momento los invitados de Carter padre sacaban las pistolas y terminaban con la reunión.

Aunque en ese momento lo que menos me interesaba eran los matones. Alex tenía su mano a centímetros de mi entrepierna, la anticipación estaba acabando con mi porte.

—¿Está diciendo que mi dinero es sucio?

Carter padre empezó a sudar. Si esperaba que Owen o Alex se amedrantaran con la presencia de Márquez, el plan no le estaba funcionando. Mis enanos estaban ocupados manoseándome muy a gusto por debajo de la mesa. Un pequeño jadeo se me escapó cuando alguno de los dos rozo un punto particularmente sensible.

—No.

Contesto Alex reprimiendo una sonrisa.

—Estamos diciendo: Gracias, pero no gracias.

Márquez se acercó a Charles y le cuchicheo algo en el oído. Acto seguido, Charles se levantó de la mesa.

—¿Puedo hablar con ustedes un segundo?

Pregunto cordialmente. Owen y Alex retiraron sus manos de mi cuerpo y yo sume una rayita a mi desagrado por Charles Carter. ¿Por qué diablos me dejaba sin mi entretenimiento?

En cuanto los Carter se retiraron de la mesa, Márquez se dirigió a mí.

—Su relación con los hijos de Carter es, obviamente muy buena.

Afirmo.

—¿Cuánto quieres por un poco de información?

Lo vi a los ojos sin amedrentarme. Incluso desafiante.

—No creo que le alcance el dinero para comprarme.

Si íbamos a ser directos, más valía que optara por el estilo de Alex. ¡A la mierda todo!

—A ellos les alcanzo.

Puntualizo.

—Para ellos soy gratis.

Lo mire a los ojos y me mantuve imperturbable, ya después tendría tiempo para temblar.

—*Esta vieja no sabe quién soy.*

Les dijo en español a sus dos “socios”.

—*Es un hombre que quiere limpiar su dinero con una organización que ha sido premiada por su transparencia de fondos. Si sé quién es.*

Afirmo en un perfecto español. Me sonrió y eso si logro perturbarme.

—Cene conmigo.

Comando.

—La señorita Jones está ocupada por lo que le resta de vida, no tiene tiempo para cenar con usted.

Contesto por mi Alex. Márquez se levantó de la silla y se ajustó el traje, que aunque caro, no se acercaba al porte de los dos titanes que lo desafiaban con la mirada.

—*Los tiene bien adiestrados.*

Aunque se dirigió a ellos, obviamente me hablo a mí.

—*La veo pronto.*

Hizo un guiño que lo hizo ver más repugnante y se dio la media vuelta alejándose de la mesa. Sus “socios” y Carter padre lo siguieron inmediatamente, a ellos si los tenía bien adiestrados.

—¿Qué carajos te dijo?

Gruño Alex.

—Que soy bellísima, inteligente y divertida.

Dije invitándolos a sentar con una palmada en las sillas junto a mí. Tenían que terminar un trabajo entre mis piernas.

—Mentirosa.

Owen se sentó e inmediatamente puso su mano donde había estado antes de que su padre lo alejara de mí. Mi cuerpo se volvió a despertar instantáneamente.

—¿Estas consiente de que ahora en adelante tienes que traer seguridad?

Pregunto Alex. Mi jadeo fue a causa de sus palabras y de sus dedos que llegaron directamente a llenarme.

—Kaira ¿Qué dijimos de esos preciosos sonidos? Tienes que mantenerte calladita.

Susurro Owen. Eso era una misión imposible. Mi cuerpo estaba invadido por dedos que provenían de dos hombres distintos. Entraban y salían de mi empapado coño formando el espiral infinito de un orgasmo.

—¡Diablos!

Mi murmullo fue absorbido por la boca de Alex.

—Calladita cariño...

Murmuro junto a mis labios, sin parar el movimiento entre mis piernas. Tocaron un punto particularmente sensible, cerré los ojos y deje caer la cabeza hacia atrás.

—¿Tienes idea de lo jodidamente perfecta que te ves ahora mismo?

Susurro Owen cerca de mi oído. El orgasmo exploto nublando mi mundo por completo. Ola tras ola de infinita alegría recorría mi cuerpo arrastrando al olvido el miedo y la tensión que la

reunión me había provocado.

Volví a la realidad para encontrarme con dos hombres particularmente orgullosos de sí mismos y una mujer desgarbada en la silla, con las piernas tan abiertas como la silla se lo permitió y sin una pisca de vergüenza. Yo ya no sabía lo que era el decoro o los límites. Estaba en un restaurante casi lleno, a plena luz del día, completamente empapada y resplandeciendo de felicidad.

—Desayuna para que podamos ir a casa y hacer que grites hasta que te oiga el planeta entero.

~\*~

Estaba tan cansada que por un segundo desee que sus baterías se hubieran muerto antes. Sentía tanta piel a mi alrededor, que deje de saber dónde empezaban ellos y dónde terminaba yo. Todo me dolía, necesitaba un baño con urgencia y mi cuerpo no tenía la suficiente fuerza para levantarse.

—¿Qué hora es?

—Las seis

—¿Qué?!

Me levante entre tropezones. Intentando no pisar a Owen y Alex que seguían desnudos.

—¿A dónde crees que vas?

—No me lo puedo creer. Esto no puede pasar. No puedo llegar tarde.

Me veía intrigados sin el menos apéndice de moverse.

—¿Cuál es la prisa?

Me termine de vestir en un minuto.

—¿Por qué diablos siempre sales corriendo?

—¿Quién te espera Kayra?

La voz de Alex me encantaba; tan fuerte y autoritaria, pero yo sabía cómo sonaba cuando bajaba ese muro de contención que rodeaba su alma.

Me acerque y le di un beso posesivo a cada uno. Me levante y salí de ahí corriendo.

Había caminado dos calles cuando recordé que no le había dado a firmar la documentación para la escuela de Rozinha en Brasil. Era viernes y esos documentos no podían esperar hasta el lunes. Regrese al penthouse y sin desprenderme de mi bolso —no podía perder tiempo— avance hacia la sala.

Una mujer de aspecto clásico y formal se hallaba sentada en el sillón principal sonriendo, mientras Owen servía dos copas de vino. Mi estómago se contrajo y se convirtió en un gran nudo, y no de los buenos. El enojo y los celos estallaron atómicamente. Nunca había sentido celos por nadie, ninguno de mis amigos de cama había causado alguna chispa de esa terrible sensación. Y ahora me hallaba cerca de vomitar por la sensación.

—¡Kaira!

Dijo Owen con sorpresa, mencionó algo más, pero yo me encontraba buscando mi capacidad de pensar en medio de un mundo de celos e inseguridades como para escucharlo.

Me tomo del brazo y repitió

—¿Estas escuchando?

—Oh, lo siento. Olvide darte los documentos de la escuela en Rozinha. Necesito que los firmes.

Me solté de su agarre y me dirigí a la oficina sin voltear a ver a la mujer. Tenía dos meses con ellos y ya estaba rompiendo la única regla; Estaba actuando como una desquiciada novia celosa.

—Venga Kai, sácalo de tu sistema, ¿Por qué estas molesta?

Me pregunto en cuanto nos sentamos en la oficina. Deje de pensar, solo estaba luchando para que las lágrimas no me avergonzaran todavía más.

—Nada.

Susurre buscando “algo” en mi bolsa, mientras me regañaba; ¡Idiota! ¿Por qué estaba actuando así? Yo sabía las reglas, sabía que no teníamos una relación, que solo era... un juego. Sabía que tarde o temprano él iba a dormir con otras mujeres, sabía que la bomba iba estallar en mi cara. Lo que no sabía, es que iba a doler tanto.

—Mentirosa.

Muy bien, estaba oficialmente extra enojada.

Cierto, no tenía ningún derecho a sentirme de ese modo, pero me hacía sentir jodidamente idiota, que en cuanto yo saliera del penthouse, él metiera a otra mujer en su cama. Además, él prometió estar conmigo, ¡solo conmigo!

No tenía planeado decirle nada de eso, pero mi filtro de la “coherencia” no estaba

funcionando.

—¿Quién es esa mujer?

—Es Carla, la secretaria de Northman.

Contesto intrigado. Repentinamente la luz llegó a su cabeza y sus ojos se oscurecieron.

—Un momento, ¿estás pensando que voy a dormir con Carla? ¿Estas celosa?

Incline mi cabeza sin verlo a los ojos.

—Mírame Kai.

Levante la cabeza sin dudar. Lo iba a matar.

—Carla viene todas las tardes a traerme los documentos que tengo que firmar. Northman los prepara durante el día, y si hay algo que necesite mi firma. Carla es la encargada de traerlos. Tenemos años con ese sistema. Tú no la conoces, porque tienes esa regla estúpida de salir a las cinco en punto. Eso no es mi culpa, es tuya. Además Northman me mata si me acuesto con ella, es su protegida.

—Oh.

Dije todavía más dolida. ¿Protegida? ¿Alex tenía una protegida? Un flechazo de dolor con veneno, resentimiento e inseguridad atravesó mi pecho.

—Disculpa, no tengo ningún derecho a ponerme así.

—No, no lo tienes.

Suspiró.

—Kaira.

Había duda en su voz, estaba buscando las palabras correctas.

—Los últimos tres meses han sido... inesperados. Esto se supone que iba a ser un simple interludio, pero creo que nos hemos implicado más de la cuenta.

Le dio un trago a su vino.

—Hay que regresar a nuestro sistema anterior, esto no debió haber sucedido, hay que olvidar que pasó.

Tome su copa y le di un largo trago. Mis lágrimas estaban a punto de salir a la luz. Él tenía razón. No debió de haber pasado nada, pero era difícil de recordar, cuando lo único que deseaba era regresar a su calor, a la seguridad que sentía en sus brazos; A la sensación de mi cuerpo cuando él lo tocaba.

Con dificultad, busque la calma. Podía rogar en la cama, pero tenía mucho orgullo para rogar en otro lugar. Sin embargo, estaba herida y necesitaba herir de regreso.



—Bueno. Fue divertido ¿cierto?

Reí, y me levante. Mi corazón amenazaba con salirse de mi pecho con cada palabra que salía de mi boca.

—Fue muy educativo. No tenía idea de que podía disfrutar tanto de una buena surra, o de que me amarraran, o me vendaran.

Le di otro trago al vino.

—¿Alguna idea de cómo encontrar a alguien que quiera jugar conmigo?

Me vio a los ojos, y por primera vez, por un brevísimo instante, vi rabia en ellos. Me arrebató la copa de vino y después de tomarse hasta la última gota, sonrió.

—Se inteligente. Mantente alejada de los clubs, no busques en internet. Si buscas con cuidado, va a llegar. Solo recuerda tener cuidado.

Le pasé los documentos que tenía que firmar, le di indicaciones para mandárselos a Alex y salí corriendo de ahí.

Llegué a casa con los ojos llenos de lágrimas contenidas. Fue hasta que el día acabo y sentí las sabanas frías a mí alrededor, que me deje ir. Llore y llore hasta que el sueño me venció.

Desperté con un fuerte dolor de cabeza y con Isa a mi lado.

—Elena me marco hoy en la mañana. Parece que lloraste toda la noche y por tu pinta, no me queda duda que así fue.

Isa no es el tipo de amiga que te consuela por un corazón roto. Es el tipo de amiga que te zarandea y te lleva a un bar para que lo superes.

—No pasa nada. A veces me dan ganas de llorar ¿A ti, no?

No creyó una sola de mis palabras. Yo era feliz, no era una mujer que se dejara vencer o llorara por los rincones y ella me conocía.

—¿Estas sufriendo por un galán?

Pregunto incrédula. Sonreí tratando de esconder la verdad.

—¡Oh, por dios! ¡Estas enamorada!

—¡Callate! Te van a escuchar.

Susurre negando y volviéndome a esconder bajo las sabanas.

—Quiero detalles. ¿Quién es? ¿Cómo es? ¿Y qué diablos te hizo, para que estés así?

—No es nadie, no tiene caso hablar de... él, cuándo ya se acabó.

—¡Exacto! Solo por eso, hoy vamos a salir. Deja hago negocios con Elena.

Se levantó de la cama y salió a convencer a Elena, esto me iba a costar unos buenos dólares. Elena no era fácil de convencer y menos cuando se trataba de una noche de sábado.

Por un momento agradecí que Isa fuera tan fría, me evitaba todas las preguntas incómodas. Aunque por otro, necesitaba un apapacho, unos brazos que me apretaran y en susurros me digieran que todo iba a estar bien, necesitaba a Owen y Alex.

El bar que escogió Isa, era perfecto para pasar una velada tranquila. La música permitía que hablaras sin gritar, no había mucha gente y el servicio fue rápido. Pero iba con Isa, y eso equivalía a revolución. En cuanto le dio un sorbo a su bebida se levantó y fue a sacar a bailar a dos chicos. En menos de media hora, la música estaba a todo lo que daba, la pequeña pista estaba a reventar y yo me hallaba sola jugando con mi bebida, sofocada con mis oscuros sentimientos.

—¿No te gusto?

Un chico de cabello descuidado y facciones delicadas pregunto. Usaba un traje azul, con camisa gris y corbata floja y roja. La imagen de alguien que pasaba por un trago después de un día de trabajo, alguien como yo.

—No me encanto.

Contesté dejando mi trago casi lleno.

—¿Te puedo invitar algo que te encante?

Sonrió y acepte. Era atractivo, de mi edad y obviamente tenía un verdadero trabajo. El prototipo perfecto para mi primer esposo.

Pasé una velada tranquila, hablando de todo y de nada. Adrián, era contador, estaba cerca del cierre anual en su empresa y tenía cerca de cinco semanas trabajando los fines de semana. Era simpático, un pelín presuntuoso, —se sabía guapo— pero en términos generales, la pasé bien. Por un momento olvide el nombre de los primos Carter.

Todo se fue al traste cuando intentó besarme. Un par de bocas me habían marcado y el rechazo de mi cuerpo fue instantáneo. Le sonreí apenada, mientras buscaba con la mirada a Isa. Mi amiga, como siempre, me hizo una de las suyas y había desaparecido.

Mi teléfono empezó a sonar y me refugie en él.

—¿Bueno?

—¡¿Dónde estás?!

La distinguida voz de Alex me saludo.

—¡Es sábado, puedo estar en el infierno si me apetece!

De repente mi enojo volvió a aparecer en dimensiones descomunales.

—Necesito que vengas a casa.

—Yo trabajo de lunes a viernes Alex. Habla con Owen para que te explique las nuevas reglas. Le colgué temblando. ¿Cómo iba a regresar a trabajar? Simplemente no podía.

Salí del bar sin molestarme en volver a buscar a Isa o despedirme de Adrián. Solo quería llegar a mi cama y pasar la noche revolcándome en mi miseria.

Volvió a sonar el teléfono, deje que sonara después de verificar que era Alex. Pero insistió e insistió. Ya estaba en el taxi cuando volví a contestar.

—¿Qué quieres?!

—Que vengas a casa. Las cifras de Rozinha están equivocadas.

¡Carajo!

—No puede ser, las revise tres veces.

—¿Puedes venir por favor?

—Voy para allá... Lo siento Alex, esos papeles tenían que haber salido ayer.

Suspiró, solo suspiró. No grito, no discutió, solo suspiró.

—Ven a casa, por favor.

Había tenido dos o tres amigos de cama, no los quise, pero si les tuve mucho cariño. Siempre estaban dispuestos a llenar mis necesidades, no hacían preguntas incómodas, y aunque ellos siempre pedían más —razón por la que terminaba la amistad en la cama—, siempre los supe manejar perfectamente sin salir dañada. Además, era una mujer muy fiel, nunca mezcle uno con otro. El problema es que ahora estaban mezclados, que mi corazón palpitaba sin control por los dos y que me dolía hasta el más pequeño de mis cabellos con solo pensar en ellos.

Intente llegar como si nada hubiera cambiado en nuestra relación, no me prepare para lo que venía. Llegué sin chaleco antibalas a la batalla.

Gamble ya me esperaba con las puertas abiertas del elevador.

—Buenas noches Gamble. ¿No tienes días de descanso?

Las puertas del elevador se cerraron sin que Gamble digiera una palabra. Me sorprendió cuando a la mitad del camino pulso el botón de emergencia y el elevador paro.

—¡Dios Gamble! ¿Qué pasa?

—No los puedes dejar así.

Me quede calladita, con el corazón en la boca.

—Durante toda su vida los han abandonado. Solo se tienen entre ellos y ellos confían en ti. No los abandones.

Volvió a pulsar el botón de emergencia y el elevador regreso a la vida. Mi pecho subía y bajaba sin poder controlarlo. Gamble no me dio tiempo de ir a buscar el chaleco.

El dolor no me apasionaba. Aunque en ciertas ocasiones, era justificable; Como cuando entraban los dos en mi cuerpo al mismo tiempo o entraban en el mismo sitio. Ese dolor, era muy justificable. Pero este dolor, este dolor era diferente, era por mucho más lastimoso, más triste y desolador.

Me esperaban los dos en la sala principal, con una copa en la mano y con el mismo semblante con el que desperté esa misma mañana.

—Los papeles están bien, ¿verdad?

Alex asintió, se llevó la copa a los labios y siguió caminando de un lado a otro por la gran serie de ventanales. Owen estaba sentado con los brazos recargados en las rodillas y sosteniendo la copa entre las manos. Lo desolador era verlos con la mirada hacia abajo, ellos no bajaban la mirada. ¡Mierda!

—Sé que todas las mujeres que han pasado por sus camas no han significado nada.

Los dos asintieron inmediatamente.

—Pero... para mi es diferente.

—Diferente ¿cómo?

Pregunto Owen. Junto con Owen me acerque a la chimenea, mientras Alex hacia un surco en la alfombra persa. Nadie se sentó, nos mantuvimos observando la sombra blanca que era el lago Michigan.

—Diferente, porque yo quiero significar algo en sus vidas.

—Tú eres diferente. ¿Pensé que lo sabias?

Replico Owen.

—Yo también pensé que era diferente... ¡Soy una idiota! Eso es lo que soy.

—No entiendo, ¿de qué hablas?

Alex dejó de caminar y dejó la copa en la chimenea.

—De cómo me han mentido durante todo este tiempo, mientras yo les he entregado todo de mí.

—No te hemos mentido.

Afirmo Owen.

—Nunca habíamos sido tan honestos como contigo.

Afirmo Alex.

—¿Honestos? Les voy a decir algo honesto.

Tomando aire para llenarme de valor, confesé.

—Cada centímetro de mi cuerpo, cada pensamiento, acción, palabra. Todo ha sido para ustedes. ¡Yo los amo! ¡Ahí está! Los amo y lo único que yo encuentro es mentiras. Me han estado mintiendo y yo les he creído.

No me di cuenta en que momento empecé a llorar. Pero estaba llorando y a lagrima suelta. No espere a que contestaran y me dijeran más mentiras. Di la media vuelta para dirigirme al elevador, pero una mano me detuvo.

—¿Con quién estabas en el bar?

—¿Cómo sabes que estaba en un bar?

No me lo podía creer, simplemente no lo creía.

—¿Me han estado siguiendo?!

—Tienes alguien cuidándote desde lo de Márquez. No te íbamos a dejar sin protección.

Alex seguía sin soltar mi brazo. De un movimiento me solté de su agarre, me acerque al bar y

me serví un coñac. Necesitaba algo fuerte.

—¿Ven? Más mentiras.

—Kai. Esa gente es peligrosa, ¿Cómo iba...

—¿Quién me sigue? ¿Tony?

Alex asintió y por un segundo me pareció ver arrepentimiento.

—Denle las gracias a Tony. Y también díganle que sus servicios ya no son requeridos. Renuncio.

Camine rumbo al elevador pasando en frente de un Alex completamente inerte. Pero no fui tan rápida como Owen.

Owen me cogió por el cuello, ladeo su cabeza y rozo sus labios con los míos.

—No voy a aceptar más excusas.

Owen lamio mis labios dejándome sin defensas. Un gemido suave se escapó de mi boca.

—¡Diablos! Tu olor... tu sabor me está volviendo loco.

Estaba a punto de claudicar. Sin pensarlo lo empuje por los hombros y me dirigí a la salida. Antes de pulsar el botón del elevador me detuvo.

—¿Vas a salir corriendo? En el tiempo que hemos estado juntos, me he dado cuenta que algunos temas no son de tu agrado, que no te gusta hablar de ellos. Pero nunca has salido corriendo. ¿Estoy equivocado? De hecho eso es una de las cosas que más me gustan de ti. Que no eres cobarde.

¿Cómo salía? No me dio espacio para moverme, si salía del punethouse iba a quedar como una cobarde y eso no iba a suceder.

Había dejado que la pena y el miedo me guiaran. Estaba permitiendo que mi necesidad de protegerme los mantuviera lejos de mí. Ya no era una niña, no podía permitir que el miedo me derrotara. Era una mujer que sabía lo que quería y maldita sean las consecuencias, pero yo los quería a ellos. No quería renunciar a ellos.

—Dime.

Me abrazo tan fuerte que resulto placentero. ¡Diablos! Esos hombres habían puesto mi mundo al revés.

—Te juro que no dormí con Carla. Firme los papeles de Rozinha y se fue, eso fue todo.

—¿Quién es Carla?

Le pregunte a Alex.

—Mi niñera.

Puse los ojos en blanco y camine hacia el sillón, de repente me sentía muy cansada.

Alex se sentó junto a mí y Owen enfrente de nosotros. Parecía que finalmente íbamos a hablar.

—Mis papas fallecieron en un accidente automovilístico. Venían de una fiesta y nunca se supo que pasó, solo se sabe que el auto perdió el control y se impactó contra un tráiler que estaba estacionado junto al camino. Murieron instantáneamente, el carro quedó abajo del tráiler.

Mi corazón se contrajo, tome su mano y la apreté. Ya no la solté.

—Estaba con Carla cuando llegó la policía a mi casa. Ella era mi niñera, y la persona que se encargó de decirme que mis padres ya no iban a regresar. Me cuidó hasta que mi tía, la mamá de Owen, fue a buscarme. Mi mamá y su mamá eran hermanas.

¡Oh Dios! Pobrecito mío.

—Carla y yo nunca hemos tenido nada que ver. Solo me lleva un par de años, nunca perdimos contacto, cuando entre en la dirección del grupo Carter, la busqué, necesitaba a alguien de confianza.

—¿Por qué? ¿Por qué son tan desconfiados?

Owen bufó y de un trago se acabó el líquido ámbar de su copa.

—¿Quieres otro?

Le pregunto a Alex. Alex negó y pasó un brazo por mis hombros, no me separe, no me quería separar.

—Mi familia tiene el noventa por ciento de las acciones del grupo Carter. El otro diez está en la bolsa. El abuelo, el papá de mi mamá, inició la empresa desde cero. Empezó como una tienda de ropa, siguió con una de muebles y en pocos años, ya estaba metido en todo. Servicios, productos, energía, en todo lo que te puedas imaginar y más.

Le dio un trago a su copa y volvió a sentarse enfrente de nosotros.

—Dejó más dinero de lo que podemos gastarnos en esta vida y las otras seis que nos faltan.

Levanto la copa hacia Alex en forma de brindis y se la llevo a los labios.

—Extrañamente el abuelo no quería a mi papá...

Bufó antes de decir:

—No sé por qué. Mi papá es tan buena persona.

—Owen.

Lo regaña Alex.

—La versión corta es: Muere una de las hijas del abuelo, y cambia el testamento. Treinta por ciento para cada uno de sus nietos y el otro treinta para su única hija. El otro diez fue directo a beneficencia. Mi abuelo donaba mucho, más de lo que hacemos ahora.

—El abuelo era maravilloso.

Recordó Alex.

—Yo no pasé mucho tiempo con él. Cuando mi madre insistió en casarse con mi padre se distanciaron. Cuando paso lo de mis tíos, yo estaba en un internado en suiza.

—¿En Suiza? ¿Qué hacías en suiza? ¿Y tú mamá?

—Mi mamá es... es diferente. No tiene mucha voluntad, es... débil.

—No es débil. Lo que pasa, es que quiere a Charles y es noble, lo perdona todo.

—Mi papá siempre ha sido un cabrón y mamá lo idolatra.

Le volvió a dar un trago a su copa, le dolía hablar.

—Cuando pasó lo de mi tía, mi mamá fue por mí. Alex y ella me recogieron. Pasamos un par de meses en Europa.

Los dos sonrieron, jamás se habían visto tan guapos.

—Pero regresamos... Ahí empezó el infierno.

—Ey. No tienen que explicarme nada. No importa.

Les dolía, ¿por qué diablos los estaba atormentando?

—Sí, sí importa. Tienes que entender por qué somos... como somos. Por qué no confiamos.

—Porque solo se tienen a ustedes mismos. Porque solo son ustedes dos.

Volvieron a respirar, fue audible el descanso de sus cuerpos.

—¿Ves? ¿Ves por qué tienes que estar con nosotros? Tú eres como nosotros.

—No Owen. Yo no soy como ustedes. Yo no tengo a nadie.

Intente levantarme, pero el brazo de Alex me detuvo junto a él.

—Piénsalo cariño. Nos tienes a nosotros.

Alex suspiro junto a mi cuello y mis defensas empezaron la retirada.

—Solo piénsalo. Nosotros te queremos. Aquí, junto a nosotros. Todos juntos.

—Lo voy a pensar.

No, no lo iba a pensar. La decisión estaba hecha, yo no era como la madre de Owen. Yo si era fuerte.

—Quedate. Pasa el día con nosotros. Vamos a hablarlo.

La voz de Owen era tan tentadora.

—No puedo, pero el lunes lo hablamos. Ahora necesito ir a casa.



Me levante y ahora si me permitieron pararme.

—Piénsalo Kaira.

Asentí rumbo al elevador. Voltee a verlos por un segundo y me despedí de ellos. ¡Dios! ¿Cómo iba a vivir sin ellos?

—¿Kaira?

¡La madre que me pario! Voltee con una sonrisa falsa. Y si, no era una alucinación.

Una sonrisa de suficiencia y una mirada gélida se acercaban a mí. ¡¿Qué diablos hacían aquí?! ¡Ellos no iban a los centros comerciales! Voltee hacia los ventanales del centro comercial, era medio día, el sol alumbraba todavía más con la ayuda de la nieve. No se había acabado el mundo.

Intente no voltear y desee por todas y cada una de las estrellas, que nadie saliera del local.

—¡Mira quién está de compras!

Mi cara se congeló cuando Owen me dio un beso en los labios. Trague aire y deje de respirar. Owen siempre sorprendía y ahora no era un buen momento para sorpresas.

—¿Qué hacen aquí? ¿Me siguen acosando? Les dije que lo iba a pensar, mañana nos...

—No viene sola.

La gélida voz de Alex me hizo reaccionar. Con premura voltee, para encontrar locales, gente comprando y ninguna señal de mi compañía.

—¿Así que vienes acompañada?

El buen humor de Owen se esfumo en segundos.

—No sales con nosotros en público, pero si con alguien más.

No eran preguntas, eran reclamos. Me hice todavía más chiquita, usando las bolsas que traía en las manos como escudo.

—¿Ni siquiera puede ayudarte con las bolsas? Todo un príncipe azul.

Mi capacidad de comunicación se había perdido.

—Yo...yo creo que es mejor si...

—¡Ami! ¡Ami!

El jodido suelo se movió y me aturdió. A lo lejos escuche un último "Ami", antes de que cuatro brazos se aferraran a mis piernas. Si Owen y Alex se sorprendieron, lo supieron ocultar muy bien.

Volví a respirar y con mucho orgullo me agache.

—Chicos. Les voy a presentar a mis jefes. Por favor compórtense.

Mis chicos voltearon a ver a los inexpresivos hombres y casi logre escuchar el ¡Bum! Que hicieron mis mundos al estrellarse.

—Señor Carter, Licenciado Nortman. Les presento a mis hijos: Sophie y Kurt.

Si te gusto EL JUEGO: YO,  
por favor considera dejar una reseña, comentario o carita feliz.

Como siempre:

Gracias, muchas gracias por Leer.

## **Agradecimiento especial**

Agatha, eres la persona que vive todos mis pecaminosos pensamientos.

Gracias por dejarme compartirlos.

## Agradecimientos

A Papa Dios, que me deja escribir, leer, reír, llorar, querer e incluso maldecir.

Como siempre a mi familia. Ustedes son el sueño hecho realidad.

A mis preciosas Mujeres Fénix & Amigas. Nunca me voy a cansar de agradecerles. Son amigas, consejeras, comentaristas, patrocinadoras, etc. etc.

Gracias chicas

Y sobre todo a Arturo, que desde hace dieciocho mantiene mis sabanas calientes. Te quiero.

Si te gusto EL JUEGO, te recomiendo los siguientes títulos de la Autora.

Disponibles a la compra YA

Mis Hombres

Atrapada

Visita [www.azmindacangar.com](http://www.azmindacangar.com)

Para nuevos lanzamientos, acceso a exclusivas ofertas y mucho más.

Otras maneras de estar en contacto:

---

[azmincangar@gmail.com](mailto:azmincangar@gmail.com)

[Facebook.com/Julia.Cangar](https://www.facebook.com/Julia.Cangar)

[facebook.com/azmindayagatha](https://www.facebook.com/azmindayagatha)

[@AzminCan](#)

[About.me/Azminda.cangar](https://www.about.me/Azminda.cangar)

[www.pinterest.com/azmindacangar](http://www.pinterest.com/azmindacangar)

[google.com/+AzminCangar25](https://www.google.com/+AzminCangar25)

[www.goodreads.com/author/show/7307761.Azminda\\_Cangar](http://www.goodreads.com/author/show/7307761.Azminda_Cangar)

-

[Azminda Cangar te invita](#)

[facebook.com/groups/710702289008485/](https://www.facebook.com/groups/710702289008485/)